

# El paso errante

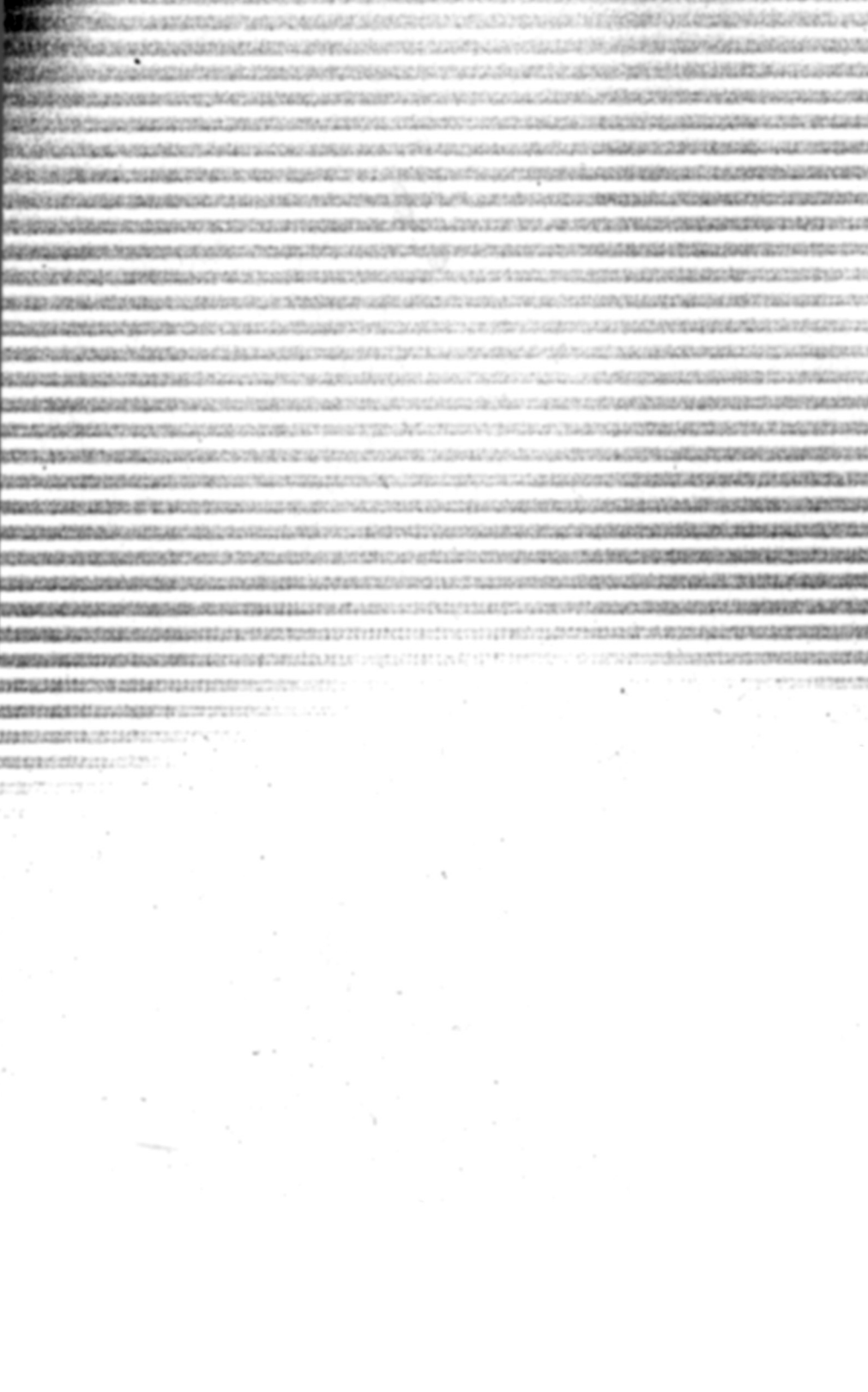
Pedro Emilio Coll

República Bolivariana de Venezuela  
Fundación Editorial  
  
elperroylarana

**CULTURA**  
Colección Adentro  
**MISIÓN**  
**SOCIALISTA**

COLECCIÓN  
*Páginas Venezolanas*  
serie **CLÁSICOS**





# El paso errante

Pedro Emilio Coll



© Pedro Emilio Coll

© Fundación Editorial **El perro y la rana**, 2007

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

**Correos electrónicos:**

[elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es](mailto:elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es)

[atencionalescritor@yahoo.es](mailto:atencionalescritor@yahoo.es)

**Páginas web:**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.ministeriodelacultura.gob.ve](http://www.ministeriodelacultura.gob.ve)

**Diseño de la colección:**

Carlos Zerpa

**Edición al cuidado de:**

Alejandro Silva

Omar Moreno

Yessica La Cruz Báez

Carlos Herrera

**Foto:** Brandt, Federico

Calle con árboles -Macuto-, 1928

Oleo sobre tela / 44,5 x 59

hecho el Depósito de Ley

Nº If 40220078002227

ISBN 978-980-396-556-3



Gobierno Bolivariano  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la Cultura



## COLECCIÓN *Páginas Venezolanas*

*La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra —a través de sus cuatro series— las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.*

*La serie **Clásicos** abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana; **Contemporáneos** reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas; **Antologías** es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie **Breves** concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*

Fundación Editorial



elperroylarana



## CUENTOS IMAGINARIOS



## **El sueño de una noche de lluvia**

Caía la lluvia con estrépito sobre los tejados y en el zinc de las canales cantaba el agua.

Cada vez que llueve y la calle se convierte en un río, me vuelvo a ver niño, echando en el arroyuelo barquichuelos de papel. Mis primeros viajes ideales los hice en esas ligeras embarcaciones que van ciudad abajo arrastradas por la corriente; pero los libros que entonces leía me hablaban de islas maravillosas, de países fantásticos, y hacia ellos navegaba mi imaginación en la frágil navecilla, sin pensar que una piedra bastase para detenerla y que en un charco pudiera naufragar una carga de ensueños.

Mientras me acurrucaba entre mis recuerdos y las frazadas de la cama, la nota armoniosa del agua en las canales me iba adormeciendo...

Ahora me encontraba, no en un bote de papel, sino en una negra galera empujada por un viento glacial. Juntos estábamos hombres de razas diferentes, pero movidos por una misma inquietud. Íbamos en peregrinación al Castillo de Elsinor, que es uno de los sitios más amados de la tierra, por haber oído los soliloquios del príncipe Hamlet y presenciado el fin de sus días juveniles.

Para prepararnos a visitar dignamente aquellos santos lugares de la meditación, habíamos arreglado nuestra vida según una disciplina conventual y nos llamábamos hermanos. Los escépticos, los analistas del alma humana, los humoristas que creen en una tontería universal y se ríen de ella con lágrimas en los ojos, eran con frecuencia el tema de nuestros coloquios y ejercicios espirituales. En el refectorio una calavera contemplaba a una Esfinge, sin que por ello dejáramos de comer con apetito.

Los domingos nos congregábamos en una sala ojival, adornada con símbolos religiosos y preciosas obras de arte; y allí muy cómodamente sentados, cerrábamos los párpados para escuchar la música del órgano, con la que cada cual componía en su mente un paisaje o un espectáculo, mientras el mar continuaba la canción que por los siglos de los siglos dirigen al cielo las innumerables olas.

Cuando me di cuenta de la extraña reunión en que me hallaba, un hermano de mirada tenebrosa, terminaba así una homilía:

Un amigo, muy investigador y erudito, discípulo entusiasta de la escuela antropológica, ha descubierto que el divino Homero fue un precursor de César Lombroso, pues según parece, un feroz cacique o generalote está descrito en la *Iliada* con todos los estigmas que se le atribuyen al criminal nato. Moisés, según el decir de personas entendidas en estos asuntos, fue un darwinista anterior a Darwin, puesto que la famosa lucha por la existencia está incluida en el ojo por ojo, diente por diente, y la ley de la herencia proclamada en el tremendo aforismo de que las faltas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación. De tal manera, que la historia de los Rougon-Macquart, narrada por Zola, no viene a ser sino una nota marginal a la Biblia, un comentario a la frase del inmisericorde legislador.

¿Qué diríais ahora vosotros, de un libro titulado *Un dedo de la luna purpurado por el sol poniente*? Lo atribuiríais a algún moderno “decadente”. Pues bien, ese libro ha sido compuesto muchos siglos antes de Jesucristo, y forma la sexta parte de la gran obra sánscrita *La Ola del Océano del Tiempo*. Un viajero inglés, recibió de manos de un viejo brahamán, muerto de la peste, el manuscrito original, y lo ha traducido, permitiendo así que nosotros, los que no hablamos la lengua del dulce Sakiamuni, podamos aspirar el aroma del loto que se desprende de esas leyendas asiáticas.

Escuchad la que dice cómo fue creada la mujer:

En el origen de los tiempos, Twashtri —el Vulcano de la mitología india— creó el mundo. Pero cuando quiso crear la mujer, comprendió que había gastado en el hombre todas las materias disponibles. No le restaba ningún elemento sólido. Entonces Twashtri, perplejo, se abismó en una meditación profunda, y no salió de ella sino para proceder de este modo: tomó la redondez de la luna y la ondulación de la serpiente; el suave abrazo de las plantas trepadoras y la cadencia de los mimbres; la esbeltez del rosal y el terciopelo de las flores; la ligereza de las hojas, la mirada del cervatillo, la alegría loca del rayo de sol, las lágrimas de las nubes, la inconstancia del viento, la timidez de la liebre, el orgullo del pavo real, la dulzura de las plumas que guarnecen el cuello de las palomas, la dureza del diamante, el gusto azucarado de la miel, la crueldad del tigre, el calor del fuego, la frialdad del hielo, el chillido del búho y el susurro de la tórtola. Mezcló todas estas cosas, hizo a la Mujer, y entregó el divino presente al Hombre.

Ocho días después, el Hombre se presentó ante Twashtri, y le dijo:

—Señor, la criatura que me has donado emponzoña mi existencia: murmura sin cesar, ocupa todo mi tiempo, llora por tontearías, está siempre enferma. He venido a ti a fin de que la recuperes, porque no puedo vivir con ella.

Y Twashtri llamó a su lado la Mujer. Pero ocho días después el Hombre volvió ante el Creador, y le dijo:

—Señor, mi vida es muy solitaria desde que te he devuelto esta criatura; recuerdo que bailaba y cantaba en mi presencia, que me miraba tiernamente y me abrazaba...

Y Twashtri entregó de nuevo la Mujer al Hombre. Apenas habían transcurrido tres días, cuando Twashtri vio llegar al Hombre, quien así se expresó:

—Señor; no sé cómo es esto; pero estoy convencido de que la Mujer me procura más disgustos que placeres. Señor, te suplico, tómala para ti.

Mas Twashtri le gritó: “¡Apártate de mí, Hombre, y haz lo que puedas!”. El hombre contestó: “No puedo vivir con ella”. A lo que Twashtri replicó: “Tampoco podrías vivir sin ella”.

El Hombre se retiró pesaroso; y gimiendo decía: ¡Pobre de mí, no puedo vivir con ella y no puedo vivir sin ella!

A mi juicio, este simbolista o “decadente” sánscrito de ahora tres mil años, autor de *Un dedo de la luna purpurado por el sol poniente*, era también un psicólogo feminista a la manera de nuestra época. No es difícil reconocer bajo el traje moderno del Adolfo de Benjamin Constant, del Claudio Larcher de Bourget, con su *Fisiología del amor moderno*, del Jorge Aurispa de D' Annunzio, en la historia de muchos de nuestros contemporáneos, al mismo Hombre que en el origen del mundo fue varias veces ante Twashtri, creador de todas las cosas y padre del linaje humano. *Nihil novum sub sole...*

Calló el predicador y hubo un murmullo de incredulidad en el auditorio; pero nadie estaba de humor para discutir, y nos retiramos pensativos a nuestras celdas o camarotes.

Otro día se planteó una inoportuna cuestión, impropia de aquella asamblea de personas despreocupadas de los problemas de actualidad y que convertía tan quiméricos seres en personajes de la comedia política. Las leyes son siempre impracticables en el momento mismo en que cerebros superiores las conciben y enuncian, tal era la cuestión en debate. Cuando una ley penetra en el corazón de la masa, otra más perfecta viene a sustituirla; las leyes no sirven sino para la orientación de los grandes rebaños sociales conducidos por unos cuantos pastores; lo que nombramos conciencia del pueblo no es sino el pensamiento de esos pastores; lo que llamamos progreso se realiza por una serie de afirmaciones prefijadas y a menudo arbitrarias, que cuatro o cinco pensadores imponen en una época para la época que ha de venir.

En los interminables días comenzaba a aburrirme y a sentir la ausencia de esa amable compañera que Twashtri creó para el hombre y que un filósofo de pésimo gusto ha llamado el animal de larga cabellera y corto entendimiento. Envidiaba ya a los que no tuvieron el capricho de acompañarnos en tan penoso y largo viaje, a los amigos que a esa hora, en la mesa del café y frente a los rubios vasos de cerveza, ensayaban el método de una refinada antropofagia devorándose, literariamente, unos a otros; envidiaba al mozo de cordel y al labriego que, sin vanas preocupaciones, labra la tierra y procura cumplir el precepto de crecer y multiplicarse.

Por fin un compañero que hasta entonces había guardado un irónico mutismo, reuniéndonos en la sala de fumar, decidió de nuestra suerte con estas palabras, no poco irreverentes de la inmortal tragedia.

Tengo que confiaros el secreto que he encontrado en un viejo manuscrito. El gran Will, que nos refiere la historia de nuestro muy amado hermano Hamlet, o fue víctima de una engañosa leyenda o ha querido engañarnos. El manuscrito a que me refiero es una confesión de Marcelo, el amigo íntimo de Hamlet, y debe merecernos la más completa fe.

Ello es que Marcelo, quien dicho sea de paso, era de un temperamento sanguíneo y activo, sufría de que su querido camarada y condiscípulo hubiera perdido entre las divagaciones de la Universidad de Wittemberg, junto con la salud, el amor a la vida y a las empresas dignas de su rango. Ni el esplendor del trono, ni el talle ondulante de las damas de honor, ni las fiestas de la corte, lograban sacudir del alma del Príncipe enlutado y meditabundo el duelo y la inacción. En su corazón no había espacio sino para el recuerdo paternal, y en su mente para las divagaciones metafísicas.

Sabía Marcelo que Hamlet, tan incrédulo y casi herético, creía sin embargo en las visiones de ultratumba, y fue esa superstición del Príncipe la que puso en juego para sugerirle el culto de la fuerza, o un motivo de vivir, como decimos ahora. Un criado de Marcelo se prestó para llevar a cabo el funesto proyecto que tantas desgracias y muertes trajo consigo.

En la oscuridad de una noche sin luna, el criado de Marcelo, armado de punta en blanco, aparecióse a Hamlet en la plataforma del Castillo y fingiéndose el espectro del viejo Rey, con voz sepulcral, le aconsejó la oprobiosa venganza.

Lanzado en el camino de la acción procedió Hamlet con la intemperancia o injusticia que ya sabéis. Sobre este puno hace Mauricio Maeterlink un duro comentario: ¿Se necesita acaso de un esfuerzo sobrehumano —pregunta— para reconocer que la venganza no es un deber? Hamlet piensa mucho, pero no es un sabio; colocad en su lugar a un Marco Aurelio y el destino se hubiera estrellado contra la bondad, la confianza, la indulgencia que están en las más altas cimas de la sabiduría.

De todas maneras, Hamlet es nuestro hermano, más por su vida interior que por sus gestos trágicos. La colección de sus soliloquios, de sus diálogos con los sepultureros y los cómicos, sus respuestas a los cortesanos y a la misma Ofelia, constituyen un precioso brevariario en nuestra iglesia. Marcelo erró como todo ser que quiere disponer del destino de otro ser y decidirlo a obrar en contra de su propia naturaleza; en fin, yo prefiero que haya sido un criado y no el propio espectro del Rey quien dictase la venganza, porque debemos suponer que los muertos saben más que los vivos, la consecuencia de los actos humanos.

Por último, hermanos, este viaje que hacemos al Castillo de Elsinor me parece del todo innecesario. Para meditar nos basta con el asilo profundo del alma, con nuestro Castillo Interior, que tiene criptas sonoras, fuentes que cantan en el silencio, bellos horizontes a su rededor, y desde donde se contempla la tierra y se divisa el cielo...

De todas las bocas partió un clamor armonioso, que ya despertado era sólo el de la nota de la lluvia en las canales y sobre los tejados de la ciudad nocturna y pluviosa.

## Las Divinas Personas

### Cuento del Padre

Mucho antes de la creación del mundo, ya el Eterno había expulsado de su reino a los ángeles rebeldes. Sólo Azael escapó entonces a la cólera del Señor, a causa de los servicios que le prestó en el descubrimiento y castigo de la celeste conspiración de los malignos.

Leve había sido su falta y grande su arrepentimiento; así, le fue perdonado por Jehová, a cuya sabiduría infinita no podía ocultarse cuán fácilmente puede sucumbir un espíritu inquieto e ingenuo, como Azael, a las argucias de Satán. Un instante seducido por éste, estuvo Azael a punto de caer envuelto en la más antigua y tremenda de las calamidades, en aquella de donde se originan todos los dolores del hombre sobre la tierra. Pues ni Eva ni Adán habrían perdido su inocencia primigenia, y descargado de ese modo todos los castigos sobre nuestra mísera especie, si Lucifer, al ser lanzado de los Imperios de Jehová, no se hubiese escondido entre las flores del Paraíso terrenal. Y como Satán antes de la creación del hombre, se aburría en las tinieblas del caos, por no poder tener a quién tentar, acometió a nuestros primeros padres con astucia y furor descomunales.

Arrepentido, pues, Azael, a los pies del Hacedor confesó sus veleidades y le reveló la trama que se preparaba contra su poder. Y

Jehová lo conservó a su lado, se entretenía con sus juegos y ocurrencias y hasta lo aprovechó en misiones confidenciales a los lejanos mundos por él creados.

Por su parte, Azael comprendía que el Eterno necesitaba de su ingenio ágil y sutil, para distraerse en sus divinos ocios, sobre todo después de que el Hacedor se entregó al reposo, concluido que hubo, en siete días, la obra que perdura por los siglos de los siglos; además de que el Eterno, en su ancianidad, le había encargado de vigilar los trabajos de los hombres, de cómo obedecían a sus preceptos y se oponían a las maquinaciones infernales.

Eran así frecuentes los viajes que, desde el cielo a la tierra, hacía Azael, a quien Satán no cesaba de acechar confiado en atraerle al fin a sus dominios; porque recordaba que Azael era curioso y, por tanto, propenso al pecado como cualquier mortal.

Un día el Señor, sin disimular su hastío, dijo de repente a Azael:

—Azael, me repites demasiado la historia de la vieja conspiración de Luzbel. ¿Crees tú que la ignoraba? Bien sabes que nada hay para mí oculto. Te perdoné porque me revelaste lo que ya sabía. Lo que siempre estará fuera de tu alcance es la razón de por qué la dejé estallar. Ello no será conocido sino al final de los tiempos, cuando todos los seres por mí creados vuelvan a reposar en mi seno paternal, y el mismo Luzbel retorne a mis brazos, convencido de que, sin sospecharlo siquiera, fue un agente mío para purificar por el fuego, la arcilla primitiva y convertirla en purísima sustancia radiante. Azael, observo que poco te ocupas ahora de la existencia de los humanos.

—Señor —le contestó humildemente Azael— como cada vez que visito la tierra escucho y veo las mismas cosas, he concluido por aburrirme de ellas. Nada cambia allá abajo. Siempre las mismas guerras, ambiciones, odios y amores. Confieso que la monotonía sólo es soportable bajo la luz de tu presencia. Pero, Señor, tu servidor soy y tus órdenes son inapelables.

—Azael —exclamó el Eterno— únicamente Jehová puede aburrirse sin que la creación vacile. A ningún ángel le está permitido sino el canto y la sonrisa. Tu incuriosidad a la larga puede perderte. Si la curiosidad perdió a Eva, fue por lo nimio del objeto a que la aplicó. Mas, los que con angustia solicitan los caminos que conducen a mi trono, me son tan gratos como los espíritus puros y sencillos que creen haberlos hallado. Sólo los indiferentes son mis

verdaderos enemigos. Si esa curiosidad cesara, sería como prescindir de mí. ¡Apártate de mis ojos, Azael, y ve a la tierra!

—Perdóname, Señor —gimió de hinojos Azael—. ¿A qué sitio de la tierra deseas que me encamine? ¿De qué mortal quieres tener noticias?

—Al país de Hus, donde mora mi siervo Job —añadió lacónicamente Jehová.

Y casi sin esperar más órdenes, levantó Azael el vuelo. El Eterno oyó satisfecho el rumor de sus alas en el éter diamantino. Y, apoyando sus barbas caudalosas en la diestra, el Todopoderoso se durmió.

Despertó Jehová y al sorprender a Azael que jugaba con el borde de su túnica, resplandeciente como el sol, le increpó con estas palabras:

—¿Qué haces? ¿No has cumplido mis órdenes?

—Las he cumplido, Señor, mientras dormías por cien horas. Job, el más perfecto y recto de los que temen a Dios, es también el más rico y dichoso de los varones orientales. Su hacienda se extiende a todos los horizontes y posee siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas, todas con sus aparejos.

—El siervo que sólo en trabajar se ocupa, es el mejor de mis siervos —dijo complacido Jehová.

—Señor, también se regocija en banquetes, junto con sus siete hijos, sus tres hijas y sus tres hermanas.

Y como Azael observara una arruga profunda en el ceño del Creador, añadió con presteza:

—Pasados los días de convite, Job se levanta muy de mañana y te santifica y te ofrece holocaustos.

Pero el Eterno permanecía silencioso y pensativo. Todo se oscureció de súbito, menos el resplandor de Jehová. Unas inmensas alas cartilaginosas hicieron aún más sombrío el espacio. Era Satán, que llegaba llamado por el Señor, que al oído le habló. Breve fue el diálogo, pero terrible para el santo de Hus, cuya paciencia iba a poner a prueba el Eterno. El enorme murciélago se alejó veloz y la luz inmaculada de los cielos imperó de nuevo.

A poco, los bueyes y las asnas, que pacían en la tierra fecundada por Job, fueron acometidos y tomados por los sabeos, y los mozos

pasados a cuchillo. Apenas más tarde, igual suerte corrieron los pastores de las ovejas, sobre las que cayó fuego del cielo.

Enviado por Jehová, pudo comunicarle Azael con cuánta resignación aceptaba Job las disposiciones del Eterno.

—Sin acudir a Luzbel —le hizo observar Jehová—, podría desencadenar todos los males sobre mis criaturas, pero todavía quiero mantener al rebelde en la ilusión que es tan poderoso como yo.

Y Satán recurrió a más duras pruebas para turbar la paciencia de Job. Mientras los hijos y las hijas del infeliz varón de Hus comían y bebían, un gran viento del desierto derribó la casa donde se solazaban y únicamente se salvó el mensajero que trajo la nueva a Job, quien, cayendo de rodillas, adoró al Hacedor.

Lo supo Jehová y quedó admirado de la sublime paciencia del santo. Pero notaba Azael que la paciencia del siervo comenzaba a impacientar a su Señor.

Tocó entonces Satanás la carne de Job, que se cubrió desde el pie hasta la cabeza de pústulas que manaban humores nauseabundos y aunque su mujer le aconsejaba apartarse de Dios y se burlaba de su simplicidad, Job callaba y, sentado en medio de cenizas, con un tejo se rascaba la lepra.

—¿Será posible tal perfección en un ser hecho de barro? —exclamó Jehová—. ¿Podrá el hombre llegar ser semejante a su Creador?

—Señor —musitó Azael, con los ojos gachos y como ocultando su pensamiento al que todo lo sabe—, el Omnipotente puede permitirlo, si así conviene a sus fines. Pero la paciencia de Job —insinuó con genio político impropio de los divinos lugares— me parece la más imperdonable pretensión del hombre, después de la de haber aspirado a conocer la ciencia del Bien y del Mal.

—Márchate a la tierra, que mayor es tu presunción al pretender juzgar mi obra. Márchate y hazme saber enseguida cómo soporta Job las penalidades con que Luzbel, por orden mía, últimamente le ha agobiado.

No tardó en oírse la jubilosa risa de Azael, ya de regreso del desolado país de Hus.

—Señor —dijo Azael, casi sin tomar aliento—; grandes nuevas te traigo de Job tu siervo. Su paciencia se ha convertido en lamentosa indignación. En vano sus amigos y fieles creyentes suyos, Eliphaz, Baldad y Sophir, se han empeñado en probarle que son merecidas y

justas las penas que sufre. Job vocifera lleno de amargura. Ha perdido al fin la paciencia que, permíteme decírtelo, comenzaba a hacerte perder la tuya.

—Azael —resonó la tormentosa voz del Altísimo—, vete al lado de Satán, con quien debiste estar desde el remoto día de la conjuración de los ángeles. Te creía digno de interpretar mis recónditos pensamientos. Tu inmortal mocedad te incapacita para conocer mi sabiduría. Me has creído decrepito a causa de mis años. Mis barbas blancas te han ocultado mi eterna juventud. Aléjate de mí. Eres indigno de comprender que Job impaciente está más cerca de mí que, cuando con inagotable paciencia, ya ostentaba el orgullo y la serenidad de un dios que se enfrenta a mis ejércitos.

Desterrado entre nosotros, míseros mortales, Azael solicitó a Satán, a quien halló acongojado por su fracaso ante el santo Job que, de nuevo rodeado de riquezas, con tantos hijos como antes de sus desgracias, y con mayores rebaños, se durmió en la paz del Señor a los ciento cuarenta años.

Cuando Azael refirió al Tentador lo ocurrido con Job, Luzbel, en el tono de un verdadero pobre diablo, comenzó sus reflexiones con estas simples palabras, que encierran casi toda la ciencia de los hombres y que el Eterno celebró con una carcajada, que de un extremo a otro recorrió los cielos y conmovió la creación:

—¡El viejo Jehová es incomprendible!

## Cuento del Hijo

En el pueblo, el caso de la negra Higinia era la comidilla de los vecinos. Primero se creyó que los dolores, que le hacían lanzar tan agudos gritos, se debían a que estaba encinta. Pero ¿cómo su flor virginal podía haberse deshojado a los sesenta años de edad, cuando ni mocita se le conoció novio alguno y sólo sonrió fraternalmente entonces, con sus dientes de coco, a los peones que la requebraban, a la sombra de los guamos de la hacienda donde nació de padres esclavos? Y era donosa antaño, con el cesto de cogedora de café apoyado en la cintura, o cuando iba por agua a la acequia, con la tinaja sobre las duras greñas. Después, ya vieja, seguía sonriendo como antes, pero con desnudas encías de color rosa, y con una bondad tan natural y espontánea como las tunas que crecen al margen de los

barrancos y ofrecen su dulce pulpa a la sed del viajero, bajo los soles caniculares.

Era santa la negra Higinia, como lo es la mota de tierra y el cardo silvestre y el limpio manantial que desciende de las montañas, es decir, inconscientemente, que es como las cristalinas virtudes parecen participar mejor del misterio de la naturaleza. Sin embargo, no se salvó Higinia de la maledicencia. Pero, desechada la suposición, porque los meses pasaban y no daba a luz Higinia, se atribuyó su dolencia al mal de ojo, con que se creía la dañara un italiano bizco que, vendiendo zarazas y baratijas, pasó por el poblado, con su caja al hombro, inclinado hacia la tierra, como un nazareno vestido de pana y con zapatos de gruesos clavos. Se hizo venir a la curiosa, que la ensalmó con hierbas mágicas y oraciones de desembrujar; pero el dolor continuó tenaz.

Aseguraba, por su parte, don Liborio, el boticario, que se trataba de un principio de epilepsia, enfermedad que, a su entender de farmacéutico rural, recogió Higinia por única herencia de su padre, el buen negro Tadeo, que estuvo celebrando, por muchos años, en el mostrador de las pulperías, con aguardiente de caña, la abolición de la esclavitud, hasta que un día lo encontraron muerto en la bagacera del trapiche.

Es lo cierto que los lamentos de Higinia se oían hasta en la plazuela de la iglesia, encalada y humilde como las de casi todos los pueblos venezolanos, pero con algunas imágenes del tiempo de la Colonia, entre ellas un San Miguel, toscamente tallado en madera, que hería con su espada a Satanás caído a sus pies, con el rostro de bello arcángel adolorido.

Ya había agotado Higinia todas las pócmias y brebajes que don Liborio y los vecinos le recetaban, y desesperada se abrazaba a los horcones de su rancho de bahareque, cuando su comadre Severiana le aconsejó, como último recurso, que le hiciera una promesa a San Miguel. No olvidaba Severiana que Higinia le había cerrado los ojos a su marido, muerto de un machetazo en una riña con Anselmo, el isleño, y acompañado al camposanto, al paso de la burra, en cuyo lomo macilento se balanceaba la urna de pino. Y no era sólo Severiana quien ponderaba los milagros del arcángel, pues estos eran famosos en todos los caseríos de los alrededores.

—Esta vela te traigo, Higinia —explicó grave y piadosamente Severiana—, para que con toda fe se la ofrezcas a San Miguel. Has de llevarla tú misma, aunque sea arrastrándote por la calle.

—Si no puedo, mujer, si no puedo —gemía la infeliz Higinia, mientras se arqueaba en su catre y se oprimía con sus encallecidas manos de manumisa el vientre torturado.

—¿Cómo no has de poder? San Miguel te dará fuerzas.

A poco, toda la chiquillería y todas las vecinas estaban a la puerta, en la única calle del pueblo, compadeciendo a Higinia que, apoyándose en las paredes, con el rostro demacrado, la vela en una mano y en la otra un pañuelo a grandes cuadros, con el que ahogaba sus gritos, se dirigía vacilante a la iglesia. En verdad, nunca se había fijado en la imagen de San Miguel, que estaba, como le explicó la comadre Severiana, un poco escondida cerca del altar mayor, a un lado del penumbroso presbiterio.

Ya oscurecía, y nadie miró a Higinia cuando regresaba a su rancho, después de ofrendar la vela y las plegarias, con todo el fervor de su corazón sencillo y según el consejo de la comadre.

La comadre Severiana vivía del otro lado del río, en el cerro de las Cocuizas, y la tarde siguiente a la de su promesa, el río pasó Higinia a pie enjuto, ligera como una muchacha, entre la iluminación rojiza del sol poniente, que llaman de los araguatos.

—Severiana —díjole Higinia, balbuceante y echándole los brazos al cuello—, si no fuera pecado me arrodillaría aquí mismo como lo hice ayer en la iglesia. Dios sólo sabe el bien que me has hecho. Como si con su santa mano me hubiera tocado el pobrecito San Miguel y me hubiera sanado con sólo verme, así comenzó a pasarme el dolor desde que le encendí la vela y principié a rezarle. Ya puedo trabajar —añadió alegremente— y pilar maíz. ¡Si estoy como si tuviera veinte años!

—Pero ¿cómo fue? Cuenta despacio, mujer —le interrumpió Severiana—. Siéntate en este cajón, que estarás estropeada, hija.

—Si hasta Caracas puedo ir a pie, sin cansarme. ¿Pero, tú, dónde vas a sentarte?

—No te preocupes, que sobre esta piedra de la batea estoy como en sofá de blanco codicioso. ¡Pero cuenta, cuenta, pues, mujer!

—Verás. Apenas principié a rezar, sentí una dormición en las tripas. Así estuve toda la noche, y hoy amanecí sana, sanita.

—¿Ya ves lo que te decía? No hay como San Miguel bendito. Y después ese zoquete de don Liborio se burla porque creemos en los milagros.

—Si tú supieras, don Liborio siempre ha sido muy bueno conmigo; él hizo cuanto pudo para curarme. Voluntad no le ha faltado.

—Pues él me dijo que tu enfermedad era por culpa de tu padre Tadeo, y patatín y patatán...

—Esas son cosas que se le ocurren a esa gente que se la pasa leyendo. A veces, para distraerme, iba a mi rancho a leerme lo que dicen los papeles de Caracas; pero yo no entiendo nada.

—¿Pero qué vas a entender, si no son sino embustes? —exclamó airada Severiana, siempre tan propensa a estallar en mal humor a la menor contradicción.

—¡Dios los perdone! Pero vamos al asunto.

—Sí, es lo mejor, porque tú eres capaz de perdonar al mismo diablo.

—Pues, como te decía —continuó Higinia—, me arrodillé ante la vela, y como no había ni un alma en la iglesia, al principio tuve miedo. Pero cuando empecé a rezar me parecía que me levantaban por las greñas y que San Miguel sentía un dolor tan grande como el mío. ¡Y cómo no, con aquella espada que le encajaban en el estómago! Se le comprendía en los ojos que me estaba compadeciendo como yo lo compadecía a él, mientras el diablo se gozaba con la maldad que le estaba haciendo y le ponía el pie sobre la cabeza...

—¿Pero qué estás diciendo, mujer? —gritó escandalizada Severiana.

—¿Qué es, Severiana? ¿Qué te pasa? —preguntó Higinia sorprendida y sin entender el escándalo de la comadre.

—¿Pero a quién le rezaste, al que encajaba la espada o al que estaba en el suelo?

—¿A quién había de ser? A San Miguel, al que estaba sufriendo. Al malo, que lo hacía sufrir, no podía ser.

—¡Hoy sábado!... ¡Le rezaste al diablo! ¡Fue el diablo el que te hizo el milagro! —vociferaba Severiana—. ¡Estás endemoniada! ¡Vete, que hiedes a azufre!...

Y con súbito estupor, sintió Higinia que caían sobre su cabeza todos los castigos del cielo. Sus piernas se doblaban, cuando Severiana empujándola violentamente fuera del rancho, se santiguaba,

hacia cruces en el cajón donde Higinia se había sentado, en el suelo que había pisado y hasta en la puerta por donde entró.

Era ya de noche. A lo lejos, el torreón, como un inmenso índice apuntado al cielo, lanzaba llamas de la molienda de la tarde hacia las nubes de color de hollín. Por el camino oscuro, Higinia semejaba unan gran piedra negra, que una fuerza desconocida impulsara lentamente. Tuvo miedo a los cocuyos luminosos, que volaban en los cañamelares y que ahora le parecían infernales chispas. ¡Ella endemoniada, por haberle rezado al maldito y no al ángel del Señor!

Arrodillándose y besando el polvo árido del camino desierto, Higinia rogó a Dios que, en señal de perdón, le hiciera sentir de nuevo sus dolores. Aguardó un instante el supremo prodigio; pero, por lo contrario, sintió que suave caricia recorría todo el cuerpo, con el frescor de un agua milagrosa. Y convencida de que Dios no escuchaba sus preces y castigaba de ese modo su herejía, negándole el dolor que imploraba, la pobre Higinia, en la desolación de su inmensa soledad, rompió en llanto. Severiana tenía razón. Estaba endemoniada.

Un calofrío de terror erizó sus arrugadas carnes, cuando al entrar en su rancho divisó debajo de su catre dos pupilas encendidas como brasas. Y dio un alarido de espanto.

—¿Qué es? —le preguntó soñolienta y desperezándose su sobrina Ruperta, que la acompañaba durante su enfermedad y que dormía vestida, en una estera, sobre el suelo gredoso del rancho—. ¿Otra vez el dolor?

—¡No; mira, es el diablo! —balbuceó Higinia, mostrando a Ruperta los carbunclos de fuego.

—¡Ave María Purísima! —exclamó la muchacha—. ¡Qué diablo ni qué diablo! Es el gato de don Liborio, que siempre se mete aquí a robarle la comida al cochino.

Con los gruesos labios entreabiertos, a poco Ruperta comenzó a roncar. Higinia se sentó al borde de su catre, y los ronquidos de Ruperta, que a veces tanto la molestaban, eran ahora como la única voz que la acompañaba en el mundo. Escuchándola roncar, fue alestargándose como bajo la influencia de un calmante. Sus recuerdos se evaporaban como en un sopor de opio, y cual si descendiese por una pendiente de seda, cayó tendida sobre su almohada de paja, con

las alpargatas llenas de barro, con su traje de flores moradas y con sus ásperas greñas canosas, ceñidas por el pañuelo de madrás.

En un silencio profundo, como si todos hubieran muerto en el pueblo, sólo se oía el roncar de Ruperta y a lo lejos el canto de los gallos.

En sueños, se vio de nuevo Higinia arrodillada en el camino oscuro. De pronto divisó, a distancia, un farol del pueblo que avanzaba hacia ella, que al aproximarse tomó forma humana y caminaba como don Liborio; pero cuando estuvo cerca de ella, quedó deslumbrada por una luz extraordinaria. Y en el centro de la luz, vio maravillada Higinia a Nuestro Señor Jesucristo.

Y de los labios de Jesús, como una música divina, escuchó Higinia estas palabras:

—Apóyate en mi seno, porque desde la Eternidad escuché la oración que dirigiste al ángel que un día se rebeló contra mi Padre. Sin él habría sido innecesaria mi venida al reino de los mortales. Es cierto que sin aquella rebelión, Adán no habría pecado; pero hecho de barro como era, el hombre no habría conocido la absoluta perfección, ni visto a un Dios sobre la misma tierra que pisaba. Sin el pecado original, el hombre no habría conocido mi presencia. Desde muy alto, entre relámpagos y tinieblas, hablaba mi Padre a sus criaturas. Yo quise vivir entre ellas, hablarles dulcemente al oído y agonizar como ellas. Suspendí las piedras del Decálogo, que pesaban demasiado sobre las débiles espaldas de la humanidad, y sobre la ley mosaica grabé el Sermón de la Montaña. Bienaventurada eres, Higinia, porque eres simple de espíritu. En tu ignorancia, conoces de mi vida lo que es esencial, la fraternidad y la justicia. Perdono a los que ponen en duda mi divinidad, porque de mi poder infinito esperaban la desaparición del dolor universal. Están menos distantes de mí esas almas atormentadas que las que de mi historia sólo averiguan lo que es percedero. La que te creyó endemoniada procedía como los que encienden hogueras inquisitoriales en su ciega manera de adorarme. Tú has amado, como yo, el dolor, que tu ingenuidad contempló en Luzbel y no en el Arcángel a quien el dolor del vencido regocijaba. No supusiste, buena mujer, que el Bien pudiera ser representado con una espada tinta en sangre. Sin saberlo, a través de una tosca imagen de madera, te elevaste a un concepto más perfecto que el de la generalidad de los humanos. Yo compartí el dolor de tus

entrañas. ¿No sentiste cuando orabas al que veías sufrir, una mano que mitigaba tus penas? Fue mi mano. ¿No sentiste en el camino oscuro, una suave caricia cuando, en signo de perdón, implorabas de nuevo tu dolor? ¡La paz sea contigo!

Un inmenso resplandor llenó el rancho de Higinia, y se oyeron las campanas de la Jerusalén celeste, que, en realidad, eran el amanecer del domingo y las campanas de la iglesia vecina que llamaban a la misa de cinco.

—¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo! —exclamó Higinia, con matinal alegría y evangélica unción.

Porque Higinia, que nunca logró entender las lecturas de don Liborio, el boticario, comprendió ahora, con la sabiduría de los que nada saben, las palabras de Jesucristo.

### **Cuento del Espíritu Santo**

En Granada, la bella, vivía Angélica con su padre, Juan de Florencia, así llamado porque nació en la Ciudad del Lirio Rojo, a las orillas del Arno.

Finalizaba, con el siglo, el imperio de los árabes en España. Sólo el virtuoso Macer había sabido descifrar en los avisos del cielo, que es como nombran los alfaquíes a los signos del tiempo, que, en breve, entre las rosas del Alhambra, iba a morir Alá. Así lo dijo el viejo rey Abul Hasen, bajo las áureas filigranas del propio Alcázar: “Las ruinas de este pueblo caerán sobre nuestras cabezas. Permita Mahoma que me engañe: pero el ánimo me da que el fin de nuestro señorío es llegado”. Y sin escuchar los consejos del anciano, continuaban los encendidos odios de los padres y de los hijos, que, más que en las enseñanzas del Corán, bebían en copas de oro el vino que enloquece a los dominadores. Entre tanto, desde Sevilla atizaban la discordia musulme, con astutas promesas, Fernando el maquiavélico y la católica Isabel, quienes ya habían clavado, en la torre arábiga de la Giralda, el pendón de los castillos y de los leones rampantes.

En el barrio de los cristianos, Juan de Florencia parecía un artista del Renacimiento. Su hija Angélica, cuyos años eran como los quince pétalos de una flor, embalsamaba el taller de su padre, con la gracia primaveral de una virgen de Sandro Botticelli. Leve como los pañuelos que tejía en su rueca, blanca como los marfiles a que el artífice daba contornos de mujer, era Angélica, la hija de Juan de

Florenxia, el de las barbas de plata, y de Rosario la toledana, que se durmió en la paz del Señor, dejando por herencia a la niña los ojos de color de avellana y los dorados bucles, su belleza, sus virtudes y su fe en el Dios de los cristianos.

En Toledo aprendió Juan de Florenxia a damasquinar el acero; en los conventos de dominicos, el simbolismo de las iniciales de la Biblias incunables y el de la flora de los facistoles; con los judíos, a tallar las piedras preciosas. De su trabajo de perfumista vivía en Granada; pero era su ocupación predilecta pintar en pergamino los tercetos de la *Divina Comedia*, cuyo sentido recóndito aspiraba a revelar por medio del color, según el sentido místico del canto. En un silencio de ofertorio indagaba Juan de Florenxia el color de los cantos del Paraíso, que debía de ser como la luz de un infinito azul, recogida por sus finos pinceles. Fue así, por ahondar en los secretos del poema, como Juan de Florenxia conoció a Ben Alahmar, que era erudito en las letras antiguas y modernas, y, con los cristianos que habitaban Granada, el más tolerante de los mahometanos.

En un sillón de cuero cordobés, solía sentarse Angélica a leer la *Vita Nuova*, del mismo Dante Alighieri, que reposaba cual un ramo de jazmines en la pulpa diáfana de sus dedos. Así la encontró Ben Alahmar, cuando, por vez primera, vino al taller de Juan de Florenxia, de donde, y desde entonces, al salir el joven sarraceno, de aquilino perfil, suspiraba al pensar que entre él y la cristiana se alzase terrible el alfange de Alá.

Y desde aquel día también, cuando por las tardes paseaba Angélica con su padre, por los alrededores del Generalife, tímida miraba hacia los laureles de la Alhambra, bajo los cuales con frecuencia Ben Alahmar meditaba. Nunca como entonces había percibido la música de las aguas por el declive de los arrayanes.

Como la sintiera una tarde desfallecer apoyada en su brazo, díjole Juan:

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Es el crepúsculo el que te hace mal, o es que te han enfermado los perfumes?

—No sé, padre —balbuceó Angélica. E inclinando la cabeza sobre el hombro del viejo artista, volvió de nuevo los ojos hacia la Alhambra, delicada como un encaje de piedra en el atardecer violeta. Pero no vio a Ben Alahmar.

Sosteniendo a su hija por la cintura, cual un trémulo junco, bajaron por las bermejas calles del Albaicín hasta el barrio de los cristianos. En el taller, ya en sombras, se sentaron taciturnos. Pero Juan de Florencia pensaba en el matiz de cobre oxidado que quería dar a una mayólica, y Angélica, en Ben Alahmar. Y, como Ben Alahmar, suspiró, pero porque, entre el amado y ella, se alzaba la cruz de Jesucristo.

Se hicieron cotidianas las visitas de Ben Alahmar al taller de Juan de Florencia. Discurría Ben Alahmar, con el sutil ingenio de su raza, acerca de las reminiscencias musulmanes que se encuentran en el poema de Dante. Por su parte, Juan de Florencia creía haber acertado en su interpretación pictórica del Infierno y el Purgatorio, pero en vano solicitaba en los pomos de colores la vibración luminosa de los tercetos etéreos del Paraíso; lo que, un poco engreído de su pincel, atribuía, más que a propia incapacidad de artista, a no haber penetrado el pensamiento de Alighieri. De ese modo prolongaba sus conversaciones con Ben Alahmar, respecto a aquella parte de la obra en que el alma llega a su vértice espiritual.

Con la barbilla apoyada en la concha de su mano, atendía Angélica a las citas de los libros arábigos, que Ben Alahmar compulsaba con la *Divina Comedia*, en la cual, a su vez, Ben Alahmar aspiraba el místico aroma de una fe que no era la suya, pero que, a su pesar, le penetraba como incienso por los calados arabescos de una mezquita cerrada.

E intrincándose en complicadas exégesis, argumentaba Ben Alahmar, arrebatado por su ardiente imaginación oriental:

—La paloma que, para nosotros, es el arcángel que en secreto hablaba a Mahoma, es para los poetas la encarnación de la belleza inmortal; para los filósofos, el desconocido hábito de la vida universal. Es el Espíritu Santo para vosotros, cristianos, el Paráclito, el Dios deshumanizado, libres de vestiduras humanas, el alado símbolo de la máxima transfiguración de la divinidad.

Y la alegoría columbina iba tendiendo un hilo invisible entre el alma de Angélica y la de Ben Alahmar.

Pero un día hubo de descender Ben Alahmar de su Paraíso, que no ya en el jardín de las huríes estaba, sino en los ojos de Angélica, pues cuarenta mil infantes asediaban la ciudad y diez mil caballos de

las huestes de Gonzalo de Córdoba rompían con sus cascos vencedores la vega de Granada, la bella. Le opuso Muza Ben Abil Gazan, famoso capitán del rey Boabdil el Chico, veinte mil mancebos, y entre ellos a Ben Alahmar.

Trabose la batalla, y a poco, como si la tierra se cubriera de clavetes, toda la vega se empujuró de sangre. Y en un carmen granadino, herido por los arcabuceros de Isabel y Fernando, los católicos, desplomose moribundo Ben Alahmar. Un velo de carmín cubrió sus ojos, y, en trance de agonía, vio a Angélica, como la Beatriz de Dante, en el cielo de su Dios. Y en el estrépito de los tambores y el piafar de los corceles, en la furia del combate, nadie oyó esta su postrera invocación:

—¡Alá, Dios de mis abuelos, te di mi sangre; pero mi vida es de Angélica! En el cielo prometido a los cristianos he de esperarla. ¡Alá, perdóname! ¡Jesús, ábreme las puertas de tu Paraíso!

Llegó el sol a su ocaso y antes de hundirse en lontananza, incendió con sus rayos a la ciudad amedrentada. Como un león herido, y seguido de sus jeques, retornó Muza a Granada. Cruzado en la roja gualdrapa de un caballo de ligeras ancas y flamantes crines, reposaba el cadáver de Ben Alahmar. Goteaba sangre su frente, sobre el suelo maternal, mientras sus pupilas, cuajadas por la muerte, parecían buscar en la Vía Láctea, en la incommovible serenidad de la noche estrellada, los senderos del Dios de Angélica la cristiana.

Después que los arcabuceros de sus hermanos en Jesucristo habían muerto a Ben Alahmar, el bien amado, ya no fue Angélica un marfil. Fue nardo, espuma, botón de lino que el viento deshacía. Suave como la de una paloma, fue su lenta agonía de amor immaculado. Y en un gemido, desde su corazón virginal, invocó así a su Dios, con aliento apenas perceptible:

—¡Jesús, Dios de mis abuelos, mi vida es tuya; pero mi alma es de Ben Alahmar! En el cielo que Alá tiene prometido a los suyos he de hallarle. ¡Jesús, perdóname! ¡Alá, ábreme las puertas de tu Paraíso!

Y como blanca nubecilla, fue Angélica, cuando Juan de Florencia, el de las barbas de plata, la palpó exánime, como la perfecta obra de arte que mortal alguno pudiera realizar.

\* \* \*

Volaba el Espíritu Santo a las puertas del cielo, donde Ben Alahmar, en la espera de la amada bebía las linfas del Leteo, que tienen la virtud de hacernos perder el recuerdo de los pecados. En tanto, Angélica aguardaba al amado en el maravilloso jardín islámico de las arenas perfumadas, que riegan también dos ríos, cuyas aguas diamantinas limpian los corazones de impurezas terrenales. Allí, donde las doncellas dan la bienvenida al esposo, estaba Angélica en espera de Ben Alahmar. Acaso ya Alahmar trepaba la montaña de jacinto, después de atravesar la llanura del Purgatorio, que es la cima del Paraíso prometido por Mahoma a los hijos de Alá. Lejos se escuchaban, balanceados por los céfiros, el gorjeo de los pájaros, el canto de las huríes y el rumor armonioso de los árboles cargados de pomos.

Las huríes que al son de las guzlas tañidas por querubes, se bañaban en fuentes cuyos fondos eran de menudas perlas y de polvo de rubí, vieron volar una paloma que con sus cándidas plumas rozaba sus carnes desnudas. Corrieron tras ella, pero en sus brazos se deshacía la blancura de la impalpable paloma, pues el Espíritu Santo está formado de una inmaterial albura, de una luz desconocida a los hombres, y su apariencia de paloma es una ilusión aún para los que están al lado del Señor.

Tomó entre sus alas el Espíritu Santo a Angélica, la cristiana, a la amante engañada por el amor, y la colocó suavemente en los brazos de Alahmar. Y comulgaron los dos en las aguas del Eunoe, que son las de la eterna felicidad.

Mil liras y mil arpas resonaron en el infinito azul del empíreo, en la celebración de las celestes bodas de Angélica y Alahmar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jehová a Jesús, que estaba a su diestra.

Y Jesús, con la sonrisa con que perdonó a María de Magadalena:

—Es el Espíritu Santo, que ha perdonado a la que también amó mucho.

Y Jehová dijo entonces:

—Tu reino y el mío pueden perecer; pero nunca desaparecerá el reino del Espíritu Santo.



## Estampas de fin de siglo

### El colibrí

LUCIANO, escritor público, aire de vividor, 28 años.

ALINA, su mujer, alegre, ingenua y nerviosa, 23 años.

*Sala elegante en casa de Luciano; éste vestido a la última moda; fumando en boquilla de ámbar, se pasea distraídamente. Alina, en una mecedora, con los ojos entornados, se balancea con la punta del pie. Después del almuerzo. Primer año de matrimonio.*

ALINA: ¡Ay, qué divertido!

LUCIANO: ¿Qué dices?

ALINA: Estaba pensando en *Naná*.

LUCIANO: ¿En quién, en tu mamá?

ALINA: ¡Caramba! (*Dándose con la palma de la mano en la boca*). Y yo que no quería decirte nada hasta que hubiera concluido de leerla.

LUCIANO: ¿Pero qué es? No comprendo.

ALINA: Mira, es... Yo quería sorprenderte, pero ya te lo dije. (*Coquetea picarescamente; va hacia su marido, quien se deja acariciar mientras quita con la uña la ceniza de su cigarro*). El otro día me puse a oír por la cerradura...

LUCIANO: ¿Por la cerradura?

ALINA: Sí, por la cerradura de la puerta de tu cuarto de estudio. Hablabas en alta voz y dabas voces, como si te ocurriera algo, yo me dije, “¿Qué tendrá Luciano?”. Y fui en puntillas y miré por la cerradura. Fue sin culpa. Tú ibas de un extremo a otro de la habitación, gesticulando mucho, y parecía que estabas muy nervioso; te detuviste de repente delante del poeta aquel que, sentado junto a tu escritorio, se retorció como siempre, el bigote.

LUCIANO: ¿Qué poeta, Alina? No entiendo nada de lo que me dices.

ALINA: ¡Jesús! El poeta aquel que escribió unos versos muy bonitos en el álbum que me regalaste el día de nuestro compromiso; te acuerdas que me llamaba: “Torre de marfil, colibrí de oro”.

LUCIANO: (*Con repentino disgusto*) Bueno, bueno, sigue.

ALINA: Te detuviste y con voz casi colérica le decías, me acuerdo muy bien (*Fingiendo seriedad e imitando la voz de Luciano*): “Al fin tendremos que hacer un manicomio para meterlos a ustedes. La poesía se va, se va y se va; nuestro siglo es de positivismo, de industria, de civilización. ¡Señor, venirnos a hablar a estas horas de idealismo!”. Algo que no pude oír te contestó entre dientes el poeta... ese que me llamó “colibrí”, pero debió ser muy malo, porque te pusiste como rabioso, y dando un golpe sobre el escritorio le replicaste: “Eso es lo que los subleva a ustedes los que no pueden soportar de frente la luz de la verdad. Pues bien; yo declaro que haría una pira con todo ese farrago de sentimentalismos y antiguallas, que sólo sirve para engañar a las mujeres y a una docena de desequilibrados. ¡Sí, todos al fuego! Solamente a Zola con su obra inmensa dejaría en pie, y que lo lean todos, en las escuelas, las mujeres, los niños, todos. Tú hablas sin saber. ¿Has leído tú esta obra insigne?...” Y con movimiento rápido sacaste del estante de los libros uno que arrojaste con furia sobre la mesa; el poeta lo miró de reojo, y sonriendo sarcónicamente, exclamó: “Anda, Luciano, ponte el sombrero y vámonos a la calle, te conviene el aire fresco”, y tomándote del brazo casi te arrastró fuera de la habitación, dándome apenas tiempo para ocultarme detrás de la cortina, porque no quería que supieras que te había escuchado. Habías dejado al salir abierta la puerta; entré en tu cuarto; sobre la mesa estaba todavía el libro; el pobre, con tu brusquedad, había sufrido mucho; miré curiosamente la primera página, en la carátula, amarilla, con gruesas letras negras, leí *Naná*,

por Emilio Zola (*Luciano palidece y se muerde los labios*). ¿No era ese el escritor que tú decías que era el único bueno, el que debían leer las mujeres? ¡Ay, qué gusto para mí sería cuando supieras que yo lo había leído! Me lo llevé, y a hurtadillas de ti lo leía para darte después una sorpresa. Pero aún no he llegado al fin y no sé cómo terminará la pícara Naná... (*Luciano no sabe qué responder. Alina habla aturdidamente*). ¡Ay, Dios mío!... lo malo fue que la otra noche estuve leyendo hasta muy tarde, tú no habías venido del Club; me latían las sienes y me acosté, pero a poco, entre dormida y despierta, soñé... ¡ay qué vergüenza! que había salido al teatro, al escenario, yo veía miles de pecheras blancas, como Naná, así... desnuda; sin nada; oí un atronador aplauso, como una inmensa voz de admiración y me desperté agitada... ¡Ay, qué vergüenza! (*Se cubre el rostro con las manos*).

LUCIANO: (*Angustiado y colérico, habla febrilmente y casi sin saber lo que hace aprieta con fuerza el brazo de su mujer*) ¡Basta!... ¿En dónde está ese libro?... ¡Pronto! ¡Dámelo!... ¡Dame el libro te digo!

ALINA: Pero, ¿qué es, Luciano?... ¿Qué tienes?

LUCIANO: ¡El libro!... ¡El maldito libro!... Si no quieres que...

ALINA: ¿Pero qué tiene?... ¡Yo no sabía!...

LUCIANO: ¡Dámelo!

ALINA: Sí... sí... pero si yo no sabía... Toma (*Saca el libro de un cofre de bordados; Luciano se lo arrebató de las manos*).

LUCIANO: ¡Ay!... (*Se enjuga la frente con el pañuelo*). ¿Es decir, que te has propuesto revolver mis papeles, extraviar mis libros?... Luego no debías ignorar que no es esta lectura para una mujer, para una señora honrada como supongo debes serlo tú.

ALINA: (*Sorprendida*) ¿Pero no decías el otro día que?...

LUCIANO: (*Tratando de contenerse*) No tienes necesidad de desorganizar mi biblioteca, cuando te he formado una para ti de obras morales, versos...

ALINA: ¿No decías que eso sólo sirve para engañar?

LUCIANO: Mira... Alina. Sé lo que digo, y tú hablas torpemente. Hay razones que no tengo para qué exponerte y... además, el primer deber de una mujer es obedecer sin replicar lo que le imponga su marido.

ALINA: (*Comprendiendo y con disimulada ironía*) ¡Ay!... No es eso lo que sostienes en uno de los últimos números de *La Revista Independiente*, al tratar de “Los derechos de la esposa”.

LUCIANO: ¿También has leído?...

ALINA: Sí, y creo que he cumplido con una obligación. ¿No es obra tuya? ¿No proclamas allí los vínculos que a juicio tuyo deben constituir el verdadero matrimonio? ¿En dónde buscar mejores máximas para mi comportamiento en el hogar que en tus propios escritos? Pues bien, en ese artículo te sublevas contra los que franca e hipócritamente creen que, en el hogar el hombre, es un amo y la mujer una esclava que “debe obedecer sin replicar”.

LUCIANO: (*Iracundo*) ¡Cállate y no me contradigas!... ¡Ya hasta quieres quitarme el derecho de escribir para el público! ¡Aquí no hay más señor que yo! ¡Una cosa soy de la puerta de la calle para fuera y otra en mi casa!... ¡Ah, no es posible vivir de esta manera!... (*Entra con ímpetu en su cuarto y cierra, con violencia, la puerta. Alina inmóvil. Silencio*).

ALINA: ¡Luciano!... ¡Luciano!... (*Llamando con voz suplicante*). ¡Dios mío, Dios mío, y yo que no sabía que eso era malo! (*Se echa a llorar sobre el sofá cubriéndose la cara con los brazos*).

## Viejas epístolas

### Luis Heredia a Ernesto Gómez

PARÍS, MARZO DE 1898

Sólo en la intimidad de una carta podría confiarte mi verdadera impresión de París; en un artículo escrito para el público falsearía esa impresión a fin de no aparecer como persona vulgar, desprovista de gusto y de sensibilidad artística. Pero ya que hemos convenido en hablarnos con la relativa franqueza que es posible entre los hombres, te diré muy paso lo que he sentido y pensado a mi llegada a esta ciudad, confiado en que esto no traspasará los límites del secreto.

París, mi querido Ernesto, el París que he podido ver hasta ahora, es muy inferior al París que yo tenía en la imaginación, al París que había entrevisto al través de los libros franceses y de las descripciones siempre exageradas de los viajeros. En esto, como en todo, lo real ha sido la sombra empuqueñecida de lo ideal, aunque haya quien afirme lo contrario. Desgraciada condición la del hombre: ¡poder realizar muchas de sus ilusiones!

Soñaba yo con una ciudad más hermosa, más enorme, más delicada, envuelta en una diáfana luz, poblada por una muchedumbre elegante, ávida de arte y de sensaciones exquisitas; y me encuentro

en un laberinto de calles con caserones de puertas y persianas cerradas, con sórdidas cocheras y almacenes por donde trajinan, en un aire opaco, burgueses de corvas narices y abultados vientres. Las mismas parisienses, tan ponderadas en nuestros diálogos de la plaza Bolívar, se me antojan sin gracia y en general feas, aunque por la manera de recogerse el traje y de peinarse la cabellera sobre la nuca en pesados toisones de oro, verdaderas obras de orfebre, permanecen tan tentadoras como siempre.

Lo peor es que este París “de carne y hueso” desvanece día por día mi otra ciudad interior, fantástica y divina, que me empeño en evocar y que miro ya hundirse en el horizonte del recuerdo. Pronto la noche del olvido caerá sobre la imaginaria ciudad de mi adolescencia, adonde no podré ir en romántico peregrinaje. Para consolarme, ¡extraño consuelo! Me he puesto a leer el cuento de Julián del Casal *La última ilusión*. El pobre poeta muerto, nos revela allí cómo conservaba piadosamente su última ilusión, y cómo no había querido venir a París para no perderla. Él, como tú, y como yo antes de mi voluntario destierro, se había creado un París casi bizantino, raro, sutil, místico y perverso, que daba bailes rosados al espíritu de María Stuardo y fiestas galantes en Versalles, y hasta había llegado a suponer que el alma de Luis de Baviera se había reencarnado en el conde Montesquie de Fesenzac, quien según me informan es un *snoob* y un director de cotillones. ¡Incauto y gran poeta de La Habana! Y a propósito, dime qué sabes de la guerra de Cuba.

Benvenuto, el paradójico y voluptuoso Diógenes Benvenuto, ha regresado de su excursión a Constantinopla; de paso estuvo en Italia y en España. Viene echando chispas contra los autores, que lo incitaron a estos largos y costosos paseos. Las culpas se las echa, yo no sé por qué, a Pierre Loti y a Díaz Rodríguez que le dieron la “lata”; de Sevilla se trajo esta palabra y unas castañetas. En su exaltación desencantada no piensa Benvenuto que los artistas son los seres embusteros por excelencia, y que sus deliciosas mentiras sirven para embellecer la vida; lo que sí sostiene con gran aparato de gestos es que los viajes se han hecho sólo para los imbéciles y para los hombres sin imaginación. De acuerdo con sus nuevas teorías bastan cuatro paredes, un sofá de damasco, cigarrillos, licor (en pequeña cantidad) y soltarle las riendas a la fantasía, para ir de un extremo

a otro del mundo sin darse molestias ni procurarse decepciones. El sistema es cuando menos económico. Sin embargo, nuestro amigo se ha marchado hoy a Londres, pero me explica la contradicción, diciéndome que quiere poner el Canal de la Mancha entre él y una linda limeña que encontró en el baile de la Legación Argentina. Benvenuto es un enemigo de las mujeres, que como todos los de su especie, tiene siempre el corazón colgado de una falda.

Antes de anoche fui a oír a *Lohengrin*, en el Teatro de la Ópera. No te elogiaré la música wagneriana, pues bien sé que eres de los que lloran copiosamente con la locura de *Lucía*; pero sí te diré algo, aunque muy a la ligera, sobre Cléo de Mérode, la que, como no ignorarás, es una bailarina que goza de una fama universal por su belleza. Mi vecino de la butaca del lado, un francés, me la hizo ver, con patriótico orgullo, entre las damas de honor de Elsa de Brabante, en la escena del matrimonio. ¿Me creerás si te digo que la mimada señorita de Mérode no me hizo vibrar, o en otros términos, no me gustó? Ya veo venir tu sátira de que no soy admirador del eterno femenino sino cubierto de abundantes carnes. Es lo cierto que salí del teatro muy mortificado conmigo mismo al reconocer mi falta de sentido estético, y sin explicarme cómo una ciudad tan sensual como París, había hecho su ídolo aquel esqueleto de porcelana con bandas de negro pelo sobre las orejas.

Afortunadamente, en el Café de la Paz me encontré con Benvenuto a quien confíe mi perplejidad y quien mientras paladeaba su aromosa taza de chocolate, me explicó el “fenómeno psicológico”. Según me puso en claro con argumentos irrefutables, como he tenido ocasión de comprobar después, para apreciar la belleza de Cléo se necesita “beber en fuentes clásicas” (cito textualmente), meditar a Anacreonte, a Meleagro, a Luciano de Samosaota y las antologías áticas; el óvalo de su rostro está copiado de bajos relieves antiguos, su cuerpo es de Tanagra. Nuestro amigo estaba en verdad elocuente esa noche y me disuadió de mi error. Ahora tengo junto a la mesa donde trazo estas líneas, una fotografía de Cléo de Mérode (2 francos), de Cléo, el *bibelot* de la decadencia latina, vestida, o desvestida, de sacerdotisa de Afrodita, los cabellos ceñidos con una corona de rosas, tañendo una flauta o instrumento arcaico cuyo nombre no sé.

Escribo de frac y aprisa porque tengo una cita con unos compañeros de la colonia. Te adivino sonriendo porque sospechas que no debe faltar allí el indispensable *odor di femmina*.

## Ernesto Gómez a Luis Heredia

CARACAS, ABRIL

¡Egoísta, egoísta! Exclamé la terminar de leer tu carta. Artimañas de abogado pones en juego para hacerme creer en tu desengaño y contagiármelo; como un avaro oculta su tesoro, así ocultas tu felicidad para mejor gozar de ella. No puedes negar que has pasado por la universidad y que en los comentarios del Código aprendiste a alambicar tu pensamiento y a presentarlo según convenga, pero de algo me sirven mis veintitrés años de experiencia y nuestros cinco de amistad, ¡oh afortunado Luis, que te empeñas en convencerme de que debo vegetar en esta ciudad en medio del mayor aburrimiento!

De la guerra de Cuba sé tanto como tú; las noticias contradictorias publicadas por los periódicos y las opiniones que cada uno se cree en el deber de emitir con motivo de ese penoso asunto, acaban de confundirme. Estos señores que están al dedillo de la política exterior han embrollado mi criterio; un momento estoy con los americanos, cinco minutos después me voy del lado de los españoles; por supuesto que esta vacilación es de puertas adentro, y que para los demás sigo aparentando mi fe en la Doctrina de Monroe.

La famosa cuestión de la raza latina es el tema del día. Personas hay que por las apariencias nunca hubieran supuesto que pertenecían a la llamada raza latina y que son las más afanadas en sostener su abolengo. De la llamada raza latina repito, porque vamos a ver qué entendemos por esa frase hecha. Los franceses del norte tienen una décima parte de sangre latina, y los normandos aún menos; aunque separados por el idioma los franceses del norte son tan celto-germanos como los habitantes del suroeste de Alemania; los españoles tienen una séptima u octava parte de sangre latina disuelta en la de otra multitud de razas, entre otras la de los ligurios, cántabros, iberos, celtas, lusitanos, godos, vándalos, árabes; sólo en Roma y en la campiña romana, en Nápoles y sus alrededores y alguna que otra pequeña región italiana, encontramos el tipo latino más o

menos puro; pero los orígenes de este tipo se pierden “en la noche de los tiempos” y nadie conoce sus elementos primitivos. Lo que nombramos raza es un pueblo que se ha establecido en una región, y sufre la influencia de ésta; el suelo crea las razas vegetales, animales y humanas. El tipo europeo transplantado a América tiende constantemente a aproximarse al tipo criollo, y eso sin necesidad de cruzamiento, porque el suelo se lo impone. Los nombres que convienen a los pueblos son los nombres geográficos, el nombre de la tierra de donde toman su sangre, su aspecto exterior y la forma de su inteligencia.

Cúmpleme advertirte que estas ideas, expresadas casi con las mismas palabras, las encontré en una revista extranjera, pero que están tan de acuerdo con las mías, que las he tomado para mi uso particular; son mi recurso de erudición en todas las discusiones de sobremesa, recurso fértil que a menudo reduce al silencio a mis locuaces contenedores.

De nuestra guerra interna no te digo jota, no sea que esta carta pueda ser inspeccionada, por motivos de orden público que no escaparán a tu penetración; cosa que me perjudicaría en extremo, pues estoy en busca de un consulado o de una subvención para profundizar la arquitectura en París.

Acaso te abrace pronto tu amigo que se hastía.

A la falda de un monte que engalana  
feraz verdura en perpetuo abril.

## **Luis Heredia a Ernesto Gómez**

PARÍS, MAYO

El primer párrafo de tu amable carta me pareció un poco duro, tal vez porque has puesto el dedo en la llaga. De súbito me has hecho palpar lo que puede haber de egoísmo bajo una capa de sinceridad. Somos hipócritas, pero a fuerza de serlo, nos olvidamos que lo somos.

Hay, sí, mucho de egoísmo y de ligereza en mis apreciaciones de París. Las tardes en esta ciudad son admirables, (las mañanas no las conozco, porque duermo hasta la hora del almuerzo), y los Campos

Elíseos son indudablemente uno de los más adorables jardines del mundo. “Flaneando” por la Avenida, y perdona el galicismo muy natural en quien tiene dos meses en París, me he sentido ligero de cascos y de cerebro; el suelo bajo mis pies era elástico y el aire me traía mil femeninos efluvios; a todo el mundo suponía poeta, hasta a un agente de policía a quien sorprendí en la extática contemplación de las volutas de agua de una fuente pública; las ruedas de los coches levantaban un abejeo de polvo dorado. Aquí comprendo la paradoja de Benvenuto, de que el crepúsculo despierta en los hombres el deseo de coleccionar aventuras amorosas.

Ojalá consigas lo que solicitas; pero dicho sea entre nos, nunca había conocido tu afición por la arquitectura. Mas si este es el modo de que nos veamos pronto, y de que charlemos a lo largo de los boulevares ¡alabada sea la arquitectura!

Ahora, sin referirme a ti y hablando en general, no sé si por una forma el egoísmo o por un principio de nostalgia, esa comezón de abandonar el terruño nativo es en mi opinión un mal síntoma. Los empleos en los consulados y en las legaciones, tan solicitados por nosotros los jóvenes, son una disimulada manera de emigrar de la patria, la cual necesita precisamente de los talentos lozanos y de las energías juveniles. Por fortuna, muchos de los que desempeñan empleos en los consulados y en las legaciones no sirven para otra cosa sino para firmar facturas y sonreír diplomáticamente.

El maligno de Benvenuto dice que entre nosotros lo indispensable para ser diplomático es “tener buena presencia” y que lo demás es secundario y aun innecesario. Benvenuto es un deslenguado; pero tratando con seriedad el punto: ¿por qué no (te vas a reír de mi proposición) por qué no enviar las inteligencias nuevas que se han formado en las universidades o por sí solas, al interior de la República como jefes civiles o en otros cargos por el estilo? Ya que el funcionarismo y la concepción del gobierno paternal es enfermedad endémica.

Sé de muchos para los que esto sería una excelente higiene moral y un empleo de las fuerzas ociosas que se tornan en pesimismo, como, por ejemplo, para aquel perspicaz compañero nuestro que en las visitas contaba sus desesperaciones y en los bailes sus tristezas, y a quien tuve la maldad de bautizar “Schopenhauer a domicilio”.

Además de que una temporada entre los labriegos, sería fecunda en buenos resultados para la cultura popular de nuestro país.

Si hay en esto algo de optimismo, culpa es de la primavera y del olor a rosas frescas que sube hasta mi ventana.

Pasé uno de los puentes sobre el Sena para ir a ver a algunos compatriotas que viven “del otro lado del agua”. El río corría color de ajeno bajo las arcadas. Al pisar el boulevard Saint-Michel, comencé a encontrar parejas de amantes, ellos melencólicos, ellas desmelencólicas; todos cumpliendo con la obligación de estar alegres, porque no se comprende ser estudiante sin bailar cancan y vocear canciones. En el Café Vachette tuve la dicha de abrazar a viejos amigos que todavía no han cumplido los veinticinco años. Un poco encogido estuve entre ellos; la vida del barrio les ha dado mucho *sprit* y palabras que no comprendo: Me hice explicar algunas para emplearlas si hay necesidad: *beguin*, verbi gracia, quiere decir capricho sentimental y desinteresado; *lapin* cita burlada y pillería de buen tono. Excelente rato y excelente cerveza en el Café Vachette.

Cierro esta ya larga carta. Se me olvidaba decirte que atrapé un constipado en el Luxemburgo, escribiendo un canto al trópico, al pie del busto de Murger.

## Ernesto Gómez a Luis Heredia

CARACAS, JUNIO

Tú embarcas a los demás y te quedas en tierra, o mejor dicho, tú te embarcas y dejas a los otros en tierra. Véngase mi señor don Luis a ejercer de jefe civil y luego se verá si nos resolvemos a seguirlo en su propaganda ruralista. De mí sé decirte que el campo me aburre y que no comprendo qué gusto pueden encontrar Urbaneja Achelpohl y Romero García en andar describiéndonos las costumbres de los labriegos y las puestas de sol en nuestras cercanías y valles.

A propósito, tengo que comunicarte que “Schopenhauer a domicilio” se ha afiliado al “criollismo” y que está escribiendo una novela. No se trata de vacas, ni de acequias, ni de maizales, sino de una novela caraqueña. “Schopenhauer” me ha leído algunos capítulos. Se propone probar que Caracas es una ciudad sumamente pintoresca, y que cada barrio de la ciudad tiene su fisonomía especial: La Merced con sus frailes, sus tapias musgosas, sus casas de

claustros sonoros en donde se oye la gota del tinajero, sus ventanas perpetuamente cerradas, en un barrio castellano, que conserva el carácter austero y la tradición del “mantuanismo”; La Candelaria con sus novios acodados en las romanillas, sus pianos destemplados y bulliciosos, es el romanticismo de la adolescencia; Santa Teresa con sus calles recatadas y sombreadas de árboles, es la paz de los matrimonios y el retiro de los capitalistas; San Juan con sus fritangas, rancherías, guitarras y cajas de música es el interior de la República que avanza hacia el Capitolio (por allí saldrán tus apostólicos jefes civiles). El héroe de la novela es un “inconforme”. Pero “Schopenhauer” ha tenido la idea original de presentarnos un “inconforme” de especie menos observada: no el “inconforme” que se *conforma* con vestirse a la moda de París, sino el “inconforme” del alma, el que vistiéndose como un resignado caraqueño, tiene el alma inconforme y extranjera. Yo creo que “Schopenhauer” ha querido vengarse de ti, copiándote en ese tipo.

El capítulo que gustará más es en el que describe lo siguiente: el General Martínez es un viejo veterano de la Federación, que pertenece al Centro Católico y a otras sociedades religiosas; el cuadro es en la penumbra olorosa a incienso y a lirios de la Santa Capilla; el General está de rodillas en un místico recogimiento; la luz policroma de las vidrieras borda un precioso tapiz de colores sobre su calva venerable; de repente un toque de corneta del próximo cuartel, penetra, como un grito humano, hasta el santo lugar y turba la piedad del General; los recuerdos de las batallas y de las cargas a la bayoneta detienen la oración en sus labios; la imaginación lo transporta a los episodios sangrientos del pasado y aguijonea sus ímpetus de antiguo militar.

Que tú no hayas conocido mi afición por la arquitectura, no es una razón para que yo no la haya tenido siempre.

Mis ilusiones están en camino de realizarse. ¡Egoísta, egoísta!

## Luis Heredia a Ernesto Gómez

PARÍS, JULIO

Cada réplica tuya es un golpe de buen floretista; me tocas pero no llegas a herirme porque tus agudas frases vienen cubiertas con un botón.

Benovento me ha escrito de Londres. Su carta es una serie de impresiones que no hacen honor al equilibrio mental de nuestro amigo; la literatura y la manía de ser original le han creado una segunda naturaleza. Dice que Londres es el país del *flirt* y que es increíble el número de muchachas que ha besado de noche, en los parques adrede oscuros, lo que le parece la más sabia disposición de la ley inglesa. Me habla de un club de cerebrales, especie de convento laico que se llama el Hamlet Club (para mí este club no ha existido sino en su imaginación). La regla del Club, según escribe, es que sus miembros tienen que confesarse mutuamente y aplicarse recíprocas autopsias morales; hay celdas para la meditación y los exámenes de conciencia, y un bar muy bien servido por bellezas vestidas de Ofe-lias; en el jardín del convento, un enorme jardín, hay capillas y templos de todas las religiones, en donde los miembros pueden entrar, según su capricho; los ejercicios gimnásticos consisten en luchar contra las aspas de un molino de viento, como don Quijote.

Mucho me temo que Benovenito pase un mal rato en Londres, pues le ha dado por rondar por los peligrosos arrabales de la ciudad, por donde anduvo el misterioso y siniestro Jack el Destripador. Está encantado con los payasos de los *music-halls*, que le representan el triunfo de lo excéntrico, de lo irracional, de la mueca y del humorismo desenfrenado. Al final de la carta me encarga “averiguar con disimulo” si Lolita Salazar, la limeña, se acuerda de él y si hay alguno haciéndole la corte. Los comentarios huelgan.

He vuelto varias veces al Café Vachette. Es digno de notarse cómo la distancia desarrolla en nosotros las facultades administrativas. Tanto los amigos compatriotas como yo, formamos planes y proyectos descomunales; se diría que prescindimos de todos los obstáculos y que nos bastaría extender la mano para enderezar todos nuestros entuertos nacionales; cada uno de nosotros es un político y un financista y un sociólogo; la utopía crece libremente en nuestros cerebros con la lejanía de la patria. Sin embargo, cuán preferible es esto al escepticismo que huela la esperanza y “al dejar rodar la bola” de nuestros grandes hombres “prácticos”.

Las floristas en medio de las rosas y las lilas, la nota carmín de los carritos de fresas y cerezas, y los corpiños de muselinas, son un espectáculo delicioso.

¡Oh primavera juventud del año!  
 ¡Oh juventud primavera de la vida!

Te remito la “novela vivida” que acaba de publicar la célebre cortesana parisiense Liana de Pougy, y que, ¡quién lo creyera! es uno como tratado del perfecto quietismo escrito por Nuestra Señora de la Champaña. Sin complacernos en los detalles, la autobiografía de esta cortesana, puede conducirnos al mismo apartado lugar a que nos invita el asceta. El placer es una sombra y anhelar alcanzarlo una locura. Leamos, pues, junto a nuestra lámpara familiar, y meditemos el antiguo consejo de nacer, vivir y morir en una misma casa.

## **Ernesto Gómez a Luis Heredia**

CARACAS, AGOSTO 1898

¡Conseguida la subvención! Apenas me queda tiempo para hacer mis últimas visitas de despedida.

Espérame en la estación, si es posible con dos floristas. A bordo leeré los consejos de Liana de Pougy y la moral de esta bella persona inmoral.

## Opoponax

*Así entra el placer carnal blandamente,  
mas al cabo muerde y mata.*

LA IMITACIÓN

Andrés se sentó al borde de la cama maciza y severa cual un catafalco; una cama de caoba con incrustaciones de marfil, donde habían muerto sus abuelos. La luz de la vela, fija en la penumbra, daba a los objetos una expresión triste, casi humana; la ropa pendiente de la percha, la flotante cortina del lecho, el espejo de luna profunda.

Después de cinco años en el extranjero, creía despertar de un sueño en Caracas, en su antigua estancia de soltero. Andrés volvió los ojos a su alrededor reconociendo los muros que habían presenciado su adolescencia inquieta y romántica; allí el miedo le hizo ver el espectro de su padre con el arma suicida en la mano, la madrugada en que aún vagaba por los anchos corredores de la casa paterna, el olor a ácido fénico y a violetas; allí había soñado con los besos devoradores de Linda de Florencia, la divina Helena de *Mefistófèles*, y con Carmen la Sevillana, la bailarina sonora y ancha de caderas

como una guitarra andaluza; allí forjó planes de poemas y de líricas aventuras que se desvanecían con el primer clarear de la aurora; sobre aquella almohada olorosa a incienso y alhucema, había sonreído a él las quimeras y vertido lágrimas sin causa.

Cinco años en París, y ahora se veía en el mismo sitio, como si sus ojos se abrieran después de un sopor producido por el opio. Experimentaba la impresión de que todo estuvo inerte y paralizado en el transcurso de su ausencia, y que al regresar, seres y cosas se habían puesto a vivir de nuevo, semejante a esos grandes relojes de antaño, largos como urnas y cuyo péndulo callado durante mucho tiempo, comienza a contar los minutos cuando una mano impele el empolvado disco de bronce.

¿Era posible? Sí; allí estaban para convencerlo la maleta de cuero amarillo y el ventrudo baúl de viaje, sobre los cuales se veía la marca tricolor de los vapores trasatlánticos. A su memoria principiaron a acudir los recuerdos: la barba roja del piloto, el delantal de la camarera, la frase que había oído a un pasajero: “A bordo el mareo es una distracción”; después en una bruma dorada, la estación de Saint-Lazare, llena de globos eléctricos, de mujeres, de kioscos de periódicos; con claridad recordaba la cara de un agente de policía y la de un mozo que traía apresuradamente una copa de ajenjo; luego el tren en marcha, una pared, un seto que pasa, un cordón de brasas encendidas, que la máquina deja atrás en su vértigo y que se apaga en el silencio. Con el mentón apoyado en las manos, y los codos sobre las rodillas, Andrés comenzó a recordar los días de su vida pasada. Al través de la almilla se dibujaban las finas y nerviosas líneas de su cuerpo. Un suspiro se oyó en la estancia.

Fue en París, una noche ya a fines del invierno, cuando conoció a Marión. Atraído por los violines de una orquesta de zingaros, entró en una taberna de Montmartre, donde Jehan Rictus acababa de terminar uno de sus soliloquios; el poeta de los pobres, con un codo apoyado en la tapa del piano, era una extraña figura angulosa, un Cristo de larga levita, cuyos labios enunciaban los dolores y rebeldías de la plebe. El humo de las pipas envolvía las figuras en una penumbra azulosa. Andrés se sentó junto a una mesa de mármol, y mientras bebía su vaso de cerveza, un perfume intenso se extendió de pronto cerca de él, como si un frasco de opoponax se hubiese derramado sobre sus labios; aspirando aquel aroma carnal, Andrés vio

a su lado una mujer alta y ondulante, la boca pulposa, cárdenas las ojeras, los pechos arrogantes levantaban el abrigo de pieles siberinas, de donde emergía una cabeza de ángel boticellesco que la orgía hubiese desgredado; al agitar el traje esparcía en la atmósfera cálida del café un ambiente de alcoba, poblado con infinitas corrupciones. En las tabernas conocíasela con el nombre de “Mademoiselle Opoponax”, por ser éste su perfume predilecto, el señuelo invisible de que se valía para atraer a los hombres...

Detrás de la iglesia de San Severino, que alzaba su masa gótica en la noche de color de perla enferma, caminaba Andrés oprimiendo contra su brazo el cuerpo enervante de Marión, la mano febril y pálida entre el abrigo de pieles siberinas. El aire pasaba helado por sus mejillas ardorosas, y a lo lejos se oía la canción obscena de un estudiante.

Después de la eterna historia de la Safo parisiense: el amancebamiento, los besos, los golpes, la reconciliación mentirosa, la carne triunfante y la carne triste, el crapuloso hermano de Marión que se pone las corbatas y viste con la ropa de Andrés, la disolución lenta de la voluntad, Marión que se burla, Marión que le da de comer cuando no recibe la pensión que desde su casa le envían, Marión que lo engaña y huye al fin con un obrero de Montrouge...

Sentado al borde de la cama maciza y severa de sus abuelos, Andrés suspiraba. De repente, poniéndose de pie, abrió de par en par la ventana para respirar la brisa nocturna, y le pareció que el paisaje se precipitaba hacia él para abrazarlo; el Ávila azul bajo el plenilunio de estío; en los tejados los gatos maullaban, y sus pupilas semejaban turquesas, rubíes y topacios, iluminados por una satánica chispa interior. La ciudad dormía entre su anfiteatro de montañas; entre su inmensa sortija de rocas, cerrada, como a un anillo episcopal, por la pura esmeralda del abra.

\* \* \*

En el restaurant celebrábase el regreso de Andrés con una comida. Los rábanos, las hojas de lechuga, el tono gualda de la mantequilla, la púrpura del vino, destacándose en el mantel, alegraban con vivos colores la mesa, según observó uno de los comensales, y la conversación giró al tema de la pintura.

—Cristóbal Rojas —dijo Marcelo Cazal— es nuestro gran pintor; su *Purgatorio* es una visión del Dante Alighieri, y su *Paraíso* un ensueño de Dante Rossetti; nuestro público prefiere a Michelena, porque es realista.

—Todos los pueblos nuevos son realistas; el idealismo no es comprendido sino en las razas que han recibido una larga cultura estética —asentó Ramiro Arcil, el bizarro autor de *Cuentos de opio*, de los cuales dijo grotescamente una periodista que hacían dormir.

—Señores: Michelena y Rojas perdieron su castiza originalidad en los talleres de París; son espíritus franceses; el verdadero pintor venezolano no ha aparecido aún, no hay síntomas de que aparezca por ahora —agregó Kraun, quien con un nombre alemán, tenía un alma intransigentemente criolla y autónoma.

—Se prohíbe hablar de moral —interrumpió Marcelo—. ¿Han observado ustedes —siguió diciendo—, cómo el vino se hace más suave y delicioso a medida que la copa que lo contiene es más delicada y frágil? En esta, tersa como una epidermis femenina y sutil como un encaje, el vino es una melodía de Chopin... ¡Señores: brindo por el feliz regreso de nuestro querido compañero, quien pronto nos sorprenderá con su traducción de los *Pequeños poemas en prosa*!

—Mi traducción de Baudelaire no está aún terminada —dijo con cierta turbación Andrés.

La verdad era que nada había hecho durante su permanencia en París. La melancolía formada de fuerzas juveniles y energías sin empleo, que en la adolescencia pareció revelar en Andrés un temperamento de artista, se convirtió en una dicha animal entre los brazos de Marión; una especie de inconsciencia había remplazado el exquisito malestar viril de sus dieciocho años.

A un lado de Andrés estaba Sebastián Ferreiro con su enjuta cara de asceta y de bobalicón, y del otro Chucho Díaz, de labios húmedos y ojos saltones e inyectados. Chucho había ido también a París a estudiar escultura, pero de allá volvió convertido en mediocre fotógrafo, y sin embargo, con cien proyectos de grupos colosales, que debían adornar, según él, parques y edificios; llevaba siempre en el bolsillo paletas para trabajar el barro, y llegaba tarde y jadeante a las citas, disculpándose con que venía de concluir en el taller una de sus obras.

Ferreiro aprobaba todas las opiniones con la cabeza, por contradictorias que fuesen, pues aspiraba a saberlo y comprenderlo todo, a ser un Leonardo de Vinci, mientras penosamente terminaba su tercer año de Medicina en la universidad. Frente a Andrés, Pepe Valenzuela lo acariciaba amistosamente con la mirada; el pobre no había podido realizar su ilusión de vivir en el Barrio Latino, pero quería con una sinceridad rayana en sacrificio, al último recién venido de París; consolábase con la amistad de los que, más afortunados que él, habían tomado el ajenjo con Gómez Carrillo y otros escritores americanos que viven en la gran ciudad. El simple anuncio de un hotel extranjero, lo llenaba de ternura y ansias de viajar, y en su vaga nostalgia, con sólo contemplar un sombrero de casa de Delion, imaginábase el bulevar tumultuoso y pimpante, según se lo habían descrito, y en el bulevar, entre la multitud, veía siempre las caras de los literatos y de las actrices célebres cuyos retratos conocía.

Pocas veces se había reunido tan selecto grupo de jóvenes “intelectuales”, como en aquella comida con que se obsequiaba a Andrés. Días antes, separados por vanas rencillas, se despedazaban mutuamente; pero sin saber por qué, con el regreso de Andrés sentíanse unidos por un lazo fraternal; simpatizaban en una ideal común de revolución artística; sí, era llegado el momento de trabajar en obras de mayor aliento; bastaba ya de croquis, acuarelas y apuntaciones críticas.

—Sergio sólo falta aquí —exclamó alguien.

—Ayer recibí una carta de él —dijo Kraun— que tiene de filípica y de égloga tropical; algunos párrafos no están del todo mal para ser leídos de sobremesa; ellos nos ayudarían a hacer la digestión de estos platos malsanos y afrancesados.

—¿La tienes ahí? —preguntó Andrés—. Léela.

Todos guardaron silencio. Kraun leyó:

Quisiera hablarte con entera sencillez, pero aún no me he libertado de la atroz manía de hacer frases. Desde que se ha puesto en moda la publicación póstuma de las cartas íntimas, ha decaído la ingenuidad epistolar, pues allá en el fondo todos escribimos como si un día nuestras cartas debieran ser conocidas por el público.

Hasta en la lista del lavado somos artificiales.

Junto con el aire de las montañas, creo respirar y recuperar un alma joven y nueva, el alma de esta raza de campesinos, de los cuales desciendo. Ahora que sacudo el polvo de los libros, mis ojos ven por vez primera el espectáculo que me rodea; ya no es para mí la Naturaleza la materia prima de un artículo literario; si hay un arte noble está en la contemplación sin objeto del mundo; los árboles, las nubes, la luna, el rocío, no son ya un pretexto para unos cuantos párrafos triviales. Al fin vivo hundido hasta las entrañas en el amplio universo.

El río es claro y fresco con un fondo de áureas arenillas. He presenciado en la pequeña ermita del lugar una primera comunión y el bautizo de una campana; imagínate que visten la campana con velo y azahares como una novia, y en medio de un coro de niñas la embalsaman con incienso y pesjua y le arrojan flores. El toque de Angelus, en el divino crepúsculo de los campos, me está haciendo cristiano, y como no hay por lo regular amigo que me vea y zahiera, me descubro a esa hora con la fe del carbonero.

No me fastidio, no. Aquí está de temporada María Luisa, la amiga de tu prima Isabel. Traidoramente he sorprendido tras los cañaverales del río, su interminable cabellera suelta, el tesoro de gracias de su cuerpo virginal. No ha dejado de contrariarme la noticia de que María Luisa se va pronto para allá en compañía de la hermanita y de su tía gruñona y bigotuda.

Vete a pasar unas semanas conmigo; te enseñaré a cuidar las vacas y a pastorear los becerros. Mi rancho tiene dos adorables cuartos de bahareque, y no faltan hamacas y guitarras...

—Sergio está chiflado —exclamó Casal cuando Kraun terminó de leer la carta.

Durante la lectura Andrés permaneció taciturno. Aquel pueblo montaños, apenas esbozado por Sergio, tomaba románticas proporciones en su mente; era como si una brisa rústica hubiese pasado por su árido espíritu; su fantasía divisaba un rincón de verdura, que lo llamaba como un regazo para su corazón enfermo. La capital era una ridícula copia europea, la montaña algo grande y verdadero, obra de los cataclismos de la tierra en el transcurso de los siglos. El nombre de María Luisa pronunciado en medio de la cena, entre los dicharachos, carcajadas y las emanaciones casi nauseabundas de la

comida, habían despertado en él un repentino disgusto por cuanto lo rodeaba.

Encendidos los tabacos y aturridos por los licores, bajaron en tumulto la escalera del restaurante y se dispersaron en grupos. Andrés rehusó acompañar a Marcelo Cazal a un baile en los barrios bajos, adonde dizque iba a tomar notas para su libro sobre la vida licenciosa en Caracas. A lo lejos se perdieron los pasos de Cazal, quien al caminar balanceaba la brasa de su tabaco. Oíase el golpe seco de las mariposas nocturnas contra un foco eléctrico. Un cochero se dormía en su asiento con las riendas caídas sobre el lomo escuálido de los caballos, y el reloj de la Catedral dio las doce en el silencio profundo de la noche.

Bajo la maravillosa claridad de la luna, la ciudad se embellecía. Las calles desiertas eran como ríos de un agua luminosa; en la plazuela de la universidad las magnolias deslumbraban y las rosas empalidecían; las hojas de la ceiba gigantesca, fingían innumerables pupilas verdes y plateadas. Solo, en medio del arroyo, Andrés se sentía invadido por la inefable poesía de la hora; amaba así a su vieja ciudad sin ruidos, sin parodia de civilización, sin gentes que la afearan. Por un minuto creyose el único sobreviviente de un pueblo desaparecido.

Sentose en un escaño del Capitolio, y la imagen de María Luisa, tal como la recordaba antes de su partida, apareció con una blancura de lirio en el horizonte de su alma. ¡La interminable cabellera de María Luisa! Sí; la recordaba con la castaña trenza sobre la espalda, a la salida del colegio. Sus compañeros gustaban peinarla por hundir los dedos en aquella profunda fuente de seda. Andrés desde lejos la seguía, tímido, avergonzado, sin atreverse ni siquiera a mirarla de frente; fue su primer amor de niño, un amor casto, inmaterial, incógnito, hecho con la más pura esencia, con la mayor blancura de su espíritu.

Con los párpados cerrados se representó Andrés a Sergio, espiando sigilosamente a María Luisa entre los cañaverales del río; y un impetuoso acceso de rabia lo hizo poner de pies. Dolíanle las sienas, y echó a caminar a la loca, hasta encontrarse en el sitio donde en su niñez esperaba a la colegiala linda y ágil, de la larga trenza sobre la espalda. La antigua casa del colegio había sido derribada, y ahora

veíanse las fuertes puertas de un almacén, atravesadas con barrotes de hierro. Y Andrés sintió romperse un globo de lágrimas en su corazón seco.

Tres días después, en la sala de la exposición, estaba Andrés al lado de Ernestina, contemplando las soberbias carnes desnudas de las Amazonas del cuadro de Arturo Michelena.

El caso de Ernestina era singular. Casada, muy joven con un médico, comenzó a estudiar el canto; hacendosa como una hormiga, honesta y reposada fue, hasta que comenzó la música a efectuar en ella una transformación. Bella y de altiva apariencia, las más altas notas de su garganta enunciaban el grito delirante de una oculta sensualidad. Cuando cantaba, quería Ernestina experimentar los sentimientos que inspiraron al autor de la obra lírica en el momento de la concepción, y de ese modo, inconscientemente, su propia voz fue penetrando como un mágico filtro en sus nervios, hasta convertirla en una exquisita máquina de perversas y complicadas sensaciones. Semejante a la heroína de *El fuego*, llevaba en el rostro la huella de cien máscaras que habían simulado las pasiones mortales.

La imaginación, aguzada por la música, despertó en ella el gusto por las literaturas de decadencia, el amor secreto por los hombres de alma errante, envenenados por el arte. Amiga de la familia de Andrés, sabía que era de una sensibilidad enfermiza, y hasta sus oídos llegó la historia de los desórdenes de Andrés en París; así a la llegada de éste, buscó la oportunidad de encontrarse con él y ninguna mejor que aquella exposición, donde un ambiente de elegancia y refinamiento favorecía las conversaciones que en otro lugar hubieran pasado por imprudentes.

—¡Qué hermosas carnaciones! ¿No le parece a usted, Andrés?—decíale Ernestina con su voz de contralto—. ¡Oh, yo tendría en mi alcoba esta *Pentesilea*! Ya que nuestro siglo prosaico nos condena a la monotonía, ese fresco admirable sería para mí un baño de juventud. ¡Oh, en un paisaje agreste, ir a horcajadas en un caballo, acariciada por la crin, sentir palpitar sus flancos sudorosos!

Una orgiástica ola de vida pagana hinchaba el pecho y la voz casi andrógina de Ernestina, mientras Andrés pensaba en la inspiración, que cual un soplo de efímera salud, había guiado la triste mano tísica del pintor.

Ernestina guardó silencio, y como Andrés con un suspiro exclamara: “¡Pobre Michelena!” tendió ella desdeñosamente el tibio guante de cabritilla, diciéndole con un mohín en los labios:

—¡Estáis muy filosófico, Andrés!

Y al alejarse nerviosa murmuraba: “Debe ser mentira cuanto de él se cuenta; es un hombre como todos”.

El recuerdo de María Luisa, creciendo en el alma de Andrés, había derramado una amable paz en sus sentidos. París se esfumaba en su memoria; la abominable Marión, al fin había desaparecido para él, y, como si hubiera vuelto a nacer, sentía revivir el antiguo candor de la niñez.

\* \* \*

Nunca como aquella noche experimentaba Andrés mayor bienestar al hundir el rostro en el agua de la jofaina. La fresca batista de la camisa lo acariciaba dulcemente; un ligero escalofrío recorría su cuerpo. De frac ante el espejo, colocaba en el ojal un botón de rosa.

Después de interminables días iba a ver a María Luisa, en el baile con que el Club obsequiaba a los marinos alemanes.

En la calle los coches resonaban con estrépito, y desde lejos veíanse avanzar los triángulos blancos de las pecheras. Al entrar al salón, Andrés recibió una caliente bocanada de aromas, un effluvio de gasas, de flores, de epidermis. Bajo los árboles lánguidos del patio, quemados por los globos eléctricos, se amontonaban las parejas; de los pechos escotados colgaban en un hilo de seda los diminutos lápices de los programas, que aleteaban como mariposa, en los corpiños. Entre un grupo reconoció Andrés la ancha espalda de Sergio, quien, como atraído por un poder magnético, se volvió rápidamente, y soltando una carcajada, cayó en brazos de Andrés:

—¡Chico!... eres el mismo... ¡Caramba! —exclamaba Sergio en alta voz y atolondradamente— ¡cuánto tiempo sin vernos!... Tenemos que hablar mucho... he venido... ya sabrás por qué...

Un arranque de celos y desconfianza atortojaba a Andrés, hasta el punto de no saber qué contestar a los ruidosos cariños de Sergio.

—María Luisa está aquí y me ha preguntado por ti —continuó Sergio.

¡Cómo! ¿Lo recordaba? ¿Había adivinado la colegiala el amor del joven que la seguía? ¿Había pensado en él? Tales preguntas surgían en tropel en la turbada mente de Andrés.

—Ven —dijo Sergio, y con brazo campechanamente echado sobre el hombro de su amigo, se abrió paso entre la multitud.

En un banco del jardín, cerca de la orquesta, estaba María Luisa junto con Isabel, la prima de Kraun. Vestida de violeta, el traje diseñaba las formas de su busto de magnolia y las líneas firmas y redondas de sus piernas.

Al llegar ante ellas, Andrés se inclinó con cortedad, y en ese instante pensó que había olvidado la corbata, llevándose rápidamente la mano al cuello para asegurarse de que no era así.

—Señorita: mi amigo Andrés —dijo Sergio a María Luisa.

—Ya sabía por los periódicos que había llegado usted —respondió María Luisa, con una franca sonrisa de sus labios en flor.

—Sí, señorita; va para tres semanas que estoy en Caracas.

—Y tendrá usted ganas de regresarse... es tan divertida, según cuentan, la vida de París.

Un letargo se apoderaba de Andrés, un veneno sutil penetraba por sus poros; como Marión, el cuerpo de María Luisa emanaba un perfume de opoponax. ¡Por sus ojos, por su garganta, por su boca asomábase el alma pervertida de Marión!

\* \* \*

Y en la melodía voluptuosa de un vals de Strauss, Andrés giraba vertiginosamente con María Luisa, por cuyas venas parecían correr mil fuentes de opoponax. En una fiesta, moría entre sus brazos la blanca ilusión, el puro ideal, el inefable candor de la niñez; e invisible para todos menos para él, sobre las negras casacas y las espaldas desnudas, surgía triunfante la lúbrica imagen de Marión.

## El diente roto

A los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas, recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada —sin pensar. Así de alborotador y pependiero, tornose en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeúntes víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, su lengua acariciaba el diente roto —sin pensar.

—El niño no está bien, Pablo —decía la madre al marido—; hay que llamar al médico.

Llegó el doctor grave y panzudo y procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

—Señora —terminó por decir el sabio después de un largo examen—, la santidad de mi profesión me impone a declarar a usted...

—¿Qué, señor doctor de mi alma? —interrumpió la angustiada madre.

—Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible —continuó con voz misteriosa—, es que estamos en presencia de un caso fenomenal: su hijo de usted, mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto —sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en el pueblo todo, se citó el caso admirable del “niño prodigio”, y su fama se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más, quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison, etcétera.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído por la tarea de su lengua ocupaba en tocar la pequeña sierra del diente roto —sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y “profundo”, y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan. En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior, entregado a hondas meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto —sin pensar.

Pasaron meses y años, y Juan Peña fue diputado, académico, ministro, y estaba a punto de ser coronado presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas, y fue decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración a nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.

## **La Delpiniada y otros temas (Crónica del ocaso de Guzmán Blanco)**

Como otros de mis proyectos literarios, no he realizado, el de un novelín, mitad histórico, mitad imaginario, que pensé titular *La noche de Santa Florentina*, en la que culminó una de las más extraordinarias ocurrencias caraqueñas a mi entender de singular significación en nuestros anales anecdóticos, y que tal vez parezca inverosímil, no sólo más allá de nuestras fronteras, sino a las nuevas generaciones venezolanas.

En efecto, aquella noche fue coronado en el antiguo Teatro Caracas, recreo predilecto de nuestros abuelos, destruido por un implacable incendio, como vate excelso don Francisco Antonio Delpino y Lamas, a la sazón humilde obrero de una sombrerería, pero cuyos versos, que él llamaba “Metamorfosis”, celebrados por fingidos admiradores, provocaban la hilaridad de la capital, para entonces pueblerina, pero siempre propensa a un desenfadado humorismo y a ingeniosas agudeces. Frívola para los que, ajenos a nuestro medio vernáculo, no suelen comprender sus sonrisas e ironías.

Por lo demás, en el fondo de esa tragi-comedia nacional se iniciaba la reacción contra el largo dominio de Guzmán Blanco, oficialmente el “Ilustre Americano”, a la fecha en París, mientras

Joaquín Crespo ejercía el poder presidencial, en el primer período de su gobierno. Probablemente cuando se estudie con detención esa era, y no es este mi propósito, se interprete el “delpinismo” como un fenómeno colectivo o signo de la debilidad, muy humana, de supponernos diferentes de lo que en realidad somos, cual si con nuestro personal engruimiento, en ocasiones grotesco, nos empeñáramos en evadirnos de complejo de inferioridad que nos dominen en el contorno habitual, y así elevando y amplificando nuestra individualidad aparente, según el “idealismo” de cada uno y el sitio que ocupamos en la sociedad que nos rodea.

Apenas adolescentes para la época de esta gran humorada o mixtificación general, no conozco de ella sino por relatos verbales de algunos de sus contemporáneos, hoy casi todos muertos en una juventud llena de promesas. Es pues, de la memoria de esas referencias más que de apuntes o escritos, y como simple curiosidad de aspectos y sucesos de nuestra pasada vida local, con lo que compongo estos breves esquemas de algunos de los cuadros que mi proyectaba semicrónica o semi-novela había de contener.

### **La conspiración del fauno**

En la verde y triangular plaza de San Juan, de la ciudad de Caracas, una tarde de abril en que el sol tamizaba su ámbar luminoso al través de los copudos árboles, y en la que, en el agua dormida de una fuente pública, se reflejaba una burda figura de piedra, mientras en el otro extremo de la plazuela la estatua de Ezequiel Zamora amenazaba con su espada furiosa a invisibles godos.

Precisamente en aquel dorado crepúsculo, unos tantos vecinos de la popular parroquia, reunidos allí, con quedas pero enardecidas palabras, discutían si la figura ornamental de la pila, erigida por las autoridades guzmancistas, representaba un fauno, sin patas de cabra, pero todos de acuerdo en la inmoralidad o indecencia de su desnudez. Para no verlo ya no se abrían las ventanas de las casas contiguas y, al pasar cerca de él, de tránsito hacia la iglesia parroquial, matronas y doncellas bajaban los ojos para no pecar de incandoras.

En las tertulias familiares hervían las protestas contra el impasible muñeco de bronce, recién inaugurado entre cohetes y piñatas. El ingenuo curita se lamentaba en sus homilias de la decadencia

de las costumbres cristianas y de la invasión del paganismo. En su salita de peluquería, adornada con calendarios y cromos pintorescos y olorosos a agua florida y a baratos polvos de arroz, el barbero, vivaracho, parlanchín y en mangas de camisa, amolando su navaja, proponía una manifestación ante el señor Arzobispo, para que exigiese la demolición del impúdico fauno. Intervino un italiano, zapatero remendón y de opiniones más moderadas, insinuando como transacción del conflicto, que tomaba aspectos de mitin revolucionario, y así fue aceptado por el Jefe Civil, aconsejado por su honesta mujer, que la parte más ostentosa del sexo del fauno se ocultase con una hoja de parra tallada en piedra, y, de ese modo, continúa luengos años, exhibiendo la inocencia de su piernas carnosas y sus hinchados mofletes. Y así, contentas y ya sin peligro para su pudor, volvieron las gentiles muchachas del barrio, vestidas de claras muselinas, a pasear, en las tibias noches de luna, enlazadas por la cintura y seguidas de sus imberbes novios quienes, como personas mayores, fumaban cigarrillos de El Cojo o de Los Gemelos.

En las esquinas, a la luz de los faroles de kerosene, los orgánicos callejeros desgranaban nostálgicas cantinelas napolitanas, polkas, mazurkas y vertiginosos vales. Crugían en el empedrado las carretas cargadas de malajo y hortalizas y resonaban los cascos de los flácidos caballos, bajo el fute y los improperios de los isleños. Mugían las vacas en los establos, y en tanto don Francisco Delpino y Lamas, don Pancho para la vecindad, regresaba a su pobre casuca de El Guarataro, después del rudo trabajo cotidiano, asiendo su bastón de araguaney y acariciando, entre sus bigotes grises, la estrofa enigmática de uno de sus más célebres y ridiculizados poemas:

La paloma cuyo misterio aquí ves,  
es mi alma que no encuentra dicha en la tierra.

### **Parnaso del arrabal**

En su corral, al margen de un barranco, rodeado de cardos que mordían los chivos, don Pancho si como enemigo de Guzmán Blanco y de los liberales amarillos, a quienes atribuían la corrupción de la patria, simpatizaba con los protestantes del fauno, pero en su calidad de poeta, pensaba que debía respetar una figura mitológica, puesto que, de sus escasas lecturas, deducía que sin dejar de ser buen

ciudadano y mejor católico, se podía aludir, según tantos bardos lo hicieran, y sin escrúpulo de conciencia, a sátiros, silfos, hadas y aun a Venus misma, diosa de la belleza.

Era don Pancho fornido y corpulento, de grave y a la vez infantil expresión; de gruesos mostachos con las guías prolongadas en los carrillos, a imitación del bravo Leoncio Quintana, a cuyas órdenes había militado, y con valor, en la guerra federal. La frente espaciosa y arrugada, en la que sus burladores no hallaban el genio lírico de que se suponía animado. Célibe, amaba a una graciosa mulatica de los alrededores, lavandera a quien nombraba la Ninfa Flor, y de quien besaba la ropa limpia que le traía, cálida todavía de su mano y de la plancha. Para ella suspiró:

“Cuando ebrio de amor tus besitos coma...”

A diario daba maíz a las gallinas que picoteaban la tierra seca de su corral. Solía subir al tejado, donde maullaban los gatos hambrientos, y desde allí, colérico, divisar la colosal estatua pedestre y barbuda de Guzmán Blanco, en la cima de la colina de El Calvario.

En el vasto silencio del domingo, interrumpido por el canto de los gallos y las campanas distantes, a la sombra de un raquíto naranjo, invocaba de Dios y la naturaleza, en un vago panteísmo, inspiración para sus versos y sufría que ellos, de absoluta diafanidad para él, resultaran de una oscuridad impenetrable para su vecino y amigo quien, con acento académico, también pulsaba la lira, cuando sus negocios mercantiles se lo permitían.

—¿Cómo es posible —preguntábale impaciente don Pancho—, que no comprendas lo que expreso en este estrambote: “¿No hay sonido sin dolor de otro instrumento?”. ¿Qué es —explicaba—, el sonido musical de un violín sino el eco de dolor del animal sacrificado para hacer las cuerdas del instrumento?...

Y de esta manera buscaba las más extrañas y extravagantes correspondencias y analogías entre seres y objetos sin ninguna relación aparente, asociándolas en imágenes y metáforas que recitaban entre carcajadas, lectores y críticos sardónicos que entonces y después llamaron “delpinianas” las formas literarias que desconciertan la sensibilidad rutinaria y las corrientes visiones del mundo.

Ello es que la fama de don Pancho iba extendiéndose por toda la ciudad, como chiflado liróforo y, entendido es, como caricatura del Ilustre Americano, quien, entre tanto declaraba enfáticamente que “como General en Jefe no tenía rival ni en Europa ni en América y que los Mariscales de Francia no le daban por la rodilla”.

### **La Adoración Perpetua**

En Caracas los más notables adictos al Ilustre se reunían en el cenáculo de una casa particular, que los enemigos de Guzmán nombraban la Adoración Perpetua.

Pendientes estaban siempre del vapor francés con cartas trasatlánticas de su “Jefe, Centro y Director”, que leían con voces altisonantes y guturales, imitadas de la del insigne “Regenerador” ausente, reclinándose en sillones de damasco y contemplándose en los espejos de cuerpo entero. Con veneración comentaban sus recomendaciones de permanecer compactados en torno suyo, bajo la bandera amarilla del partido y a no permitir que los godos impenitentes minaran la obra política de su talento, en mucho superior al de sus coetáneos de la Federación.

Cómo le recordaban cuando, con sombrero de jipijapa, en su amplio coche tirado por yeguas blancas con manchas chocolate, respaldado por sus edecanes de vistosos uniformes y de un abate galo, en medio de la polvareda del camino llegaba al ameno villorrio de Antímano, que la prensa gubernamental comparaba con Versalles. Pero presente de ellos estaba en una gran fotografía, apoyada en un caballete revestido de terciopelo gualda, copia de su retrato pintado por Madrazo. De reluciente calva, con perilla y bigotes a lo Napoleón III, las puras líneas de su perfil revelaban una viril inteligencia acostumbrada al dominio, mientras que con una de sus finas manos jugaba con los lentes, en actitud reposada y familiar, erguido sobre las botas charoladas de su pies casi femeninos y demasiado pequeños para su estatura, su retrato parecía más de un señor de rancia nobleza que el del caudillo popular que afirmaba ser.

Venezolano en su médula y con algunos visos de rastacuero, con nostalgia de su tierra natal, en medio de su fastuosa existencia parisiense, echaba de menos el dulce de guayaba y de lechosa, las cachapas, las hallacas y aquellas deliciosas tortas de las Bejaranos. Humorísticamente decía que era negra su cocinera, y de los Valles

de Aragua, pero que prefería condimentarle guisos traducidos al francés y postres con sabor de París. En sus tertulias vespertinas, con compatriotas boulevarderos, en el Gran Hotel de la Ópera, recordaba su juventud de señorito, sus aventuras con actrices, su borla de abogado, sus diálogos republicanos con Emilio Castelar, sus campañas contra sus adversarios oligarcas, a quienes quiso destruir “hasta como núcleo social”.

Ahora preocupaba a los sagaces próceres de la Adoración Perpetua la agitación delpinista y sobre todo lo que el Ilustre les informaba de su disgusto de que el presidente Crespo hubiera tenido la impertinencia, quizás con punta de astuto llanero, de enviarle, como embajador especial, a un viejo liberal muy cortés y de palabra fácil y erudito, mas que había dado en la manía de imitarlo, como si con cremas, añadía en su epístola, pudiese aclarar el color de su rostro y con afeites tener “mi cabeza mía”. Y fue en un banquete, en su mansión palaciega, cerca del Arco de la Estrella, cuando el duque de Morny, curioso le preguntó quién era aquel extraño, más que moreno, de frac y condecoraciones, y hubo de explicarle, para salir airoso del aprieto en que la ocurrencia crespista le colocaba, que el apuesto caballero visitante a su fiesta, era un poderoso “príncipe indiano”. Y desde ese momento toda la concurrencia elegante y bonapartista se apresuró a estrechar, complacida, la mano del falso magnate oriental. Alfonso Daudet lo dijo: *En France tout le monde est un peu de Tarascon.*

### **La vanguardia delpiniana**

En el Pasaje del Centenario, hoy no existente, construido en 1883, con motivo de la magnífica celebración del natalicio del Libertador, estaba la redacción del órgano satírico de los jóvenes y bohemios delpinistas, los más provenientes de provincias venezolanas.

El Pasaje parecía el ancho y largo cobertizo de una casa de vecindad, con estrechos cuartos de alquiler a uno y otro costado. Comunicando la calle lateral con el Parque de Altigracia, se impregnaba de un acre relente de amoníaco mezclado a la fragancia nupcial de las magnolias.

Habitaba uno de los cuartos el maestro Pineda, bigotudo barítono mexicano, apegado a las faldas del Ávila, y cuyo mayor orgullo era el haber representado el papel de Carlos V de la ópera *Hernani*,

en los teatros antillanos. Retirado de la escena, daba lecciones de solfeo. Colgaba a su puerta jaulas de pájaros y, glotón, guardaba en su armario aguacates, majarete y otras golosinas con que obsequiaba a su jóvenes vecinos, escritores y estudiantes. A veces, con acento cordial y estridente, dirigiendo con un dedo una ilusoria banda marcial, les cantaba el *Gloria al bravo pueblo*, que los mozos escuchaban con devota y risueña atención, y ya el uno adoptaba actitudes dantonianas, ya otro las de un Camilo Desmoulins, en vísperas de asaltar una Bastilla fabulosa. Que flotaba el delpinismo en el ambiente y no sólo en la imaginación de unos pocos. Pero en lo profundo de esas fantasías presentíase como el nacimiento de una evolución renovadora.

En las paredes encaladas de la redacción del festivo periódico, un caricaturista, muchacho pardo y perspicaz, había dibujado con carbón un retrato de don Pancho, de exacto parecido, abrazando una lira, con la otra mano apoyándose en una espada y de tamaño no menor que el de la estatua colosal del Ilustre, en El Calvario. Completaban el ajuar una mesa de pino, tres sillas y un catre para los bohemios que no tuvieran donde dormir. A la tertulia delpinista solían concurrir ancianos literatos que animaban la reacción antiguzmancista con ejemplos de Plutarco. Alguno de ellos, de intachable pulcritud e incapaz de matar una mosca, había traducido un drama del francés, como evangelio de la libertad y el tiranicidio, bien que la acción ocurriera en Pisa, y en pasados siglos.

Pero, en verdad, de aquel destartalado desván, redacción de “El Delpinismo”, se diría que iba a surgir definitivamente la regenerada y anhelada Patria del porvenir, la que, en sus años mozos, concibe, cada generación con lo que en su espíritu, aún sin desengaños, hay de más puro, noble e ideal.

## El signo

A campos y aldeas había penetrado la fama de don Pancho, sin que se supiese realmente dada la fingida seriedad con que se le ponderaba, si su reputación era usurpada, como la de tantos otros. Muchos de los vencidos en 1870, y que Guzmán Blanco había querido destruir “hasta como núcleo social”, celebraban las noticias reaccionarias de Caracas, mientras se dedicaban a las labores de sus haciendas, casi abandonadas durante las guerras civiles, aplicando a sus nuevas actividades la habilidad adquirida en los altos cargos

que desempeñaron en el gobierno de su tiempo. El café, la caña y el cacao prosperaban bajo la mirada de sus dueños, y en los corretores coloniales de los fundos agrícolas, las esposas, las hijas de los propietarios y sus amigos, invitados a los regocijos de la cosecha, bromeaban con el peonaje encogido y cazarro, balanceándose en mecedoras y vestidas con zarazas de vivos colores.

Pero una mañana de verano comenzó a ensombrecerse el sol. Pronto se vieron millones de alas que se agitaban, con un ruido de telas rasgadas, en el azul celeste y que, a poco, caían volanderas y saltarinas, sobre sembrados y jardines. Un hedor aceitoso impregnó el aire cálido y minutos luego los pies deslizaban sobre una baba amarillenta. Era una tropa más destructora que las guerrillas de la obra lenta del trabajo. Era una nube de langostas que arrasaba el fruto de los campos, y, a la cual no alcanzaban las tercerolas apuntadas hacia ella. Para espantarlas y ahogarlas con el humo espeso de basuras y desperdicios, encendíanse hogueras que alumbraban de un rojo de sangre los troncos calcinados, mientras macilentos rústicos, con primitiva ignorancia y superstición se negaban a luchar contra el acridio invasor, al descubrir, en la pequeña coraza de su pecho, como el signo de un cáliz. La miseria se adueñó de las tierras antes fértiles. En los bucares y guamos sin hojas ya no cantaban ni hacían sus nidos los picos de plata y los turpiales.

Por fin, tras largos meses, la legión alada y devoradora se esparció hacia otros cielos. Con las primeras lluvias principiaron a reverdecer cafetales y cañaverales, y en las pulperías comenzó a haber arepa para los pobres y aguardiente para los venenosos paraísos artificiales del caserío.

En el velorio de la Cruz de Mayo, entre jazmines y rosas, el más rico señor de la comarca, al son de maracas, guitarras y arpas, bailaba con las chicas de su servidumbre. Y, celebrando la fructuosa molienda, exclamaba jadeante: “¡Esta es la verdadera democracia y no la mentira del déspota en sus aristocráticos salones de París!”

Mas todavía, en los áridos caminos los arrieros, junto a los esqueletos de sus borricos que murieran de hambre, y los labriegos, lívidos en los conucos y ranchos desolados, con un brillo de fiebre en las pupilas, esperaban al Salvador anunciado por la nube de langostas, según el signo misterioso que portaban.

Y ansiosos atisbaban, con sus tristes ojos, todos los desiertos horizontes...

## El bien general

Título de un libro que contenía la fórmula para sanar todas las enfermedades, con plantas tropicales y sangre de animales, selváticos, era *El bien general*. Telmo Romero, su autor, de tipo indio y prominentes mandíbulas, traía desde el fondo de la Guayana, cual si hasta esas remotas soledades hubiera penetrado la epidemia delpinista, los secretos desconocidos por los sabios de Caracas, ignorantes, decía, de las virtudes de nuestra flora. Y en la calle más céntrica de la capital, instaló su “Farmacia indígena”, en la que se alineaban los bocales de policromos bebedizos y los manojos de milagrosas hierbas curativas, con indignación de boticarios, médicos y estudiantes de la universidad. Sin embargo, en los suburbios y alrededores no faltaban quienes creyesen en la ciencia del improvisado taumaturgo e hiciesen elogios de sus portentosas curaciones, con gotas de un licor amargo, de inveterados paludismos y, con oscuros emplastos, de úlceras rebeldes.

Pero lo más grave fue que Telmo no se limitó a recetar inofensivas pócimas, sino que se propuso curar la locura ajena, introduciendo un hierro al rojo vivo en el cráneo de los desdichados dementes y que puso en práctica su propia locura en el manicomio de Los Teques. Pavor causaron a los pacíficos habitantes del pueblo los espantosos lamentos, de una desesperación incomparable, a través de la neblina nocturna, de los infelices sometidos al método inicuo del bárbaro Romero.

¿Qué fue, a la postre, de Telmo? Nadie lo supo después que, en un caluroso mediodía, los auténticos boticarios, los antiguos conspiradores contra el fauno, los estudiantes y los jóvenes delpinistas apedrearón la “Farmacia indígena”, rompieron los frascos de coloridas lociones, las vitrinas que guardaban misteriosos ungüentos, y echaron por tierra yerbazos y resinas que exhalaban un hálito de floresta virgen. Luego quemaron *El bien general*, al pie de la estatua de Vargas, en el patio de la universidad, de la que estuvo a punto de ser rector el curandero indio, por débil simpatía del crédulo presidente en turno.

## La Bajada de los Reyes

Nombrábase así, antaño, la fiesta celebrada en el pueblecito de El Valle soñoliento otras horas entre sus colinas ocres y el verde la hacienda de caña de azúcar; pero alegre de cohetes, repiques de campanas, holgorios, besos, joropos y amoríos, el claro día de enero en que se conmemoraba la visita de Gaspar, Melchor y Baltazar, cabalgando desde sus remotos dominios, venían a adorar a Jesús de Nazareth, nacido en un pesebre. También, con no poco anacronismo, rememorábase ese mismo día, la degollación de los inocentes, ordenada por el cruel rey Herodes, temeroso de que, entre los recién paridos, estuviese el anunciado Mesías perturbador de la paz de Judea.

Ambos espectáculos, acaso rústicas reminiscencias de antiguos Misterios y Autos Sacramentales, se representaban al aire libre en la plazuela del villorrio, donde un pequeño tinglado, cubierto de pintorescas colchas y cortinas facilitadas por devotas del lugar, fingía el Palacio del Soberano. Una inmensa multitud de hombres y mujeres, viejos y jóvenes, señorones y mendigos que, a pie o en desvencijados coches, por los caminos polvorientos acudían desde la capital y sus contornos a la fiesta vallera, se apretujaba y confundía en medio de las ventas populares de golosinas, café caliente y rones carupaneros. El magno vate Delpino gustaba de aquellos místicos regocijos y de los toros coleados que, ya al atardecer, completaban el festival, pero algo inadvertido de todos a quines, más que a un poeta, por egregio que fuese, les interesaban los tres Magos que, en piafantes jacas y con trajes y gorras abigarrados, descendían al través de los cardones de los áridos cerros, para ofrendar al divino Infante si no oro, incienso y mirra, de que no disponían, aromáticas hierbas campesinas quemadas luego ante la cama de paja, en el portal de la iglesia.

Niñas con alas de cartón plateadas, simbolizaban ángeles, y en el centro de la calle, empedrada y adornada con guirnaldas de papel, colgante de una cuerda, resplandecía la estrella de latón dorado que serviría de milagrosa conductora de los Tres Magos, representado cada cual según el color de su piel, el blanco por un pulpero de Canarias, el indio por un auténtico aborigen que trabajaba en la molienda del trapiche, y el negro por un comisario de los aledaños, que, para la adoración del Señor, no vacilaba en cambiar su autoridad por

otra; probándose, que la corona real puede ceñir la frente de un hijo del pueblo, cuando el caso lo requiera, como era este de la Bajada de los Reyes. Desde luego, los mayores aplausos los recogía el rey negro, al dejarse caer de su cabalgadura para besar el suelo con sus gruesos labios de africano.

Entre tanto, envuelto en un manto escarlata, rugía Herodes en su palacio de tablas y, en sus duras entrañas, complacido con ver correr la sangre de los santos Inocentes, por fortuna de almagre, como los sacrificados niños eran de trapo, con pintados ojos llenos de espanto.

Intérprete de Herodes y celebrado en su ficción teatral, era el herrero Carías, valga el apellido, ya famoso como el mejor encasquillador, forjador de verjas de cementerios y de balaustres para las casas caraqueñas. Cabe el cobertizo de un corral, tenía Carías, su fragua y su yunque en el que, con ejemplar paciencia, domaba el hierro al rojo vivo. El olor del fuego, del sudor de las bestias, se mezclaba con el de la humedad de la tierra, pantanosa, con huellas de cascos y restos de casquillos, clavos y chatarras.

Mas que he aquí que Carías, como de la época de las “Metamorfosis” era, su modo, “delpiniano”. Pacífico casi todo el año, a medida que se aproximaba la fecha en que iba a ser efímero rey de Judea, tornábase terrible, ensayándose de esa manera, a interpretar a cabalidad el papel del implacable Herodes. Con más furor golpeaba el martillo sobre el yunque, su frente se cruzaba de arrugas amenazadoras; sus bigotes y cabellos grises se erizaban; sus dientes crujían y su voz se hacía estentórea. Aterrorizados por la cólera que lo poseía en esas horas, ni su buena mujer, ni sus amigos, ni sus clientes cabalistas atrevíanse a dirigirle la palabra.

A Carías, según es frecuente en tantos, ocurríale entonces el fenómeno de sustituir su verdadera personalidad por la que su exaltada imaginación creaba y engañaba. Ello es que pasado largos meses, a la postre recobraba Carías su carácter habitual, su expresión casi franciscana y aun ingenuamente se arrepentía de las ferocidades que cometiera cuando fue rey de Judea.

Pero sucedió que en uno de esos pasados espectáculos valleros, al bajar Carías de su trono, todavía enardecido, acercósele Delpino y Lamas tendiéndole los brazos para encalmar su iracundia, y Carías

le rechazó con explosiva violencia. Y el pobre poeta, con el corazón acongojado, regresó a soñar en su humilde Parnaso del arrabal, y meditando, una vez más, en cómo enloquece a los hombres el poder absoluto, y no sólo en los Imperios.

### **La sotana nueva**

La sotana del buen padre Celestino, curita de Aguas Claras y amigo de Delpino y Lamas, desde que le hizo un sombrero de teja, era una sotana deshilachada y roída; los años, la lluvia y la intemperie de los caminos habían ido desgastando la tela. Cuando a pleno sol atravesaba con su gran paraguas bajo el brazo, la plazuela de la aldea, la vieja sotana despedía tonos verdosos y violados. Sea porque el padre Celestino hubiese crecido después de su primera misa, sea que la sotana se hubiera encogido, es lo cierto que la falda apenas le llegaba a los tobillos, dándole de esta suerte un aspecto inocente e infantil que inspiraba lástima y simpatía, tanto como su caridad y cariño para todos. Es un verdadero cristiano, decían los libres pensadores, que no escaseaban en el villorrio, célebre por sus espiritistas y sus aguas medicinales. Pero los años pasaban y la vieja sotana de deshacía sobre el cuerpo regordete del padre Celestino. Además, Aguas Claras atraía de las ciudades circunvecinas caballeros ricos y dispépticos y señoras reumáticas, quienes luego de deliberar que un balneario elegante tenía necesidad de un cura menos descuidado de su persona, convinieron en sorprender al padre Celestino con una sotana nueva el día de su santo. Casadas y solteras temporadistas, la era delpiniana se revelaba en ellas por su amor desaforado, y algo cursi, por las modas extranjeras. Así hicieron venir de la capital suavísima sarga y finísimos encajes: las señoras se encargaron de la hechura de la sotana y las señoritas de adornarla.

A todo esto el padre Celestino continuaba alejado de las pompas terrenales, dando de comer a los perros y a los pájaros y repartiendo limosnas a los pobres. El día de San Celestino, Papa y Confesor, el curita de Aguas Claras recibió, con indecible sorpresa, una flamante y olorosa sotana, en un gracioso cesto de mimbre, en el cual se había atado una tarjeta con los nombres de las damas que le hacían el presente.

Con pura alegría y místico regocijo se revestió el padre Celestino de su sotana nueva; mas apenas se había echado el último botón

cuando sintió que sus sentidos se turbaban; la seda crujía entre sus piernas como faldas de mujer y la tela tenía aún la fragancia de las manos femeninas que le habían acariciado, el tenue perfume tentador que trascendía de los suaves encajes. Pero en ese instante, una fuerza extraña lo llevó ante el turbio espejo de su humilde cuartico, recuerdo de su difunta madre en el cual nunca se había mirado. Y el santo curita con ingenio delpiniano se contempló y se encontró galante y rejuvenecido. Mas en el mismo momento divisó en el fondo del cristal una blanca visión de la anciana que le señalaba la sotana vieja colgada de un ángulo de la estancia y desde entonces usó hasta el fin de su vida la vieja sotana hecha jirones, pidió ser enterrado con ella y murió en olor de santidad guardando una inexplicable tolerancia para los que creían en las evocaciones espiritistas y en las visiones de ultratumba.

## Carnaval

La pobre Mimí Pinson se moría en la casa de las Alegres Comadres de Candelaria quienes, con inefable cariño la habían asilado, cual si fuese la propia griseta de la bohemia de Murger. En realidad se llamaba Susana y de París se la trajo un enamorado vejete, como modista de su tienda “Las últimas novedades”, que tenía establecida en Caracas. Quebró la tienda y el comerciante picarón se conformó con su mujer venezolana. A poco la romántica Susana prendose de un poeta, como ella de veinte años y quien en un raptó de entusiasmo profano, se había comparado a Cristo redentor de la pecadora Magdalena.

Languideció Susana, y pálida y tímida fue costurera a domicilio, con sus dedos enflaquecidos por la tuberculosis. Así la conocieron las Alegres Comadres de Candelaria, como las vecinas lenguaraces las nombraban, una tía viuda protectora de sus dos sobrinas que, por la romanilla, cuchicheaban con sus intermitentes novios.

La generosa tía conservaba propiedades en Valencia, y con profunda emoción recordaba, cuando chiquilla, haber oído cantar romanzas al anciano heroico general Páez, en una fiesta de familia. La viuda, regordeta y de peluca castaña, en unión de sus monísimas sobrinas con flequillos de pelo de los que llamaron “pollinas”, durante todo el año se preparaban para el Carnaval, cortando, a

tijeras, papelillos de color. Soñando con héroes de la Independencia y personajes de novela, zurcían los calcetines y pantalones de los amigos de Mimí y su poeta, de alma tan sentimental y exquisita. Y precisamente Susana se moría en aquel domingo de Carnestolendas. Sus áureos cabellos desfallecían sobre la almohada y con sus manos febriles estrechaba, en un adiós supremo, las de su amado poeta que lloraba a su lado. Con la gentil francesita pasaban las noches en vela sus camaradas delpinistas, hasta que en el lecho, de lazos azules y con un vago olor a creosota y a violetas, agonizó como la modistilla de Rodolfo. En hombros la llevaron al cementerio, entre la frenética alegría de la multitud carnavalesca y rompiendo la turba de abigarrados disfraces, que zapateaban en el arroyo un joropo ejecutado por la orquesta de un kiosko musical.

Tía y sobrinas estaban anonadadas con la desgracia, pero, la siguiente tarde de Carnaval, al escuchar que resonaban en la calle los cascos de una cabalgata, corrieron curiosas y veloces a la ventana. Era don Francisco Antonio Delpino y Lamas que, seguido de su corte de burlones admiradores, caballero en brioso Rocinante, pasaba con triunfador empaque por la Calle Real de la Parroquia, repartiendo su última Metamorfosis dedicada a las bellas que, enloquecidas por Momo, le correspondían con grajeas e irisadas esencias de sus perfumadores, al través de los balaustres de los floridos balcones. Y, en un irreprimible arrebató de entusiasmo, las Alegres Comadres de Candelaria volcaron sobre el vate sus cestas llenas de papelillos y confettis, mientras que, en el crepúsculo multicolor y engalanando, diríase que la suave Susana deshojaba rosas en la barba blanca del buen Dios.

### **La noche de Santa Florentina**

De las galerías a las butacas del Teatro Caracas se apiñaba un bullicioso auditorio, resumen de los mestizajes de nuestra raza criolla. Flotaban banderolas tricolores en los palcos, y en lo alto del proscenio colgaba la máscara clásica de la Comedia sostenida por guirnaldas de corolas avileñas. En la escena, a telón corrido, don Francisco Antonio Delpino y Lamas, severo y de levita, y en torno suyo los organizadores del homenaje, con sus mejores prendas de

vestir y una circunspección en la que el extraño no hubiera adivinado el fingimiento. Sobre una tarima la mesa del orador, el vaso de agua de rigor y un jarrón de azucenas, como obsequio de las señoritas caraqueñas.

El acto comenzó solemne cual una repartición de premios del Colegio Santa María. Luego el público se puso de pies y aclamando al vate laureado cuando éste, con emoción entrañable, recitó el estrambote que había escrito para recibir la corona de laurel, que, demasiado grande, le resbaló hasta el pecho, como una collera. Aplausos unánimes y carcajadas.

A la tribuna fue conducido el orador de orden, laborioso archivero de un ministerio, perturbado por la lectura de Víctor Hugo, y a quien, sin que él lo sospechara, también tomaban en broma los del pinistas. En su discurso, sin que viniera al caso, en medio de palmas estrepitosas, vociferaba que “hay miradas que surgen del riñón y razones que sólo brotan del hígado”...

A su perorata siguieron otras de torrencial elocuencia que citaban a Ovidio, a causa de sus famosas *Metamorfosis* clásicas, y a Cervantes por su inmortal Don Quijote. Evocaron a Dulcinea del Toboso y a las nueve Musas, cuyas sombras desfilaban por el prosenio, donde los personajes de la farsa, iluminados por las trémulas candilejas, parecían elevarse del tablado y alargarse cual en un raro cuadro del Greco.

Después tocó el turno a simuladas delegaciones extranjeras que traían supuestos mensajes, congratulaciones de sus pueblos. Y el gobernador del Distrito, general guariqueño y tan engañado como Delpino, en su palco se mostraba orgulloso de que un compatriota mereciese aquellas manifestaciones del universo entero.

Y ocurrió, añade el sutil informador que me lo refiere, que a medida que transcurrían las horas de aquella velada memorable, la chacota iba adquiriendo caracteres de verdadera glorificación de un poeta magnífico y precursor de un arte hermético, simbolista y futurista y ya, con esa duda, la concurrencia acompañó el vate coronado hasta su corral de El Guarataro. Todo pasa, pero las piadosas estrellas continúan, por los siglos de los siglos, acompañando las quimeras y esperanzas de los hombres.

## El ocaso de los dioses

Bajo una cruz de madera yace el laureado vate de El Guarataro, en la gran ciudad de los muertos, que es el cementerio de Tierra de Jugo, y más populosa que la de los vivos, ya que duermen en el sueño eterno varias generaciones, como Guzmán Blanco, enantes también aclamado, bajo una lápida de mármol del cementerio de Passy, no lejos de las cenizas de la divina loca María Bashkirtseff.

Pasaron lustros de su apoteosis, la última vez que, olvidado de todos y taciturno y mísero, vi a don Francisco, fue vendiendo billetes de lotería al pie de la Torre de la Catedral. Y el pobrecito de Asís lo habría compadecido. Pero don Francisco se había conformado con entregar sus huesos a la tierra maternal, después de que una ola popular, estudiantil y delpinista, demolió la estatua gigante del Ilustre, que tantas veces amenazó con su puño desde el tejado distante de su corral.

Y una tarde, casi al anochecido, sintiendo desfallecer sus fuerzas, se vistió con el sombrero de copa y la levita que usara la noche de su coronación. El laurel se había deshecho, pero guardaba el polvo de sus hojas junto con la postrer camisa que le planchara la Ninfa Flor, muerta del corazón. Lentamente ascendió por los solitarios senderos de El Calvario, trepó por la rampa en espiral donde antaño se elevaba el bronce destrozado por la multitud y, ya en la cumbre de la plataforma, se irguió, al igual de la derruida estatua, en actitud dominadora. La enorme mole del Ávila bañado por los reflejos del sol en su ocaso, fingía leve y rosada nube, y en transparencia de cristal tornábase la hoz de la luna menguante. El valle caraqueño se extendía con dulzura virgiliana, ciñendo la ciudad como una inmensa corona de laurel. Y el patético don Francisco le tendió las manos temblorosas cual si quisiera estrecharla contra su alma, que no encontrara dicha en la tierra, como gimió en su Parnaso del arrabal. Era la ciudad complicada y ligera, confiada e insumisa, delpiniana y bolivariana, todavía la misma que vislumbró el gran poeta Pérez Bonalde, a su Vuelta a la Patria:

Caracas allí está, sus techos rojos.  
 Su blanca torre, sus azules lomas.  
 Y su banda de tímidas palomas.  
 Hacen nublar de lágrimas mis ojos.

## Sombra de mujeres

*En el viejo parque solitario y helado  
los espectros evocan las horas del pasado*

VERLAINE

Pocos quedamos de los que teníamos veinte años hacia 1890 y conservamos el recuerdo de los días líricos y festivos de la Caracas de fin de siglo. Probablemente éramos menos felices entonces de lo que ahora creemos haberlo sido, pues a través del tiempo la memoria va embelleciendo el pasado y cubriéndolo con un velo de oro. Pero ello es que al evocar nuestra mocedad sentimental es con la dulzura de una inefable melancolía.

A esa edad de la juventud solemos tener la ingenua presunción de que la humanidad nació con nosotros y así sentirnos orgullosos de imaginaria superioridad y gozando de placeres que creemos nunca conocidos por anteriores generaciones. En verdad, la mía había presenciado el tránsito pacífico del omnímodo dominio político de Guzmán Blanco al de las libertades que nos prometió el doctor Rojas Paúl, desde el balcón de la Casa Amarilla, mientras la delirante multitud soportaba un aguacero torrencial bajo los árboles de la plaza Bolívar.

Terminado ese período, el doctor Andueza Palacio, como presidente de la República, parecía comunicarnos a todos, con la elocuencia de su ancho y sonoro pecho de tribuno, una efusión que se traducía no sólo en disfrutar de la vida cual de un tesoro inagotable, sino despertando los espíritus a prodigiosas ilusiones que, a la postre, no se realizaron nunca, cuando en el horizonte de los llanos adelantaron las primeras guerrillas del valeroso general Joaquín Crespo, en afán de “legalismo”. No fue, en sus comienzos, óbice esa propuesta armada contra los ya visibles propósitos de “continuismo” del presidente Andueza para el Magistrado, de temperamento democrático y su poquillo bohemio, todas las tardes en calesa descubierta, sin cohorte de edecanes ni guardia, libara una copa de coñac, que él humorísticamente llamaba “chocolate”, en el Puente de Hierro, donde a la sazón Maud deslumbraba con su hermosura de cortesana.

En efecto, no hacía mucho que esta mujer famosa en nuestros anales galantes llegara de Nueva York y con su voluptuosidad enloqueciera a no pocos de los viejos y jóvenes de entonces, barnizando con cierto lujo y elegancia las costumbres libertinas de nuestra ciudad. Su pelo terso y negro sobre la frente de apariencia virginal, su cuerpo rosicler, las galas de sus trajes y joyas, eran señales de simpatía aun para las honestas señoras y muchachas que la atisbaban, con discretas miradas, cuando pasaba en su coche en sus paseos vespertinos o reclinaba en el antepecho de su palco del Teatro Municipal. En su quinta de Las Palomeras, con frecuencia reunía a sus rendidos admiradores, deshaciendo su collar de perlas en las ánforas de champaña con que los obsequiaba. Entendió que, años después, murió de monja en un convento de Centro América, no sin cumplir su ideal capricho de haber besado en Roma el anillo de Pontífice, en compañía de su amante favorito, caballero de la flor y nata caraqueña.

Como de perenne fiesta, vemos, desde hoy, aquellas épocas en las que también Olimpia Guercia mostraba su pierna desnuda y perfecta entre recamadas sedas, mientras los violines cantaban los anhelos sensuales de Amneris, en la ópera *Aída*. Al aparecer en la escena, peinando su profunda cabellera, diríase que embalsamaba la sala con el perfume enervante de sus carnes doradas y que al abrir los brazos, ceñidos de ajorcas, reproducía la seducción de Cleopatra. Y no faltó en el auditorio un alto varón, cuasi senecto, que embelesado

pudiese declararle como el capitán romano a la reina de Egipto en la tragedia shakesperiana, que para conocer los ámbitos que su belleza inspiraba necesario era descubrir un nuevo cielo y una nueva tierra.

Pero especial y brevemente quiero referirme ahora a la grandeza y decadencia de Angelina Turconi Bruni, extraordinaria soprano que actuaba en la temporada de ópera del Teatro Caracas, cuyo antiguo aspecto de pintada caja de madera, se había modernizado con cañuelas brillantes y pasamanos de felpa roja. Ídolo del momento, la artista dominaba al público, envolviéndolo con las armoniosas ondas de su garganta, y cuyas notas parecían hacer leve su plenitud de italiana que habría podido servir de modelo al Corregio. Era su voz como aroma musical o transfiguración melodiosa de una noche estrellada que a los más insensibles corazones seducía. Rigurosamente histórico es que un lobo marino, en el límite de su entusiasmo, perdió la razón, mientras la diva expresaba su locura de amor en la *Lucía* de Donizetti. Y no fue caso menos singular que, con su canto, de iracundo que era un anciano, bien conocido en la capital, tornase su carácter en condescendiente y afable, con sorpresa de los que sabían de sus intemperancias. Maga, divina, no fueron suficientes elogios que le tributaba hasta el periodista más radicalmente inconforme de la prensa de antaño. A los más irreductibles a los halagos del poder y del dinero sometía con la fuente cristalina que brotaba de sus labios entreabiertos. Severos padres de familia, prescindiendo de prejuicios sociales, la invitaban a sus mesas familiares, y sentarse junto a ella, era orgullo de damas aristocráticas. El día de su beneficio fue convertido su coche en rodante cesta de flores que, como dóciles corceles, tiraban muchos de los que no se habían inclinado ante gobiernos imperantes. Un vuelo de palomas y de rosas la saludó al aparecer en el proscenio, donde Angelina lloraba de emoción. Noche inolvidable en que el arte parecía alcanzar, entre nosotros, su máxima significación órfica.

Mas, no nos explicaríamos hoy por completo aquel excepcional acontecimiento, si ignoramos que en él contribuyó mucho la situación política de nuestra patria. En efecto, la temporada de ópera del Teatro Caracas hacía competencia a la oficial del teatro que en el tiempo de Guzmán Blanco llevaba su nombre. Ser admirador y adorador de la Turconi Bruni equivalía así a ser revolucionario contra los propósitos continuistas del doctor Andueza Palacio. El

que concurría al Teatro Municipal era considerado como enemigo de la libre elección de un nuevo presidente de la República, por el Congreso Constitucional. Y no pocos choques violentos ocurrieron entre los asiduos de uno y otro coliseo, a la salida de los espectáculos.

Ya próximas a Caracas las huestes crespistas, la Turconi Bruni, entre ruidosas ovaciones, se despidió de la ciudad que la adoraba y sin que ella supiese jamás que la enamorada de Lamermoor fuera a la vez, para nosotros, un símbolo de insurrección popular.

A la larga, el doctor Andueza Palacio, abandonado por algunos de sus adictos militares, tomó el camino del destierro, y el ejército triunfante y su jefe indómito fueron aclamados en medio de un diluvio que convertía en ríos las calles capitalinas, por donde en el agua fangosa, navegaban bibliotecas y muebles echados al arroyo por las turbas reaccionarias. En el palacete de Santa Inés instalose el nuevo Gobierno que, al fin, no fue absolutamente "legalista" ni mantenedor del Congreso, según su programa, sino que asignó su soberanía a la espada y a un Ministerio personalista. De ese modo la República continuaba por torcidos rumbos.

Esto es que, durante la contienda civil, la fama de la Turconi Bruni había llegado a los campamentos crespistas y para la nueva temporada oficial la contrató. Pero ya con los errores cometidos los sentimientos colectivos habían cambiado y la flamante administración pública se había desprestigiado bastante. Muchos de los auténticos legalistas, que habían militado a las órdenes del caudillo Crespo, volvieron a sus haciendas y negocios particulares y reinó un descontento casi general. Cómo habría de imaginarse la Turconi Bruni quien, al regresar a la capital, si era siempre el rruiseñor de los naranjos de Sorrento, ya no viva alegoría de protesta contra la autoridad constituida. No estruendosos aplausos como antes, sino un gran silencio acogió su reaparición y más de un silbido partió de la galería, hiriendo hondamente su sensibilidad de artista. Y un día, cuando una escasa concurrencia la esperaba en la escena, sigilosamente se embarcó en el puerto de La Guaira, dándonos la espalda con una mueca de amargura y desdén. Hubiérase dicho que aquella célebre mujer de teatro confirmaba la desencantada sentencia del asceta de que es vano el que pone su esperanza en los hombres o en cualquiera de las criaturas...

## Pláticas y siluetas

### **Años de aprendizaje de Simón Bolívar en la Federación Universitaria Hispano Americana**

Me encuentro muy a mi sabor entre vosotros, estudiantes hispanoamericanos, con mi acento criollo y con mis ideas criollas, mas no poco muy cohibido por vuestra lozana juventud. Escuchad, pues, mis cansadas palabras como de quien tiene la impertinencia, tan frecuente en los cabellos grises, para no llamarme viejo, de volverse hacia sus hermanos menores para recordarles una lección que no supo aprender y aprovechar a vuestra edad.

Acogido con benevolencia en esta casa de estudio y de cordial compañerismo, vengo a conversar un rato con vosotros acerca de los años de aprendizaje de Simón Bolívar; para deducir de ellos, si es posible, un método de direcciones espirituales en el esfuerzo que habéis de realizar en el porvenir, porque no ha de ser la América indoespañola únicamente motivo de crónicas y novelas pintorescas o atractivo de codicias capitalistas.

Me he de referir sólo a la época juvenil de Bolívar, antes de su portentosa empresa de emancipación, que requiere la energía suprema del genio; me referiré especialmente a los días de su vivir inquieto, que pudieran compararse a los de cualquier mocedad apasionada

y de vehemente inteligencia, aunque el final de esa etapa augura ya el hombre extraordinario que va a ser el futuro Libertador.

El tránsito de Simón Bolívar luego de sus primeros años en Caracas por las tres grandes ciudades latinas que son Madrid, París y Roma, tema de esta lectura, es, a mi entender, el tránsito por tres estaciones sentimentales, en su camino de perfección. Así es un tríptico ideológico el que me propongo esbozaros, no obstante que pienso ahora, pero tarde para arrepentirme que, además de conocer aquellos episodios históricos, habréis resuelto el fundamental problema de ajustar la conducta al pensamiento y de encaminar la voluntad hacia altos o superiores fines.

Considere, pues, vuestra bondad, esta plática como una simple cooperación de simpatía por la Federación Universitaria Hispano Americana, protegida por la noble fundadora de nuestra civilización en el Nuevo Mundo.

### **Caracas y primera estación sentimental**

Cuando el francés Depons, muy a comienzos del siglo XIX, visitó a Caracas, calificó de *grende ville* a la capital de la pobre y antigua Capitanía General de Venezuela. No era, no con mucho, Caracas una gran ciudad, tal como la miraron los ojos del generoso viajero, dispuestos a aumentar las proporciones. Era apenas una gran aldea o, si se quiere, un pueblo grande, del que aún quedan algunos vestigios, que el tiempo adorna con la suavidad romántica de las cosas que van a desaparecer.

Cañido de montañas, el caserío, dormía la siesta colonial, estremecida por las cornetas de los cuarteles y las campanas de las iglesias. Se extendía el silencio sobre los techos de teja vana y las casas de una sola planta, construídas con la propia tierra bermeja del valle, donde yacía sepultada la tribu indígena, que parecía haber ofrendado la cal de sus huesos para blanquear los corredores de los patios perfumados por el naranjo y la rosa. Embozado en su capa, más para ocultar el rostro que para precaverse de la neblina nocturna, guiado por el candil del esclavo, acudía el señor a alguna cita galante o a algún conciliábulo revolucionario, porque, bajo la aparente modorra, fermentaba las pasiones y los sueños republicanos. Así es Caracas. Si nos atenemos también a las impresiones del conde de Segur, aquel valle tropical, para términos del siglo XVIII, sería un

rincón del paraíso, a no ser, según asevera, por los monjes inquisitoriales, los alguaciles feroces, los empleados de la ávida intendencia y, añade por algunas fieras que rugían en los suburbios, escapadas de los bosques vecinos, pensando tal vez como buen viajero francés y hazañoso, que el cuadro carecería de colorido sin esos detalles espeluznantes.

En ese ambiente, en la casona solariega de sus abuelos vascos, frontera al convento de San Jacinto, nació Simón Bolívar en Santiago de León de Caracas el año de 1783, cuando ya declinaba el reinado de Carlos III el glorioso y se aproximaban días funestos para nuestra España.

Y permitidme hacer, de paso, una observación. Los viajeros de antaño, como Depons y Felipe de Segur, solían ver nuestras incipientes poblaciones con menos desdén y más hospitalaria comprensión que muchos europeos y “europeizados” de hoy, acaso porque la visión de aquellos buscaba más la naturaleza desnuda que la obra de los hombres. Rousseau había puesto de moda, por decirlo así, el culto a la naturaleza, la sensibilidad propensa a complacerse más en el paisaje natural que en la ciudad edificada, como ahora la comprendemos. Es, en verdad, deleitoso el panorama del valle caraqueño y debió de serlo más aún cuando el arbolado de corrales y aledaños y el cristal de los ríos, eran la única hermosura de la comarca. La furia misantrópica de Juan Jacobo exaltaba además las costumbres primitivas, que entonces predominaban entre nosotros. ¿No llegó a afirmar el filósofo ginebrino en su hipocondría y despego de las pulidas cortesanas, que los caribes de Venezuela presentaban el dechado de una sociedad perfecta? Peligrosa exageración, que aun en los pastoriles entretenimientos de Versalles tenía admiradores; pero tal vez no menos equivocación que la de suponer como algunos ahora, que las ciudades pequeñas u olvidadas no pueden producir grandes hombres, tales como los que en Caracas nacieron, en su reducido cuadrilátero urbano, a fines del siglo décimo octavo, Francisco de Miranda o nuestro Simón Bolívar; para citar a los de más universal nombradía. Sírvanos esta alusión para esperar de vosotros, no todos hijos de urbes suntuosas, ideales que no se midan por la altura de los palacios ni por la inmensa muchedumbre de las avenidas. Es más a la calidad que a la cantidad de la población a lo que debemos aspirar, y sin exponernos a comparaciones, que serían impertinentes en

nuestro caso, conviene recordar el ejemplo de Atenas, la que medida sólo con el compás de la estadística, sería hoy considerada como una ciudad de quinto o sexto orden por el número de sus habitantes, y entre cuyas ruinas todavía encontramos, sin embargo, la más prodigiosa fuente de belleza y de pensamiento.

El niño Simón Bolívar prefería a los libros los paseos en borrico, por los floridos cafetales y las cuestas de la cordillera, como si lo que tuvo de poeta y andariego se iniciara en esas infantiles travesuras. Luego, apenas púber, sus maestros no lograban inculcarle las humanidades que precozmente poseían, el uno, Andrés Bello, como un clásico que Virgilio conducía; el otro, Simón Rodríguez, como un romántico precisamente de la escuela de Rousseau. La corta diferencia de edad entre Simón y sus maestros, sobre todo entre él y Andrés Bello, tal vez influía en el irrespeto del discípulo. Es lo cierto que ni aquellos, ni antes D. Miguel José Sanz, de más grave continente y edad, lograban aprisionar su imaginación con ninguna disciplina. Y fallecido su padre, don Juan Vicente, del marquesado de Bolívar, la cariñosa debilidad maternal de doña Concepción Palacio, tuvo que apoyarse en la severidad de su hermano D. Carlos para resolverse a enviar el chico a seguir los estudios en Madrid.

Su primera carta, desde Méjico, ya en viaje para Europa, bien señala que hasta su ortografía era en extremo vacilante. Poco después, ya en Madrid, no sólo tiene ortografía, sino que está enamorado y de qué modo, como un juicioso señorito de diecinueve años que piensa en casarse, como quizás cualquiera de vosotros en este momento. Ha encontrado en los salones de su pariente D. Bernardo Rodríguez de Toro, a una candorosa y gentil damisela, como es su prima María Teresa. Se casarían, serían felices, y él hasta alcalde de San Mateo, en la feraz región de su país natal, donde sus padres poseían vastos campos. Irían entre verdes espigas, bajo el azul del trópico, y pondrían juntos los labios, como en una flauta panida, en la caña de azúcar, para beber la melodía de su dulce jugo.

Don Bernardo, el prudente padre de la doncella, quería retardar el casorio; pero el impetuoso amor del mancebo no permitía espera, y en la Corte se efectuó la boda. En el documento notarial del matrimonio, la firma del doncel aparece pequeñita junto a la de la novia, y bien distinta de la que usó después en sus cartas y en sus proclamas guerreras, que es como el zigzag de un rayo en el

horizonte tempestuoso. El documento indica también que anduvo Simón por la Puebla cantábrica. El documento de sus remotos antepasados, señores de la Rementería donde el molino en ruinas y la pradera mustia señalan hoy el lugar de Bolívar, pradera del molino, en el lenguaje prehistórico de los eúskaros.

Pero era la luna de Caracas la que deseaba para su luna de miel, y el mar condujo a los esposos a las puertas de la dicha. ¡Mas cuán efímera! Una sola primavera duró la dicha. La amada cayó enferma, y en un suspiro murió. Junto al tálamo nupcial hubo su sepulcro la suave María Teresa. De ella no queda sino una lápida en el sitio que en Madrid habitó, al comienzo del Fuencarral; en la catedral de Caracas, el mármol que cubre sus cenizas, y en nosotros, el recuerdo de un idilio inefable.

Inmenso como su amor fue el dolor de Simón, el viudo de veinte años. Amor y dolor fueron de aquellos que ocupan toda la zona del alma, y eclipsan o anublan la reflexión. En la psicología bolivariana se observa, sobre todo en las horas de máxima tensión, que un solo sentimiento ocupa el área mental y emocional. Para los que así saben sentir el amor, el mundo se esfuma para dejar sólo un espacio iluminado, el que la pareja amorosa, con divino egoísmo supone el centro del universo; pero en ese espacio y en esos instantes, el universo; pero en ese espacio y en esos instantes, el universo les revela acaso su más hondo misterio, y seres y cosas su más recóndita belleza. Los que así son capaces de sentir el dolor, saben que éste también se apodera de la conciencia y expulsa de ella, siquiera sea momentáneamente, lo que no concuerde con la pena predominante produciéndose un fenómeno a la inversa, porque entonces es un contorno de sombras el que nos rodea, quedando fuera de sus ámbitos el mundo forzoso e iluminado.

Por huir de los lugares vernáculos donde había situada la escena de sus ilusiones, mutiladas por el Destino, regresó Simón a Madrid o tal vez para revivirlas aquí con la significación que adquiere en el alma del amante los más nimios detalles que se relacionen con la adorada, la casa donde vivió, el banco donde descansó en paseo, el aroma de la flor que una noche prendía en su corpiño, el sitio donde cayó una tarde su pañuelo de encajes.

Podemos imaginarnos la desolación de Bolívar en la soledad de su viudez, su nostalgia, su mortal desesperanza. La vida, con una

gota de miel y de acíbar, había concluido para él. Quizás en camorras juveniles buscó la muerte, pero la muerte, como en la elegía verleniana, no quiso de él. En Madrid había dejado de ser el estudiante descuidado, y en corto lapso igualó a sus profesores. Mas, ¿para qué la ciencia y la filosofía y las letras, si su vida no tenía objeto alguno? Volvía a su cuarto como cuando célibe, más para llorar sobre el volumen cerrado de Plutarco, mientras el Madrid de María Luisa y Godoy se divertía en las verbenas; porque era la época del color y de la fiesta, del pelele manteado por cuatro lindas majas, del jugar a la gallina ciega en los jardines de Aranjuez, mientras los reyes, ciegos, no miraban declinar el sol de España en su Imperio de las Indias.

Esto es que en el Madrid que Goya pintó, claro y contento en los cartones para sus tapices. Simón Bolívar, viudo, casi adolescente, era el más taciturno y desesperado personaje, sin propósito alguno para el porvenir, y con una melancolía tan profunda que le estrechaba a aguardar su próxima desaparición, para unirse a la amada en la eternidad. Vivir de hastío cotidiano, de monótonas y triviales faenas y sin más compañía que sus recuerdos.

Así, en esta su primera estación sentimental, en Madrid, estaba Simón Bolívar triste hasta la muerte.

## **Segunda estación sentimental**

Os he dicho que Simón Rodríguez, compatriota de Bolívar y su maestro predilecto, era tan devoto de Rousseau, que se ha juzgado pernicioso su influencia en el discípulo, en tanto éste se alimentó en las fuentes de *El contrato social*.

No es ocasión, ni autoridad tengo para interponerme en los pareceres que se debaten a este respecto. Mas sí he de añadir que era Rodríguez el más extravagante de los seres y el más singular de los pedagogos. Como de casaca, alternaba de apellido. En una querrela doméstica, cambió por el apellido de Rodríguez, que es por el que más se le conoce, el de Carreño, que es el de su familia, y famoso en los fastos venezolanos, pues Carreño era Teresa, la pianista de mundial celebridad, y también de ese apellido el autor de la obra que, donde se hable nuestro idioma, pauta la urbanidad, la cual no es en el fondo arte de pura cortesía, sino religión de indispensable y mutua tolerancia en las relaciones sociales.

Y no sólo de apellido cambió este curiosísimo Rodríguez, cuando en una de sus magníficas humoradas, y ya en edad madura, vistió traje y porra de párvulo, y con el nombre de Samuel Robinsón, se incorporó en una escuela primaria, para probar con su ejemplo que nunca es tarde para principiar a estudiar y nunca se acaba de aprender. Y como de nombres y trajes, cambiaba de oficios, y ya era profesor de idiomas antiguos y modernos, ya químico, ora horticultor, ora vendedor de velas para el alumbrado, con este lema irónico en la puerta de su tienda: “¡Luces, luces es lo que a América hace falta!”. Verdad que en sus mudanzas de carácter y costumbres mantuvo inalterable su fervor por las luces de la ilustración, según entonces se decía, como base de la libertad de los pueblos y de acuerdo con las flamantes doctrinas de la Revolución francesa, en cuyo calendario se inspiró para bautizar civilmente con nombres de legumbres a dos de sus hijos.

Y de oficio variaba, qué diremos de lugares. Pretendía parecerse, con sus palabras, no a los árboles que se arraigan para siempre en su suelo, sino al viento, al agua, al sol, a todo lo que se mueve y cambia sin cesar. Su perenne ambular ha sido clasificado por psiquiatras, que escudriñan y mortifican nuestros íntimos defectos, de dromomanía, vocablo, que con sus raíces griegas parece que hiciera más incurable tan extraña enfermedad. Siendo así, no es posible saber a ciencia cierta en qué punto de Europa, donde a la sazón se hallaba, supo Rodríguez, o Carreño, o Robinsón, que su discípulo era víctima de las siniestras Parcas, las que, después de hilar con su rueca la mortaja de la bienamada, acercaban a la mano de Simón la pistola del suicida.

No había tiempo que perder. Preciso era despertarle de su incomparable pesadumbre, con un chorro de alegrías. Estupendo educador que, con moral en verdad más pagana que cristiana, quería hacer de los placeres sensuales el mejor bálsamo de una pena que las lágrimas no consuelan. Y de donde éste invita al discípulo a venir a su lado, con la insistencia de revelarse una secreta historia de que su suerte dependía, aunque en una carta de esta fecha cuya autenticidad se discute, aparece Bolívar solicitando la consoladora compañía de su maestro, que está en Viena, a la vez que a Fanny de Villars ofrece, con un alma desgarrada, un cariño inmortal.

Pero es el hecho que Bolívar se marcha de Madrid, y dejando atrás la parda llanura castellana, desolada como sus pensamientos y los villorrios inmóviles, penetró en el vergel de Francia. Pero acaso al volver la vista para despedirse de España, cual de la propia amada, divisó, en la polvareda del camino, la imagen fúlgida de María Teresa, que, alzándose de la tumba, sonreía y lloraba como si conociera la inconstancia del humano corazón.

¿Cuál fue el secreto que Rodríguez dijo al oído de su alumno? Que le había conservado íntegro un cuantioso legado y podía disponer de una inmensa fortuna para llevar una fastuosa existencia. ¿Cuál fue el consejo del original maestro? Que con ese oro debía satisfacer todos los caprichos de la imaginación y de los sentidos.

Si es de admirar la pulcritud del depositario de la herencia, quizás nuestra ética corriente no aplauda el método para despertar de su mortal letargo al joven Simón. Pero el sutil Rodríguez, lector de Condillac y sin duda de Gracián y los casuistas, conocía el complicado mecanismo de los sentimientos, que una mano diestra puede conducir hábilmente por los senderos sembrados con las rosas de la vida y que no exige de nuestras debilidades la contrición de la empinada sierra de las místicas virtudes. Además, el nuevo Rousseau conocía de antiguo el temperamento de su Emilio.

No tardó pues, Bolívar en acogerse al regocijado sistema del maestro, y, entregado al vértigo de París, se dejó arrebatado por sus encantos y fiestas, como antes por el candoroso amor de María Teresa. Su rostro oliváceo empalideció en las locuras del libertinaje y sus ojos brillaban con fiebre insólita. En una noche de juego pierde cuatro mil libras. Su voz sonora y aguda vibra en los desórdenes. Fue el elegante de las galerías del Palacio Real, donde Camilo cortó de los árboles la escarapela verde, en el cálido mediodía revolucionario. El sombrero que ideó, y que aún lleva su nombre fue orgullo de petimetres. ¡Cuántas veces le debió de sorprender la sombra de María Teresa a los pies de Venus! ¡Cuántas la apartaría, con una copa de champaña, en su alcoba de la calle Vivienne, donde colgaba el retrato de la novia, con sus bucles castaños y su basquiña de seda, y que tal vez copió más tarde sobre el marfil Juan Bautista Ugalde, el gran miniaturista caraqueño y bohemio de Madrid.

Sucedía a la postración patética la exaltación dionisiaca. Y ya apuntaba con el naciente bozo, el Don Juan que nombraría las

nueve musas de Caracas a sus primas las fascinantes Aristeiguetas, el amante de Manuelita, la bella ecuatoriana; el que, prisionero en la guirnalda que con sus brazos le formaban preciosas doncellas, en la dorada Lima, se declaraba, con viril galantería, indigno de besar el suelo que pisaban las diosas peruanas.

Fanny de Villars era su prima, y además hermosa y siempre fue tentación del joven la hermosura de sus primas. Fanny, a quien nombraba Teresa, acaso para así concordar un nuevo amor con otro antiguo, ponderaba a Simón, que en sus salones derrochaba su espíritu y sus gracias, fingiendo una pasión a lo Saint Pierre por Julia. Pero en verdad más se parecía Bolívar a un personaje de Stendhal que el sensible enamorado de *La nueva Eloísa*.

Eran los días festivos y heroicos del Consulado, y en los salones de Fanny de Villars conoció Bolívar a madame de Recamier y a Talma, y a políticos y a intrigantes que habían sobrevivido al Terror. Madame de Villars, más dueña de sus sentimientos que su primo, como suele ocurrir con las mujeres que son nuestras contemporáneas, sobre todo en la juventud, detenía los ímpetus de Simón ofreciéndose sólo como su confidente, que lo fue con delicadeza, y su consejera pues no obstante sus veintiocho años, poseía reposada inteligencia para contener los extravíos del primo, entre fáciles devaneos. Así le escribe a Rodríguez que desde Viena vuela a París a morigerar al discípulo, que había tomado demasiado al pie de la letra su sistema de olvido de un amor desgraciado, al decirle: diviértete, no pierdas fiesta ni espectáculo, goza de la juventud y del oro.

Pero llegó Rodríguez, por suerte, cuando ya declinaba en Bolívar la sed de placeres, que al colmarse produce tanta fatiga como la tristeza deprimente, Bolívar está, o por lo menos lo aparenta, hastiado de la existencia que llevaba. Y confía a Fanny, y es de creerse que también a su maestro, su estado de ánimo desencantado. No he recogido sino hastío, dícelo a Fanny, al visitar las grandes ciudades y en ninguna parte he encontrado una vida que me convenga, que sacie la ansiedad que me atormenta. No estaba preparado a la riqueza, añade para resistir sus seducciones; los placeres me han cautivado, pero no largo tiempo; la embriaguez era corta, pues confinaba con el disgusto. Y como para justificar ante sí mismo y los demás las debilidades de su carne, como solemos hacerlo en casos semejantes, asegura que somos los juguetes de la Fortuna, divinidad que

conduce al Universo, y es madre de nuestros vicios y virtudes. Cito textualmente sus palabras, y del mismo modo éstas, que podrían grabarse en el pórtico del tercero y próximo período de su aprendizaje: “Si la suerte no se hubiera interpuesto en mi camino habría reivindicado la gloria por mi solo culto, y como único fin de la vida ser un apasionado de la libertad”.

En años futuros, en los que la gloria lo coronó, y era paladín de la libertad, recordaba, junto con las bellas y las canciones de París, su época de disolución, de licencias y de prodigalidades. Y fue aquella la segunda estación sentimental de Simón Bolívar, en París, cuando, según acostumbraba repetir, perdía la cabeza a la sola presencia de los placeres.

### **Tercera estación sentimental**

Como para destacar las líneas fundamentales y despejar la atmósfera de cada una de las estaciones que llamo sentimentales, en el alma del joven americano, de propósito elimino datos que una estricta historia reclamaría. Porque desde niño, en Caracas y en Madrid y en París y hasta el momento en que le vemos en Roma otros factores que los apuntados en esta narración se alaban en el espíritu de Bolívar, que, si más rico en sentimientos e idea que el de la gran mayoría de los hombres era parecido al de sus semejantes en la posibilidad de contener simultáneamente la desconcertante variedad de emociones que constituyen nuestra rama psíquica. El alma humana es corriente continua y no agua empozada, y está formada, en casi todos sus instantes, más por matices, que a veces se armonizan y otros se contradicen, que por un color uniforme; más por complicadísimos arabescos que por rígidos planos geométricos. Está tejida nuestra psique con tan infinita cantidad de hilos, que ni aun cuando nuestros propios ojos se vuelvan a la profundidad de la conciencia pueden contarlos. Conocemos de los demás su apariencia física y apenas su contorno espiritual más descollante que nos sirve, y con frecuencia erróneamente, para formarnos un concepto a menudo superficial de ellos. Conocer íntegramente a los demás es tan difícil como conocernos a nosotros mismos. Os doy, pues, de acuerdo con este mi parecer, sólo una imagen sintética de la juventud de Simón Bolívar, objeto primordial de la presente lectura. Si pretendiera internarme en la totalidad de su vida, confiado en los

datos que de ella se poseen, tendría que incluir en cada uno de estos estados de ánimo, sumamente dibujados, otros factores morales que contribuyen a su posterior acción en la independencia americana. Así, cuando salió de Caracas, aun en la pubertad, ya tenía noción de los prolegómenos de la lucha, que había de ser prolongada y sangrienta, entre el orgullo de los gobernantes que la metrópoli enviaba a la Capitanía General de Venezuela, y el orgullo, herencia de buena cepa ibérica, del criollo nacido en aquel suelo, y a través de centurias, injertado en el indio aborigen y, en parte de la población, con el ébano del infeliz esclavo africano. Lucha a veces cruenta, que con frecuencia ponía pánico en la ciudad, que tiene una cruz y un león rampante en su escudo. Más tarde cuando Bolívar vino a Madrid, pudo darse cuenta de la decadencia del poderío real, y hasta se tiene noticia de que alguna rebeldía suya, contra autoridades públicas, motivó su temporal destierro de la Corte. Cuando viudo, de regreso a España, en su viaje leía a Plutarco y a Tácito y también a Voltaire y Montesquieu, en solicitud de doctrinas y fortificantes. En París trató a los que conocieron los días de la Bastilla y de la Convención, y el sabio Humboldt le mostró el panorama del Nuevo Mundo como asiento de una libertad comparable a su naturaleza. Además Simón Rodríguez en medio de sus desarreglos, cultivó las inclinaciones de Bolívar, como un árbol que al crecer extendería sus brazos desde el Orinoco caudaloso a las cimas del Potosí.

A las influencias que el ambiente natal, las lecturas, los contactos mundanos, la tradición oral, conservada en el hogar paterno, tuvieron en las ideas de Bolívar, en su adolescencia, juventud, durante su formidable actividad militar, y luego como presidente de la Gran Colombia, constituida por Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, supremo Magistrado del Perú y Fundador de Bolivia, a esas influencias hasta cierto punto externas, para explicarse mejor su actitud revolucionaria, habría que añadir los gérmenes depositados en lo más hondo de su memoria subconsciente, en aquella región del Yo, por lo regular oscura e incógnita para nosotros mismos.

Se ha escrito y repetido que nuestra guerra de independencia fue una guerra civil, feroz cual ocurre entre hermanos separados por distintos principios. Si se acepta como lógica esa interpretación de nuestra historia, fue aún más civil esta contienda en la propia alma de Bolívar, porque en su herencia ancestral y subconsciente, escuchaba

como voces de ultratumba, las de los abuelos vizcaínos que combatieron en defensa de los fueros locales y se revelaron contra los obispos, antes de que el primer Bolívar pisara la Tierra Firme, en el siglo XVI. De ese modo juzgada nuestra emancipación fue una guerra civil, en efecto, no contra España de los reinos autónomos, durante centralizados por la exótica dominación de los Austrias. Como los vascos mantenedores de sus fueros, y los comuneros de Castilla en territorio español, Bolívar libraba sus combates, en territorios americanos, por parecidos motivos de libertades regionales, pero renovadas según el ideario de la época, y la agitación y descontento en que se encontraban las provincias de Ultramar, sobre todo después que los ejércitos napoleónicos invadieron la Península.

Pero volvamos a nuestro principal asunto. Aprovechando la crisis que atravesaba su discípulo, en su hastío de los placeres, Rodríguez lo condujo a Italia, haciendo ambos largos trayectos a pie hasta llegar a Roma. En la posada donde Rodríguez remendaba una vez más sus calzones de sabio ambulante, el alma de la ciudad imponía su majestuosa enseñanza en el alma de Bolívar, que el dolor y el placer, como estados subjetivos, sostuvieron a punto de vencer en su camino de perfección. Y se aproxima el momento en que nuestra vida, a ras de tierra, no puede seguir el vuelo de la de Bolívar, pero sí la dirección de su huella para nuestros más modestos afanes.

En un atardecer de agosto, en que el aire se impregnaba con el hálito febril de las lagunas, Simón y su maestro discurren por las riberas del Anio, la falda del monte Aventino, y ascienden a la colina donde los plebeyos juraron librarse de los patricios y de la dictadura del Senado. Siéntase en el pedestal, patinado por los siglos de rota columna caída entre la maleza, como magistralmente ha sido descrito por ilustres historiadores. En la lontananza azul esparcía su tenue oro el sol poniente, resplandecía en los arcos triunfales y en la cúpula del Vaticano, y al penetrar por los ventanales del Coliseo les daba expresión de ojos humanos que lloraran la grandeza desaparecida. Llegaba lento el crepúsculo y parpadeaban las estrellas como niños que nacieran. Evocada por sus piedras, la magnificencia romana se extendía en la imperial soledad. Y Bolívar, irguiéndose sobre el musgoso pedestal, con lírica energía, pronunció la promesa que realizó de libertar a nuestra América. Así, de pies sobre

el Monte Sacro, en el silencio sublime de Roma emergía, con serenidad apolínea, la lección de la Voluntad, triunfante. Bolívar encontraba un supremo objeto a su vida, como si sobre un terreno volcánico, en cuyo seno ardieran los fuegos, se alzara, en la paz divina del crepúsculo, el templo de Minerva.

Y en esta su tercera estación sentimental de Simón Bolívar, en Roma, su voluntad se dispone a sus días de infatigable acción, y es ya el Bolívar que, sobre los escombros de Caracas, en medio del terremoto de 1812, que los amedrentados sacerdotes declaran castigo del cielo para los conjurados contra el trono —porque las falaces ambiciones suelen hacer el cielo cómplice de sus deseos—, lanzará esta trágica imprecación, que, más que la posibilidad ilimitada de dominar las fuerzas cósmicas, es signo del máximo dinamismo de una voluntad imperiosa: “Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra la Naturaleza y la venceremos”.

\* \* \*

En el curso de este coloquio, vuestro ágil intelecto habrá deducido las consecuencias didácticas que me proponía, y así harto impertinente sería insistir en ellas.

Las direcciones espirituales que se desprenden de esta rápida excursión por los años de aprendizaje de Simón Bolívar, son las que desearía que aplicáseis a vuestro pensamiento y conducta, pues en la existencia, sin duda, pasaréis por parecidas crisis de dolores y placeres, que son comunes a nuestra especie, bien sea sin la misma intensidad y en medio de otras circunstancias. Estaciones sentimentales, por lo regular inevitables y peligrosas si la voluntad no logra superarlas: como Bolívar en el Monte Sacro.

En la edad estáis, que ya no es la mía de atender plenamente a la admonición, de uno de los maestros contemporáneos, de ejercitar todas vuestras facultades y dar sentido completo a la palabra existir...



## El anti-Rousseau español

### En la Academia Venezolana

No cesamos los hombres de buscar explicaciones a nuestros motivos de vivir. Una de ellas, y expuesta, con sutil ingenio y gracioso aplomo, la encuentro en Ramón Campos, sociólogo español, según dijéramos ahora, de a fines de siglo XVIII, casi desconocido hoy o por lo menos olvidado casi en absoluto, pues ni en las antologías ni en los anales literarios que conozco he hallado su nombre y a quien apenas menciona, muy de paso y con marcada actitud, en su ortodoxa *Historia de los heterodoxos*, D. Marcelino Menéndez Pelayo, como autor de un *Sistema de Lógica* y de *El don de la palabra en orden a las lenguas y al ejercicio del pensamiento, o Teórica de los principios y efectos del idioma posible*. El admirable polígrafo español no trae entre las obras del autor aquella que voy a hojear en vuestra benévola compañía, y que trata DE LA DESIGUALDAD PERSONAL EN LA SOCIEDAD CIVIL.

Me complacería poder siquiera leerlos regularmente algunas páginas de ese curioso infolio, desentrañando las “nuevas” ideas que hallo en sus viejas páginas, si es cierto, como Sainte-Beuve asegura, que casi todo el arte de la crítica consiste en decir bien los puntos

de comparación que no sea dado descubrir en la atenta y cariñosa lectura de un libro.

## El filósofo olvidado

Ramón Campos tuvo ocasión de ser actor y espectador, tanto de días de extraordinaria prosperidad para su país, bajo el reinado de Carlos III, como el de los de desorden e infortunio que presagiaban la abdicación y disolución. Nuestro autor murió peleando contra los franceses el año de 1808, en una de aquellas heroicas guerrillas que desorganizaban a las masas disciplinadas del invasor, mientras Godoy aconsejaba a los soberanos buscar en América las voluptuosidades que Napoleón no les dejaba gozar en Europa.

En España y sus colonias imponían la moda intelectual de entonces los enciclopedistas franceses. No estaban lejos los tiempos en que el conde de Aranda regalaba a su amigo el patriarca de Ferney deliciosos vinos, que éste declaraba haber escanciado en compañía de algunos libertinos y de más de una mujer agradable. En Caracas, traducía Andrés Bello a Voltaire, y en la Sociedad Patriótica leían a hurtadillas *El contrato social*, mientras en la Metrópoli hasta el mismo Tribunal de la Inquisición estaba contagiado de enciclopedismo, y los abates, si no sensuales, al menos sensualistas, comentaban con elogios *El ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke y la *Teoría de las sensaciones*, de Condillac.

La agilidad mental, heredada de los casuitas y los místicos, descendiendo de las cimas y reconditeces del alma a las miserias terrenales, se aplicaba vivamente a conocer y explicar las cosas del mundo.

En breve se prohibió la entrada, no sólo de libros de origen ultra-pirenaico, sino aun de los chalecos que traían bordada la palabra "Libertad", pero ya las ideas habían fructificado desde la árida meseta de Castilla hasta las frondas americanas. Es probable que la orden de Floridablanca que disponía la suspensión de las cátedras de "Derecho natural y de gentes", alcanzara a Ramón Campos, catedrático a la sazón de Física de los Reales Estudios de San Isidro, de Madrid, fundados por el gran rey Carlos III.

Lo cierto es que Campos fue perseguido a causa de sus apreciaciones juzgadas extravagantes, y que hoy mismo podrían considerarse paradójicas, porque este hombre singular filosofa con el martillo, rompiendo a golpes las opiniones corrientes, disociando

sus elementos para construir nuevos valores ideológicos. Así, concluida en 1799, su obra acerca *De la desigualdad*, estuvo inédita hasta 1823, en que la publicó en París Rodríguez Barón, quien, a manera de prólogo, dedica un corto recuerdo al compañero muerto, recomendando su fina crítica y su castizo decir.

El libro parece una réplica tardía al que con título semejante había escrito Juan Jacobo Rousseau para contestar a la cuestión propuesta en 1753 por la Academia de Dijón, de “Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres y si está autorizada por la ley natural”. Rousseau no obtuvo el premio, pero su obra produjo un efecto del que apenas hay ejemplo en la historia del pensamiento, al crear un estado de conciencia universal, que se prolonga hasta nuestros tiempos, pues casi toda la literatura romántica divulga la manera de pensar y sentir de Rousseau, y quizás algunos principios del socialismo y del anarquismo contemporáneos no sean sino una renovación de sus teorías.

Precisamente, acerca de esa obra de Rousseau le escribía su antípoda Voltaire que nunca se empleó tanto ingenio en convertirnos en animales y que su lectura incitaba a caminar a cuatro patas, lo que a su edad, añadía con aristocrática ironía, ya no le era posible. Y apunta aquel demolidor de ilusiones la observación, todavía más aplicable a nuestro tiempo que al suyo, que las guerras y otros ejemplos de las naciones civilizadas han hecho a los salvajes ponderados por Rousseau, tan perversos como a los habitantes de Europa.

Se ha resumido en este apotegma la afirmación trascendental de Juan Jacobo: la desigualdad está reprobada por la Naturaleza, pues los hombres en su estado natural son iguales y buenos; es la sociedad quien los ha corrompido. Situado en la antípoda de ese parecer, intenta probar Campos que las distinciones entre los hombres son la máquina que la Naturaleza emplea para cultivar y mejorar la especie. En síntesis, Rousseau dice: El hombre es bueno, y la sociedad lo hace malo; Campos replica: El hombre es malo, y la sociedad lo hace bueno.

Entre otros motivos, uno de origen psicológico, hará siempre popular y simpático a la mayoría el concepto de Juan Jacobo: nuestro íntimo egoísmo tiene en él un poderoso instrumento para descargar sobre el prójimo las propias imperfecciones. Como para cada uno la sociedad empieza donde termina nuestra persona, para cada uno

son los demás los únicos causantes de nuestros extravíos y defectos. Si establecemos una regla para medir las máculas que hallamos en una colectividad o en la familia humana, inmediatamente, por lo común, se cree cada cual excepción de esa regla, de tal modo, que, generalizando la excepción, llegamos a convertir a la sociedad en algo abstracto o incorpóreo. Se necesitaría una profunda introspección, un valeroso examen de sí mismo, para modificar ese error y acaso la gloria de Juan Jacobo se extienda especialmente sobre nuestras debilidades y sobre la falta de meditación acerca del móvil interno y verdadero de nuestras acciones.

### **Natura eterna**

Desde luego, consecuente con sus premisas, Juan Jacobo no vacila en asegurar que habríamos evitado la mayor parte de nuestros males al conservar la manera de vivir solitaria que nos estaba prescrita por la Naturaleza; mientras Campos afirma que ésta nos empuja hacia nuestros semejantes y que el hombre es un animal que huye de la soledad.

De la Naturaleza podemos recoger toda especie de lecciones, según nuestro entender y capricho; así, no es extraño que, creyendo obedecerle, vivamos en completa contradicción. Llenos de misterios son los designios de la Esfinge que a un tiempo nos alimenta, nos lleva en sus brazos y nos confunde en su seno, y de la cual nosotros mismos somos fragmentos semiconscientes.

Es curioso, por lo demás, que la acepción restringida que en el lenguaje vulgar damos a ciertos aspectos “naturales”, como el mar, las montañas, los ríos, los árboles, haya llegado a invadir el lenguaje científico y filosófico trastornado y confundiendo al fin el sentido exacto de la palabra Naturaleza, cuya soberana significación es la del conjunto total de las energías, las manifestaciones y los fenómenos cósmicos. Se habla de estar fuera o dentro de las leyes naturales, de someterse u oponerse a ellas como si dependiera de nuestra voluntad escapar un instante siquiera a su maravilloso poder, como si existiera algo exceptuado a su dominio infinito. Hasta cuando con arrogancia pensamos desobedecer a la Naturaleza estamos trabajando de acuerdo con ella, y nuestras nimias rebeldías son un acto de sumisión, según lo proclama el olímpico Goethe.

## Ciudades y campos

Sin duda, lo que Juan Jacobo quiere es la vida simple y campesina, y nuestro don Ramón, la vida intensa de las ciudades. Es la digresión que éste dedica en su libro a ponderar las excelencias de la ciudad, la emprende duramente contra los poetas, de quienes dice que, por carecer de dinero suficiente para exhibirse con lujo alaban la rustiquez y los encantos de la existencia campesina. Todo lo que huele a aquella “naturaleza”, amada de Juan Jacobo, el lago sereno, la trémula hierba, la musgosa encina, enfurece a don Ramón y le arranca acres burlas y gritos furiosos. De Virgilio, a causa de sus églogas, escribe que no reflexiona lo que pone en verso; en el paisaje rústico no ve sino deformidades; le estorba el caramillo del pastor, el balido de la oveja, el canto matinal del gallo; el labrador no es para él sino la máquina de trabajo que arranca al suelo lo que el elegante ciudadano consume muellemente en doradas porcelanas y cristalinias copas. La ciudad es para Ramón Campos el compendio de todos los regocijos y comodidades, el paraíso terrenal.

Su carencia de amor por los panoramas agrarios, por el contacto directo del hombre con la tierra desnuda y generosa, no es caso excepcional entre los espíritus españoles. Es en nuestros días cuando en España la sensibilidad de escritores, pintores y pensadores se abre hacia la contemplación del paisaje y sus fuerzas fecundas. El delicioso canto bucólico de Garcilaso y de Luis de León es casi el único que se escuchaba, a través del siglo, en la soberbia literatura hispana. Velázquez, que supo como nadie fijar en lienzos inmortales la palidez clorótica de los reyes, la encendida carnación de los borrachos, la suntuosa taciturnidad de los terciopelos, la aérea gracia de las blondas, no tuvo la misma mirada cariñosa para el verde raso de las hojas, para la seda de los arroyos fugaces, para los prodigiosos juegos de la luz con los vegetales y las aguas. Miguel de Unamuno es de opinión que ese amor por las cosas rurales, producto a su vez de falta de sensibilidad en la raza, era motivo suficiente para explicar el atraso de la agricultura en su país.

Pero la cultura de los órganos de percepción contribuirá grande, aunque paulatinamente, a modificar la mentalidad del pueblo. La educación de los sentidos la efectúan artistas y escritores por medio de su obra, que es reflejo de un momento del mundo y la que a su vez lanza un relámpago de belleza sobre las fuentes eternas de donde

brotó, iluminando las recónditas relaciones de las cosas y de los seres, las armonías secretas y sublimes del universo visible, para elevar el nivel comprensivo del intelecto y ampliar los horizontes del alma. Ya, por el afinamiento de la sensibilidad, comenzamos a sentir no sólo lo trágico cotidiano, sino lo bello cotidiano, lo bello contemporáneo, el color, la música, la poesía de cuanto nos rodea y que constituye la esencia de lo que llamamos Modernismo, según interpreto ese mal querido vocablo que cubre tanto pobre esfuerzo y tanta estórida imitación.

Precisamente a este respecto pensaba todo lo contrario Juan Jacobo, para quien a las ciencias y las artes debemos la depravación de las costumbres, aunque más adelante asienta que aquellas nacieron de los vicios nuestros, dejándonos en conclusión sin saber si los pecados del linaje humano son causa o efecto de las artes y de las ciencias. No se limitó a propalar que la geometría es hija de la avaricia; la astronomía de la superstición; la elocuencia, del odio y la mentira; la física, de la vana curiosidad, sino que esperaba con impaciencia el instante en que los gobiernos suprimieran la imprenta, que califica de arte terrible. A la larga se retracta un tanto y parece referirse más bien al charlatanismo científico y a las falsificaciones artísticas, puesto que desea que los soberanos se rodeen de sabios; pero en el *Discurso sobre la desigualdad* escribe categóricamente la célebre frase de que el estado de reflexión es contra natura y que el hombre que medita es un animal depravado.

Se coloca Ramón Campos en el extremo opuesto, hasta asegurar que la virtud se aprende y crece con la cultura y que las cualidades morales no penetran en nosotros, no se contraen sino a la fuerza de acostumbrarse. En su admiración exclusiva por las ciudades, supone que en los villorrios y pequeños pueblos no hay casi ninguna virtud social. El acechamiento, la envidia, la murmuración, son el entretenido deporte de las escasas poblaciones, donde tres o cuatro individuos hacen figura, ponen la chispa del incendio en los vecindarios y el cisma entre sus moradores. Un par de zapatos que uno se ponga con un si es no es más de punta en un lugar pobre, exclama graciosamente don Ramón, y ya está levantado el lugar; la mínima originalidad atrae el apodo para el que se la deja descubrir y para sus hijos. En cambio la ciudad es la paz, la libertad individual, la urbanidad. La soledad misma, a que aspiraba Juan Jacobo, es más

factible encontrarla entre una atareada muchedumbre de desconocidos ciudadanos, que entre un grupo de campesinos o en la aldea donde cada persona es el único espectáculo de sus semejantes.

Aunque recargada de manchas grises, no deja de tener un fondo de realidad, la pintura de don Ramón. La oportunidad de investigarnos mutuamente y de descubrirnos mutuamente nuestras debilidades, suele desarrollar en los pueblos nociones despectivas, nada favorables a la bondad y a la necesaria solidaridad. Muchos de los más grandes pesimistas han vivido en pequeñas poblaciones donde, como en un microcosmos, han estudiado el género humano, extrayendo de las diarias observaciones sus amargas quintaesencias. Es más fácil casi siempre pensar bien de los hombres cuando los conocemos menos. El todo ascético, la reclusión voluntaria, es tal vez un medio de elevar nuestros conceptos con relación a la especie y de reconciliarnos con el prójimo. “Cuántas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre”, escribe el autor de la *Imitación*, al aconsejarnos la soledad y el silencio.

## Fémina

El anti-Rousseau, que es Ramón Campos, tenía que quedar frente a frente a su adversario al tocar el tema del amor sexual en sus relaciones con la civilización. El dechado de Juan Jacobo sobre el particular son los caribes de Venezuela, que en varias ocasiones trae como ejemplo de una idílica nación. El tránsito del amor físico, sin preferencia por determinada mujer, el amor selectivo, que fija el deseo en un solo ser y toma en cuenta, además de la belleza, las condiciones morales del objeto preferido, se le antoja a Rousseau el comienzo de nuestra decadencia, es tanto marca para Campos la primera etapa evolutiva de la especie.

Los celos, funestos, según Juan Jacobo, son para Campos una maravillosa máquina de perfeccionamiento en los amores, porque obligan al hombre a vivir con la mujer, a fin de vigilarla, más de cerca, enfrena la sensualidad masculina y robustece el vínculo matrimonial. Don Ramón señala en la mujer una sensibilidad inferior a la nuestra, y, por consiguiente, una útil superioridad sobre nosotros. La efervescencia imaginativa, la pasión soñadora y audaz, las veleidades que les atribuimos a ellas, que son, por lo regular, reflexivas y prácticas, están en nuestro inconstante corazón, en nuestra

cabeza propensa al frenesí. Muchos de los defectos y condiciones que vemos en ellas son casi siempre los nuestros reflejados, cual en una clara fuente de jardín, en la dama de nuestros pensamientos. La cristalización amorosa, es mucho más lenta, aunque más duradera, en la mujer que en el hombre. La mujer novelesca y romántica es quizás una invención del hombre y si existe es porque tal vez la hemos contagiado. Disipa Campos con fina malicia la ilusión de que las impresionamos como ellas a nosotros, suponiéndolas igual imaginación, y cree que si las mujeres tuvieran nuestro mismo temperamento apasionado, el mundo sería una casa de orates que, después de un erótico desorden, habrían dado al traste con la sociedad.

La cultura moraliza al hombre porque, afinando el gusto y el sentimiento de la belleza, recoge los disgregados deseos y los dirige domesticados en el sentido que place al depurado ideal femenino. Al no tener entonces que mantenerse sin cesar a la defensiva, la mujer adquiere nuevas gracias y va prescindiendo de aquel recato cerril indispensable, según don Ramón, para su defensa en la guerra de los sexos, cuando la nacionalidad es rudimentaria.

### **Ricos y pobres**

En nada encuentra Campos la igualdad que Rousseau creyó en la naturaleza; pero si Rousseau es un retrógrado que, sin embargo, contribuyó a producir una Revolución, Campos es un conservador a quien le parecen perfectamente justas las desigualdades existentes y quien pretende desquiciar, con repetidos martillazos, el jugoso aforismo político de que todo movimiento nacional es, en último resultado, el choque de la igualdad civil contra los privilegios artificiales.

Durísimo es cuando se empeña en justificar por útil a la desigualdad entre el pobre y el rico. Si la pobreza, dice, nos produjera una compasión seria, compartiríamos nuestro pan con el que no lo tiene y no habría pobres o habría un nivel general de pobreza. El no dejarnos herir hondamente por el dolor del que carece de lo indispensable, obliga a éste a trabajar para procurárselo. Nuestra falta de piedad es un móvil económico, un estímulo para la consecución de la riqueza. Adquirido el bienestar, modificamos el traje, que a su vez nos sujeta a adoptar maneras más distinguidas; las costumbres se hacen más blandas y más benévolo el carácter con el lujo, vehículo de una cultura obtenida de afuera para adentro, según nuestro

deslenguado autor, quien no se detiene en suavizar los argumentos con que cimienta su férreo sistema. Así, aprecia como una desgracia para la humanidad que fuera posible prolongar el período de la vida, porque, a su entender, los ancianos, en quienes no halla sino orgullo y vanidad de mando, son una rémora de la civilización. La filantrópica utopía de los biólogos modernos, que sueñan que nuestros años puedan extenderse lozanos y venerables hasta avanzada edad, habría encolerizado a Campos, quien despiadadamente escribe que para el adelanto de la sociedad el mejor modo es quitar del medio a aquellos antiguos ascendientes que serían por fuerza los obstinados e inviolables caudillos de la familia.

### Viejos y jóvenes

A mi juicio, el retrato de los ancianos está adrede sombríamente ejecutado por Ramón Campos, para hacer resaltar en pleno sol dorado el de la juventud. Carece de medias tintas y matices complementarios. La benevolencia, el afable trato, la sana alegría, no son patrimonio ni peculiaridad únicos de la juventud. A veces, la amplitud del sentido crítico, que la edad aguza pone amable sonrisa de tolerancia en los labios del anciano, en tanto el ímpetu de la fogosa adolescencia la arrastra atropellada y ciega con el hermoso brío de un corcel a escape. No todos los jóvenes ni todos los ancianos son como Campos los presenta.

Además, para el equilibrio de la vida se necesita que las energías renovadoras, representadas por la juventud, sean moderadas por las de conservación, que la ancianidad simboliza; tal un río que devastaría las sementeras si el cauce no le trazara una dirección y las riberas no detuvieran la potencia de su caudal. Es el anciano un eslabón en la vasta cadena de la raza, el depósito de la tradición más cercana a nosotros, el pasado más al alcance de nuestros ojos. Un pueblo sin ancianos vacilaría en medio de los mayores extravíos, como un pueblo sin juventud se petrificaría con la mirada fija en el polvo, de los Ídolos muertos. En *El jardín de Berenice* se escuchan estas palabras, atribuidas a un viejo maestro, que recuerdan las que se oían bajo los rumorosos plátanos de Academo: “Negar muchas cosas a los veinte años es signo de fecundidad. Si nuestra juventud aprobase todo lo que sus predecesores edificaron, reconocería así de modo implicado la inutilidad de su venida al mundo”.

Que los ancianos sean dignos de ser venerados, es cuanto puede exigirle la juventud; que siquiera en su fantasía hagan posible la visión de Simón Bolívar: aquel Areópago de nobles cabezas blancas, ceñidas de laureles, sentada en hemiciclo, bajo el sereno busto de la República, contemplando a sus pies la juventud coronada de rosas y dictando las leyes que hacen más espléndida y armoniosa la fiesta de la primavera.

## Analogías

El libro de Campos excita a pensar, a discutir y a contradecir; no es de esos en que una idea endeble se retuerce, se entretiene en los arabescos del estilo y se alarga y adelgaza como un rubio cordón de miel a través de innumerables páginas; es un nutrido semillero donde a cada paso encontramos el germen “novedades” que con gran ruido y pompa han hecho resonar después otros autores más afortunados. A medida que lo hojeamos, crece la sorpresa de que ni el mismo sutil y erudito Juan Valera, mencione a Campos entre los filósofos olvidados por la Biblioteca Rivadeneyra, donde no luciría mal cerca de los que han enriquecido la literatura española.

Veamos unas tantas de esas analogías que he creído y ha estado a mi alcance divisar. De Schopenhauer tiene Campos la misantropía resignada, aunque no el humor elocuente y sarcástico con que la vela. Hasta usa Schopenhauer términos iguales a los de Campos para designar el concepto de la filosofía determinista, como aquel de “la voluntad de la naturaleza” con que ambos expresan el papel subordinado del hombre movido cual una frágil pluma en el vértigo del Cosmos. Ambos anulan la personalidad, para entregar el régimen estupendo de la existencia al Genio de la Especie, devorador de individualidades. Párrafos hay en ese libro que se dirían escritos por el propio Schopenhauer, como este para no citar otros: “Así como en una comunidad los estatutos bien arreglados no se dirigen ni pueden dirigirse a la conveniencia de cada individuo tomado aparte, sino al bien del conjunto de ellos, así también las miras naturales en la organización e instintos del hombre, no deben medirse por la conveniencia del individuo, sino cuando más por la conveniencia de la especie”; y agrega que si dice cuando más, es porque no sabemos todavía si nuestra especie no es acaso subalterna de otras especies.

En esta vertiginosa carrera del hombre sólo el instinto conoce el secreto de la especie, porque la razón, según Campos, tiene únicamente la función subalterna de ver y calcular los movimientos del instinto. La razón es una antorcha que, en lo alto de nuestra frente, apenas nos sirve para iluminar la tenebrosa ruta por donde nos arrastran las profundas y desconocidas potencias subconscientes. Más que un racionalista, es Ramón Campos un “instintivista”. Sus opiniones sobre el Estado, la sociedad, la mujer, tienen también marcada similitud con las de Schopenhauer. Para los dos, el amor es una treta, del Genio de la Especie en su sed insaciable de eternidad.

El poeta inglés, que entre sonrisas y elegancias se rodeó de difamación y fue sorprendido por la tragedia, no conocía, sin duda, el capítulo que Ramón Campos escribió sobre la *Decadencia de la ingenuidad*, y, no obstante, su paradójico diálogo sobre la *Decadencia de la mentira* parece por momentos una glosa de aquellas páginas inmoralistas. El peligroso humorismo de Oscar Wilde se complacía en sostener que la mentira es producto de la cultura y un arte hoy en decrepitud, pues hasta los políticos y los periodistas por falta de imaginación inventiva, hablan la verdad aun sin querer. Con meditado cinismo asienta Campos cosas semejantes. Desenfadadamente aprueba la cicuta dada a Sócrates, merecida a causa de su sistemática ingenuidad, ocupada en marchitar la felicidad de todo aquel a quien encontraba en la calle y a quien expresaba cuanto se le ocurría. Porque, afirma Campos, no puede exigir acatamiento quien hace o dice lo que siente con gran disgusto de los circunstantes. Siquiera, la censura que se nos clava por la espalda indica cierto respeto por nuestra persona. No mentar la soga en casa del ahorcado es refrán extraído de rancia experiencia y siempre oportuno. Las verdades generalizadas no tienen el vigor agresivo de las que se nos lanzan directamente y pocos nos damos por aludidos en el sermón o en la filípica. La urbanidad, flor artificial de la civilización, corrige la ingenuidad, depura y adorna los primitivos arranques de franqueza y crea la etiqueta y el decoro. Reportándonos y conteniendo nuestros ingenuos ímpetus de franqueza, logramos subyugar los apetitos, hasta hacer espontánea la cortesía. La ingenuidad tiene por base el egoísmo, y cuando ésta decae es porque el egoísmo se suaviza y la sociedad se disciplina y consolida. Y Campos termina asegurando, después de muy ingeniosas digresiones, que la naturaleza dirige

esta transformación y que la historia del estilo es la historia del buen tono y de la decadencia de la ingenuidad.

Dos son las claves en que Campos apoya todo el edificio de la vida. Esas claves son dos flujos o manías, así las llama, que sostienen y combinan todas las operaciones de la existencia, hasta que caemos exánimes en la barca que nos conduce por el sombrío océano de la muerte; el flujo porque nos hagan caso y el flujo por armonizar.

No pensó jamás Federico Nietzsche que un oscuro catedrático español del siglo XVII pudiera contarse entre los ignorados precursores de la idea madre con que el formidable destructor creía echar por tierra los antiguos valores e iniciar la reforma intelectual del mundo, pues el flujo porque nos hagan caso, piedra angular del sistema de Ramón Campos, es en el fondo la “voluntad de dominar”, de ser cada uno progresivamente más fuerte, condición que el supremo pensador alemán coloca como principio y fin de la vida.

Niega el cantor de Zaratustra que sea la aspiración al placer el único móvil y objeto de nuestros actos, porque lo que se opone a nuestra dicha, lo que contraría nuestras tendencias, provoca en nosotros el deseo irrefrenable de vencerlo, de ejercer nuestro poderío, sin tomar en cuenta los sentimientos de disgusto o de dolor que ello nos produzca. La voluntad de dominio es más inmisericorde que la lucha por la existencia, pues revela que si ésta puede detenerse al satisfacer la necesidad de existir, la otra es limitada y de una voracidad insaciable. Todo aspira a elevarse aun a riesgo de perecer; aun el mediocre aspira a dejar de serlo y a hacer predominar su callada ambición o su secreta aptitud. Los árboles de una floresta virgen luchan entre sí, no por su felicidad, sino para convertirse en centros de fuerza. Así los hombres, según Campos. El flujo porque nos hagan caso es el arranque innato a llamar la atención sobre nosotros, a imponernos y a dominar. Por eso llora el niño y piensa el hombre; por eso queremos ser héroes, santos o sabios; por eso somos orgullosos o presentamos el ejemplo de nuestra humildad; por eso, escribe Campos, “hay muchas apariencias de que el don de la palabra proceda del flujo por tener quien nos atienda y nos acompañe en las sensaciones y pensamientos, o de que el romper en hablar de los niños es efecto de una inquietud y como esfuerzo central por traer al compás de su exterior el exterior de los otros hombres”.

Cada edad, cada clase, cada categoría, usa los medios apropiados para llamar la atención sobre sí: el anciano, con su mesurado decir y proceder, sus canas, con que pregona experiencia y superioridad; el joven, con sus libres gestos y su fiebre de renovación; el rico, con el rumor de su coche; el pobre, con sus ayes lastimeros; el poeta, al publicar sus penas; el filósofo, al ocultarlas.

El flujo porque nos hagan caso, que exalta la voluntad tiránica del individuo, sería fatal para la especie si no estuviera hábilmente limitado por el flujo por armonizar, por igualarnos a los demás. Este flujo o manía lo expone Campos con razones en extremo parecidas a las que emplean el admirado sociólogo alemán Jorge Simmel, y el insigne sociólogo francés Gabriel Tarde, quienes también supusieron haber descubierto inéditos puntos de vista para explicar las relaciones humanas. No es exagerado, afirmar que la parte esencial de *Las leyes de la imitación* se encuentra ya, por lo menos esbozada, en el libro de Ramón Campos.

La imitación, cuyos variados matices psicológicos analiza Tarde en su nutrida obra, es aquel fenómeno social que propaga de un hombre a otro, recíprocamente, las ideas y sus formas hasta establecer en un momento dado una moda, tanto espiritual como exterior, que comunique especial fisonomía, por el acuerdo de todos, a un grupo, a un pueblo o a una época. El hombre puede vacilar durante algún tiempo y oponer resistencia a la imitación, a veces sostenido por residuo de heredadas imitaciones contrarias a la presente, mas en lo común es envuelto por las costumbres predominantes. Es lo que Tarde llama el duelo lógico social, en el que triunfa casi siempre el espíritu colectivo, por lo excepcional de carácter de iniciativa, que es terreno donde se producen los mártires y los precursores y apóstoles de los tiempos que están por venir.

La virtud es contagiosa como el vicio. Hay verdaderas epidemias sociales de tontería y cobardía, como las hay de espiritualidad y de valor. Se ha observado que hasta la inclinación de caminar a un mismo paso y de la misma manera obedece a este laúd de imitación. En Caracas no se va por la calle lo mismo que en New York, en Berlín o en Sevilla. Las mujeres más sensibles a la imitación, se copian con inaudita facilidad y si hay una de prestigio que se recoja la falda con singular donaire, ya tenemos una moda establecida. Después de las mujeres, los escritores son los más propensos a

imitarse. La dicción y la pronunciación se propagan por imitación, hasta formar nuevos dialectos e idiomas. La envidia de un hombre a otro o de una clase a otra es un síntoma de próxima transformación por el deseo de imitar. La imitación del superior por el inferior es la escala del perfeccionamiento.

La imitación es, pues, la regla de la sociedad, el completo éxito del conformismo general sobre la fantasía individual, o sea el flujo por armonizar, por no estar al revés de los demás de nuestro Ramón Campos.

### **Vida y misterio**

El libro de Campos refleja el pensamiento de varias civilizaciones anteriores a él y anuncia la que en sus días se preparaba; pero tiene la sequedad y el racionalismo tirado a cordel de su siglo; carece de la ternura, que es el señuelo de Juan Jacobo, la ternura que nos conduce suavemente, como Beatriz a Dante, por los secretos senderos del alma; la ternura que a veces puede encerrar en una simple frase toda la honda idealidad de un ser, como aquella de León Tolstoi, cuando, cerca de morir y loco de amor humano, pidió ser enterrado bajo el Álamo de la Pobreza, en el mismo sitio agreste donde en su niñez enterró un caballito de madera que, en su esperanza, debía resucitar el día de la completa felicidad.

Ramón Campos no pensó nunca ser olvidado, tan fácilmente, cuando se encontraba seguro de abrir el camino de la política, desconocido hasta él, según suponía, y de sentar los verdaderos preliminares del porvenir, como lo declara en la página final de su libro. Ni Atenas, ni Roma, ni el genio de los grandes siglos le merecen admiración, y sin conmiseración juzga a nuestro pobre linaje. Tuvo la inocente vanidad de creerse inmortal. Su libro es una implacable lección de física; le falta el consejo de la duda y de la delicada ironía. Su sistema es de una sencillez desesperante: el hombre cuelga de sus dos flujos o manías como un pobre juguete de dos hilos manejados por el titiritero. Pero nuestra ansia de misterio, tan natural y espontánea como la necesidad de dormir, exige una penumbra alrededor de la existencia. Si hemos creado el misterio es porque lo necesitamos, y si soñamos despiertos es porque soñar es una cosa completamente práctica para la conservación de la vida. Un mundo donde reinara perennemente el sol sería un mundo imperfecto. En

la oscuridad vemos y presentimos lo que nos oculta la esplendorosa iluminación. La noche ha creado nuevos sentidos al hombre y es probable que la belleza naciera en una perfumada tiniebla.

Libros como el de Campos, oprimidos entre una lógica sin elasticidad, evocan por contraste la embriaguez de la poesía. Salimos de ellos como el prisionero que tuerce con su dedos ensangrentados los hierros de su cárcel, salta el muro de negras piedras, se lanza fugaz a la libre pradera olorosa, hunde el rostro en la hierba que exhala el aliento de la tierra, y después, sitibundo, tendido junto a la fuente que refleja el azul nocturno salpicado de oro, en el agua profunda bebe estrellas.



## Revolución y evolución literaria

### Decadentismo y americanismo

(Notas en el *Mercure de France*)

Hay actualmente en América un movimiento literario sobre el que caen crueles sátiras y al que críticos celosos y malhumorados tratan de detener en nombre de la tradición y del buen sentido. Por un momento se creyó pasajera nube de verano, mera cuestión de moda; pero se generaliza y persiste demasiado para creerlo. Efímeras revistas que mueren, faltas de lectores, entre espasmos líricos; adolescentes que cuentan sus ensueños en poemas vagarosos, en prosas complicadas, y esto, no uno ni en una sola nación, sino muchísimos y en todo el continente.

Se atribuye a la moda, a la moda que nos viene de París, junto con las corbatas y los figurines de trajes; pero, aun así, podría argüirse que una moda extranjera que se acepta y se aclimata es porque encuentra terreno propio, porque corresponde a un estado individual o social y porque satisface un gusto “que ya existía” virtualmente. Hasta los nuevos modelos de vestidos y los colores en boga son determinados por el ambiente de ideas y sentimientos de una época; ¿y no ha de serlo la literatura? Si se aclaran o se oscurecen los tintes

de las telas, es de acuerdo con la estación del año; cada vaivén de la moda indica una variación en el termómetro social; también las maneras de pensar y de escribir están sometidas a la temperatura moral. Si París impone hoy sus modas, es porque satisfacen íntimas afinidades de los pueblos que las adoptan; cambien esas afinidades y entonces nos vendrán de Londres o de Nueva York las ideas y los patrones de modistas, hasta que nosotros podamos exportarlos.

Ahora con llamar a otro “decadente”, ya se cree quien tal epíteto lance persona docta y muy a plomo sobre sus dos pies. Y lo peor es que casi todos los que así hablan no dejan de dar su golpe de piqueta al antiguo edificio o de poner una piedra para la nueva Babel; digo Babel, por su altura, que no por su confusión, pues si ésta llega a producirse, es quizás recogiendo los dialectos dispersos y mezclándolos en la lengua que han de hablar las generaciones futuras, si antes no ocurre un diluvio u otro cataclismo por el estilo. Ahora por ejemplo, si alguien llamara al ave “ramillete con alas” sentaría plaza de “decadente” y de “simbolista” y esto lo escribió Calderón hace qué sé yo cuántos años.

Es a los simbolistas franceses a quienes se atribuye la “funesta sugestión” y las cosas que en el mundo de las letras pasan en América. Que me perdonen si los injurio; pero yo sospecho que la mayoría de los llamados simbolistas americanos no suelen conocer a los llamados simbolistas franceses. El mismo Rubén Darío, en su libro *Azul*, que ha sido la piedra de escándalo de la escuela, no tiene nada que trascienda a simbolismo; lo que sí puede tal vez encontrarse allí es la huella de Gautier, de Mendes, de Loti, y aun de Daudet y otros realistas de su índole. Se me dirá que no hay peor ciego que el que no quiere ver; así sea; pero es la verdad que sólo en algunas páginas de sus últimos libros vislumbro la influencia “simbolista”, y eso muy disuelta en su temperamento. Para mí, a Darío le ha pasado, en esas ocasiones, como a la mujer de Lot; tanto le hablaron de la ciudad maldita, que volvió los ojos para mirarla; sus primeros pasos iban por otras rutas, pero quiso ver las regiones extrañas a las que le dijeron pertenecía; su propio nombre oriental lo excitaba a la aventura. Además, es probable que a veces le ocurriera lo que a ciertos escritores muy admirados e imitados, los cuales corren el peligro de exagerar su propia originalidad para no permanecer al mismo nivel de los que han descubierto el secreto de su estilo o de su método

ideológico. Gutiérrez Nájera, que pasa también como otro de los padres de la “decadencia americana”, más tenía de Musset y de Banville que de Mallarmé y de sus discípulos. ¿No pone el exquisito poeta, al final de su *Vestido blanco*, a Verlaine y a Eduardo Rod como escritores de una igual familia espiritual? ¡Deliciosa confusión! Martí había bebido en antiguas fuentes castellanas; Julián del Casal era un parnasiano con el alma torturada, y esto de tener un corazón triste es cosa inevitable que casi nada tiene que hacer con la retórica ni con la métrica.

En mi concepto, los simbolistas franceses han ejercido poca o ninguna influencia en América, donde son casi desconocidos; lo que se llama “decadentismo” entre nosotros no es quizás sino el romanticismo exacerbado por las imaginaciones americanas.

Veamos qué es el simbolismo. El llamado simbolismo no ha tenido nunca una estética, ni ha profesado ningún código; según uno de sus críticos, significa: individualismo en literatura, libertad del arte, abandono de las fórmulas enseñadas, personal originalidad. He aquí por cierto una fórmula bien amplia que aceptarán todos los que anhelan la sinceridad artística. Que cada uno profese una estética a su imagen y semejanza. El simbolismo no fue nunca una capilla cerrada, sino una palestra abierta, en donde se reunieron los que protestaban contra el naturalismo triunfante, “más contra sus pretensiones absolutistas, que contra sus obras”, los que “venían a reintegrar la idea en el Arte”. Hay quien se imagina que ser un simbolista es emplear los vocablos “lilial y esfumar” y ser anfibiológico y tener los ojos y los oídos tapados a la realidad; no, oigamos a Remy de Gourmont, uno de los más altos representantes de las nuevas tendencias literarias: “La observación exacta es indispensable a la refabricación artística de la vida. Aun para una figura de ensueño, un pintor está obligado a respetar la anatomía, a no hacer divagar las líneas, a no amontonar colores imposibles, a no abandonarse a perspectivas chinescas. El idealismo más desdeñoso de la realidad debe apoyarse en la exactitud relativa que es dado conocer a nuestros sentidos”. Nada menos parecido al etéreo neurótico forjado por algunos satíricos y adversarios.

Es probable que haya confusión lamentable de términos, y es lo que yo desearía que meditasen quienes estudian la vida mental en sus manifestaciones artísticas. Tal vez visto con mejores intenciones

y más comprensivamente, sea un hermoso espectáculo el que ofrecen en América algunos espíritus que afinan y cultivan su sensibilidad en medio de las más ásperas y rudas costumbres. Tal vez la nombrada “decadencia” americana no sea sino la infancia de un arte que no ha abusado del análisis, y que se complace en el color y en la novedad de las imágenes, en la gracia del ritmo, en la música de las frases, en el perfume de las palabras, y que, como los niños, ama las irisadas pompas de jabón. Habría que preguntarse si un estilo de decadencia no es más bien el estilo árido y frío, fruto de una inteligencia fatigada que abandona la belleza de las apariencias para irse como un escalpelo al corazón de las cosas.

Ha habido sin duda una revolución en la técnica; la prosa tiende a hacerse menos oratoria y más plástica, y el verso más sutil y sugestivo; martillean menos los consonantes al final de las estrofas, y el ritmo flota con más libertad en torno de la idea; suenan más los instrumentos de cuerda que los de cobre en la orquestación verbal, pero, según mi criterio, esta evolución en la técnica es paralela a una evolución sentimental; a nuevos estados de alma, nuevas formas de expresión, y si esos estados de alma son vagos y “crepusculares”, débese a hondas causas sociales, a la educación, al angustioso momento histórico cuyo aire respiramos. Por ejemplo, es más visible hoy la desproporción entre el hombre y el medio; el progreso individual de gran número de inteligencias ha sido, naturalmente, más rápido que el del medio social rebelde, en cierto modo, al perfeccionamiento armonioso; a la cultura estética ha seguido un malestar y una turbación profunda en las almas, los “retazos democráticos”, la escasez de goces intelectuales, la vulgaridad de las opiniones, hieren más profundamente las sensibilidades refinadas. De estos sí puede decirse, invirtiendo una frase célebre, que vinieron demasiado pronto a un mundo demasiado nuevo. En las ciudades más o menos incipientes de América sufre más que en las de Europa quien se eduque en una dirección artística; muchos emigran hacia centros más civilizados, otros sucumben trágicamente como Julián del Casal y José Asunción Silva, otros vulgarmente se gastan en las intrigas políticas. Es de creerse que cuando la cultura intelectual se generalice y los “casos” de hoy constituyen una fuerza, ésta tenderá a elevar el nivel social, acelerando así el progreso de la sociedad.

Se critica con razón el abuso que de los arcaísmos y neologismos se hace; pero aun en esto debe verse algo más que mera garrulería y presunción sistemática. La psicología del lenguaje forma parte de la psicología del que lo emplea. Cada autor tiene causas de simpatía por las palabras que emplea con frecuencia. Se ha observado que el poeta francés Henrique de Regnier usa más de cincuenta veces “oro” y “muerte” en uno de sus volúmenes de poesías; Maeterlinck repite “extraña” y “noche”; Verhaeren “alucinación”; nuestro gran Pérez Bonalde “siempre” y “jamás”. Cada uno de nosotros tiene esas que provisionalmente podríamos llamar mantas verbales.

Pero las palabras, con el trajín diario se gastan, y pierden por un tiempo su poder evocador; entonces renacen los arcaísmos y se crean neologismos, que por su novedad parecen aptos para provocar la sensación precisa que el autor desea despertar en el lector, puesto que todo artista es por naturaleza expansivo. El notable escritor alemán Hermann Bahr ha hecho un perspicaz análisis sobre su propio estilo, análisis que me atrevo a condensar aquí —no sería honrado apropiármelo— y que nos ilustrará acerca de la cuestión que venimos tratando.

Nuestra desgracia —dice— es que hemos crecido entre palabras sin valor propio; no teníamos a nuestro alcance sino palabras que no habíamos “vivido”, que nos parecieron usadas, y por eso buscamos otras que teníamos por nuevas. Para las cosas que “vivimos” por primera vez necesitamos también palabras que aún no habíamos pronunciado. Habíamos siempre hablado sin sentir nada, y ahora que sentíamos por primera vez, no podíamos emplear las mismas palabras de que nos servíamos cuando sentíamos nada. Verbigracia, en la escuela nos enseñaron a llamar “bellas” mil cosas antes de que hubiéramos sentido que algo era “bello”, pero cuando lo sentimos no supimos con qué palabra expresarlo, ¿nos serviríamos de la palabra “bello”, vieja y usada que habíamos pronunciado tantas veces para designar cosas indiferentes? No, no era posible; y como no encontrábamos un adjetivo suficientemente precioso, procedimos de otra manera: descomponiendo la impresión de “belleza” en todos sus pequeños momentos, denominando cada uno con un adjetivo.

En síntesis, para Bahr, como para todos los de su raza intelectual, europeos o americanos, el estilo es un reflejo de la vida interior. Más tarde, también por razones sentimentales, volvió sobre

sus pasos recogiendo las palabras despreciadas al principio. Esperábamos —escribe— que de la suma de todos esos adjetivos resultaría una definición para el conjunto de nuestra gran emoción; pero más adelante nos dimos cuenta de nuestro engaño; lo que había de “bello” en la “belleza” se perdía cuando, con tan gran número de adjetivos, lo dividíamos en sus elementos. Teníamos ante nosotros fragmentos cuando queríamos un todo completo, y así volvimos a buscar la vieja y mediocre palabra despreciada “bello” que no nos había parecido suficiente. Y al adoptarla nos sorprendimos, pues no pareció grande y potente cual ninguna. Piénsese en un hombre a quien a menudo se le ha hablado del amor, y que un día lo experimenta; al principio la palabra usada le parecerá vulgar e inventará mil términos nuevos; ninguno lo satisfará hasta que aprenda a respetar el viejo “yo te amo”, pues las palabras vuelven a ser jóvenes con tal que los labios lo sean.

Acaso esta larga y jugosa citación nos ayude a encontrar la causa del apareamiento de los neologismos y arcaísmos en el lenguaje de nuestros pseudos-decadentes. Acaso el lenguaje atravesase por una inevitable crisis para llegar a una mayor limpidez y pureza, a un estilo diáfano, como la luz blanca, que es el último resultado de la composición de los colores del prisma. Se señala igualmente como un defecto la verbosidad o ampulosidad del estilo; pero esto puede originarse, aunque parezca paradójico, de un escaso vocabulario, de un conocimiento incompleto de los tesoros del idioma; así, por ignorar el término preciso nos vemos con frecuencia obligados a construir una frase o un párrafo que lo sustituya, y vase de ese modo hinchando la forma por pobreza de lenguaje.

Existe también hoy una noble impaciencia por apresurar el advenimiento de lo que unos llaman “criollismo” y otros “americanismo”, es decir, de la cristalización estética del alma americana y su objetivación por medio del arte. Laudable ideal, que es el de casi todos nosotros los hijos del Nuevo Mundo y al que marchamos deliberadamente o indeliberadamente de años acá. Desde mi punto de observación, veo ya en nuestra literatura un “aire de familia” que la distingue no sólo de las literaturas exóticas, sino aún de la misma castellana. Hay en quienes se marca más esta diferencia, y no precisamente en los que se esfuerzan en ello, pues hasta en los que suponemos que rinden un culto exclusivo a las hegemonías extranjeras,

obra la energía que brota de las entrañas de las razas y del medio. Se diría que las ideas que vienen desde la vieja Europa al mundo nuevo, reciben aquí el bautismo de nuestra tierra y de nuestro sol, y que nuestro cerebro, al asimilárselas, las transforma y les da el sabor de la humanidad momentánea que representamos. El resto será labor del tiempo.

Se cree que las influencias extranjeras son un obstáculo para el americanismo; no lo pienso así, y aun me atrevería a suponer lo contrario. Seamos justos en reconocer que a las literaturas extranjeras, y en especial a la francesa, les debemos un gran afinamiento de los órganos necesarios para la interpretación de la belleza; a ellas les debemos los métodos de observación y el gusto para ordenar nuestras impresiones, según una especie de perspectiva estética. Los sentidos, como todas las fuerzas de la vida, están en perpetua evolución, y a las literaturas extranjeras les debemos en gran parte el aceleramiento de aquella. Nuestros ojos han aprendido a ver mejor, y nuestro intelecto a recoger las sensaciones fugaces. Son las literaturas extranjeras algo como un viaje ideal, que nos enseña a distinguir lo que hay de peculiar en las cosas que nos rodean y entre las cuales hemos crecido. Si nos aleja un tanto de lo vernáculo, es lo necesario para apreciar mejor sus relieves, matices y rasgos característicos; tal como hacemos con un cuadro que ha de ser visto a distancia y no con los ojos sobre la tela.

No hace mucho un puntilloso compatriota, recordaba a los nuevos escritores de América el consejo de don Andrés Bello:

Tiempo es que dejes ya la culta Europa  
y dirijas el vuelo adonde te abre  
el mundo de Colón su grande escena.

¿Pero no aprendería Andrés Bello en los clásicos griegos, latinos, españoles, ingleses y franceses a gustar la belleza de la zona tórrida?; ¿no lo iniciarían Teócrito, Horacio, Fray Luis de León, Pope, Lamartine, Delille, sobre todo, en el manejo del pincel, y no le revelarían los secretos de su mágica paleta, sin lo cual hubieran quedado inéditos los “colores mil” de nuestras selvas, ríos, aves y flores?

Adonde quiero ir con estas apuntaciones, o como se las llame, es a desear una crítica más comprensiva y benigna de las manifestaciones del arte nuevo en América. ¿Por qué ahogar con burlas y rigorismos gramaticales el despertar de un arte naciente? No niego la virtud de una crítica severa; pero prefiero una crítica tolerante que tenga el santo temor de equivocarse. Entre nosotros, la crítica implacable y dogmática es menos justificada que en los países en donde la literatura es una de las maneras de luchar por la existencia. Es sabido que escribimos como el árbol da flores, y, si se quiere, espinas, pero en fin, es para nosotros el arte una función natural del alma, tal vez un consuelo y una liberación, y nunca un cómodo sistema de acaparar monedas. El literato suele ser entre nosotros un hombre que, como cualquier otro, va a su taller o calcula sobre los libros comerciales, dedicando algunos ratos a cantar sus esperanzas y desesperaciones, quizás con algunas faltas de gramática, y que termina sus días en un consulado o en un almacén, después de saborear la gloria de ser leído por media docena de amigos en la sección recreativa de un periódico.

### **La visita maravillosa**

Poco antes de suicidarse en Bogotá, me escribió José Asunción Silva una carta que conservo entre mis viejos papeles, como preciada reliquia literaria, como precioso recuerdo del gran poeta de nuestra América española.

Nada induce, en esta epístola íntima a suponer la inminente tragedia, la rosa de sangre, que iba en breve a florecer en el corazón que, para mayor certeza mortal, se había hecho dibujar Silva en el pecho sobre la propia entraña palpitante. Por lo contrario, esa bondadosa carta al amigo que fue también su discípulo, exhala un claro optimismo, cuando yo, movido por no sé qué extraño presentimiento, me despedía de él. Schopenhauer y el autor del *Eclesiastés* le hayan perdonado el pesimismo que entonces me atribuía. En la salud moral, intelectual y aun física que esa carta revela, ni el más sutil indagador de almas podía presentir que el viajero preparaba su tenebrosa barca, rumbo a las playas del Misterio.

Cuando en la redacción de *Cosmópolis*, pequeña capilla de arte de los llamados “decadentes”, leíamos el *Nocturno*, que publicó una revista colombiana de la época, y supimos que su autor acababa de

llegar a Caracas, como secretario de la Legación de su país, nos sentimos exaltados, como acaso sólo es posible en esa edad en que parece que la vida va a consumarse en una eterna primavera. Esparcían un efluvio veranal esas estrofas que nuestra juvenil sensibilidad recogía. La música del *Nocturno*, de oro y azul oscuro, como una noche tropical, era un éxtasis suspendido en un silencio recargado de aromas.

La manera como hallamos al poeta en su cuarto —en el segundo piso del antiguo Hotel Saint-Amand— y sus palabras, de la más pura nobleza verbal, no defraudaron, como suele suceder al pretender adecuar la existencia real a la obra de la imaginación, nuestros sueños de adolescentes enloquecidos de literatura. Estaba el poeta de pies, esperándonos cordialmente, todo de negro vestido, con un jazmín en el ojal. Sobre la mesa, la llama del té iluminaba el retrato de la dulce y pálida Elvira, la hermana muerta de José Asunción, el calumniado. Los libros allí revueltos, junto con pomos de esencias, cigarrillos egipcios y pétalos marchitos, decían de las preferencias del joven maestro por los autores que inquietos solicitan nuevos sentidos a la vida, nuevos ritmos de expresión. Mis compañeros de *Cosmópolis* y yo, damos desde entonces, a aquella visita la importancia de una ascensión espiritual.

Luego que intimé con Silva, con frecuencia le esperaba en la plazuela de la universidad, donde aparecía después que el reloj de la Catedral anunciaba la medianoche a la ciudad dormida. Volvía Silva de alguna fiesta del “gran mundo”, a la que nunca fui muy aficionado y lo era en extremo su dandismo. Volvía con un rictus en la boca, con aquel desencanto que se transparenta también en las cartas a su fraternal colega Sanin Cano —como él mártir y confesor—, publicadas en una revista de Bogotá. Silva amaba, como yo, aquel antiguo sitio romántico de Caracas, la paz de aquel jardín recatado y a la vez hospitalario; amaba las torres góticas de la universidad, entre nubarrones barrocos o en el turquí veneciano del plenilunio de estío; amaba palpar el delicado encaje de las sombras de la ceiba de San Francisco, sobre las duras piedras coloniales, y respirar allí la soledad y olor conventual de la albahaca.

A veces a Chateaubriand saludamos en un restaurante vecino, famoso antaño por sus viandas, en una forma que nos hacía sonreír al pensar en la vanidad de la gloria. Pues, para el admirable cocinero

Santos, rubicundo señor de la hostería, el orgulloso vizconde de las *Memorias de ultratumba* era sólo conocido como nombre de una apetitosa tajada de carne ni siquiera sobre laureles colocada, sino sobre rusticanas hojas de lechuga. Rociada la cena con no pocas copas de vinos espumantes, a las que mi amigo achacaba su artritis, me leía José Asunción algunos de sus extraordinarios poemas y cuentos de sobremesa. No era raro que al subir la escalera del hotel nos topáramos, a esa hora, con la larga silueta de lord Middleton, seguido de su leal perro inglés, que regresaba de alguna sigilosa excursión por los suburbios de la ciudad, de hacer una limosna, que ocultaba, como un crimen, su excéntrica filantropía.

Leyendo y charlando nos sorprendía a veces la madrugada. Ya me mostraba Silva la esquelera, trazada sobre la vitela con tintas de varios colores, en la que Mallarmé le agradecía el envío de una orquídea del Ávila, complicada y hermética como sus poemas; ya me confiaba sus penas de subalterno diplomático, los absurdos caprichos a que le sometía un superior desde luego, en rango decorativo, que no remotamente sospechaba que el nombre de su secretario perduraría por siglos en las letras americanas, mientras que el suyo pronto sería olvidado en la polilla de las cancillerías.

Se embarcó José Asunción Silva para su patria en el *Amerique* que, al naufragar en las costas colombianas, entregó al furor de las olas la obra desconocida del poeta. Sin pisar la costa bienamada, en un velero retornó Silva a Caracas. Pero ya sus ojos no parecían contemplar los mismos horizontes luminosos y hasta en su traje mismo se notaba como un desasirse de las apariencias mundanales. Sus barbas, descuidadas, y su enflaquecido rostro, eran los de un asceta. En el *Amerique*, por cierto, se encontraron casualmente Silva y Gómez Carrillo, de paso éste para Guatemala. Según tuve ocasión de saberlo del uno y del otro, a quienes recogió en su bote un marinero venezolano, cuando ya se sumergía en las aguas el navío naufrago, una secreta fuerza les distanciaba a ambos. Ninguna de aquellas afinidades de carácter, que Goethe compara a las que atraen a las moléculas químicas, les aproximaba. A José Asunción le pareció demasiado "literaria" la actitud bohemia de Gómez Carrillo, con las mechas al viento, durante el cataclismo, y a mi inquieto camarada Enrique, demasiado espectral, la de Silva, con los brazos cruzados, en el puente del navío que zozobraba, mientras veía

danzar en la cima huracanada de la espuma, no a Venus Victoriosa, sino las páginas de sus manuscritos. Y acaso ambos, sin embargo, se preparaban quizá en ese momento a morir, cada uno a su modo, como hermanos en la religión de la belleza.

Por fin, poco después, logró Silva realizar su viaje a Bogotá adonde le llevaban asuntos de familia. Es de esos días la carta que evoca este recuerdo emocionado.

La noticia de su suicidio me conmovió profundamente y así lo expresé en un grito de dolor, que no otra calificación merecen las líneas que entonces consagré al maestro y compañero inolvidable.

Cuando, años más tarde, Mauricio Barrés me invitó a su casa de Neuilly, desde donde divisábamos el bosque desvanecido en el crepúsculo parisino, y más lejos entre las acacias en flor, el Pabellón de las Musas, fue “para hablar de José Asunción Silva”, a quien el autor de *Los desarraigados* consideraba como típico ejemplo de los desacuerdos sentimentales y de los peligros de una personalidad excepcional, desligada del ambiente momentáneo, y a la vez como promotor de un nuevo estado de la sensibilidad que, con sus íntimos pesares y aun con el sacrificio de su vida, prepara el advenimiento de una superior civilización.

Precisamente, José Asunción Silva, y yo, en nuestras largas veladas, solíamos discutir acerca del sistema de autoeducación preconizado por Barrés, en las tres ideologías que nombra del “Culto del Yo”. Dábamos a la palabra ideología su sentido etimológico de método que estudia los procesos mentales —como la fisiología es ciencia de la vida orgánica, y sociológica, de los fenómenos sociales—, y no el que el uso le viene atribuyendo de fuga imaginativa lejos de los dominios de la realidad. Atribuíamos los errores de interpretación de aquel sistema barresiano a la designación que empleó su autor, como título general de su obra, pues no al “culto” sino al “cultivo” del Yo es al que dedica sus ideologías. Culto del Yo denota egolatría, complacencia morosa de sí mismo, sin fines de perfección. Por el contrario, el Cultivo del Yo requiere conocimiento previo y humilde de sí mismo, a manera de riguroso examen de conciencia, de cuanto en nosotros es adventicio o inferior o que no se ajusta al plan ideal que deseamos imponer a nuestra inteligencia, para deducir de esas introspecciones, a veces implacables, las reglas

de nuestra posición íntima y las direcciones de nuestra acción en el mundo.

A través de Felipe, el héroe barresiano de las tres ideologías, buscábamos soluciones a nuestros conflictos morales. Primero es “bajo la mirada de los bárbaros” donde Felipe se halla; es decir, entre seres de una sensibilidad en discordancia con la suya, así poseyeran aquellos tanta sabiduría como los persas ante los atenienses, pues el término de “bárbaros” es aplicado por Barrés en su acepción helénica de extraño a una cultura o a una especial forma de civilización. Bárbaro era para Felipe hasta el filósofo ilustre que lo apartaba de su sendero y todo quien lo distanciase de las aspiraciones de su alma, por pertenecer a otra familia mental. En su segunda etapa ideológica, Felipe, ya desligado de las influencias de su ambiente y soberano de su espíritu, se supone “El hombre libre”. Pero es grande su soledad y la acedia de su conciencia, en la altura en que lo han colocado sus meditaciones y sus coloquios consigo mismo. Y es entonces cuando desciende a “El jardín de Berenice”, la chica cosquilleante e instintiva que lo conduce a la complacencia de entregarse a los movimientos colectivos, a los sentimientos que nos dicta el paisaje natal, a la colaboración ingenua con el alma popular.

Acaso a José Asunción Silva, después de escapar a la mirada de los bárbaros y de ser el hombre libre, le tendió la muerte su mano esquelética antes de que Berenice le sostuviera con la suya, impregnada con el aliento de la tierra maternal, y le mostrara en su jardín, rodeado de cardos y pantanos, los nuevos caminos de la vida.

## Anatolio el pirronista

Si Anatole France no se confesó al morir, lo hizo durante toda su vida, pues su obra es como una vasta confesión delicadamente comunicada a la humanidad. En novelas, críticas, poemas, nos reveló el secreto de su perenne inquietud, no muy diferente en su juventud que en su más extrema edad. A través de sus libros le vemos idéntico a sí mismo, y, desde este punto de vista, su alma aparece quizás, en su fondo de pirronismo sistemático menos tornadiza que la de Lamartine y Barrés, lo otros grandes discípulos de Ernesto Renan.

A pesar del paganismo de su sensibilidad y del sensualismo de su inteligencia, tuvo desde sus primeros años el sentimiento cristiano de la irreparable imperfección del hombre. Tan imperfectos nos consideraba, que, a su juicio, aun aspirar a establecer la virtud sobre la tierra, provoca las mayores calamidades. “Cuando se quiere que los hombres sean buenos y sabios, libres, moderados y generosos —decía—, se llega fatalmente a querer destruirlos a todos”.

Como Anatole France no profesaba culto idolátrico a la razón, si es que en ella creía, se refugió en un sonriente escepticismo, para no herir las verdades que no lograba comprender. Su ironía es la forma más fina y gentil con que tocaba las ideas, temeroso de lastimar lo que en ellas hubiera de divino o de hermoso. Disimulaba

su idealismo y su íntima amargura en un estilo reposado, de claros contornos clásicos, ajeno a todo énfasis y desesperación románticos. Su perpetua duda se originaba en una certidumbre, que nunca le abandonó, aunque parezca contradictorio; la certidumbre de que jamás podremos llegar a penetrar el insondable enigma del universo. Hizo de la piedad la hermana de la ironía, porque ella detiene el orgullo intelectual del hombre al margen de la caridad y la inclina de ese modo hacia la conmiseración de nuestra mortal naturaleza y al amor de los humildes. Su socialismo, que a algunos sorprendió, cuando tomó parte en manifestaciones bajo las banderas rojas, está en germen en su concepto, sobre la base de ternura popular y mucho antes enunciado, de que si las naciones subsisten es porque millones de seres, para vivir, se dedican silenciosamente a los oficios que, desde los altos estrados de la sociedad, son mirados como inferiores e innobles, tales las pequeñas industrias, las labores del campo, los trabajos del mar. Con esas miserias privadas, según él, se constituye lo que se llama grandeza de los pueblos.

No obstante la aristocracia de sus gustos artísticos, gustaba Anatole France, desde su juventud hasta su vejez, de discurrir por los barrios obreros, donde se siente latir el corazón de la gleba, mientras a la vez seguía la huella de los viejos filósofos, a la sombra dorada de los plátanos venerables. En todos sus libros palpita su simpatía por las vidas recoletas y humilladas. Así, prisionero de su gloria literaria, acaso sentíase avergonzado cuando, al sentarse a la mesa, ante su rica vajilla, pensaba en los que, a esa hora mordían un pan negro en los oscuros tugurios de la ciudad. Tal vez, mientras meditaba bajo el olmo de su jardín, entre cuatro Eros de mármol, se juzgaba merecedor de ser invadida su mansión señorial por las turbas famélicas, en un día de cólera popular, y arrastrados por el suelo los tapices que narraban una historia de amor. Ya muy anciano, afirmaba, con honda pesadumbre, que nuestro tiempo ofrecía señales de decadencia, como Roma en vísperas en la invasión de los bárbaros. Pero atenuaba su pesimismo, augurando que, tras el fatal cataclismo, brotaría más fuerte y puro el árbol de la justicia humana. De ese modo, sin abandonar su sonrisa desencantada, contribuía a los movimientos proletarios.

Es probable que su obra hubiera quedado reducida a breves apostillas o a cortos poemas y que habría disipado su vida en vagas

contemplaciones, si siempre alguien no hubiese ejercido una cariñosa tiranía sobre su débil voluntad, bien fuera por natural indolencia o porque también supiese vana o efímera la gloria. Sabido es que madame de Caillvet, con quien mantuvo prolongadas relaciones sentimentales con un beso o una reprimenda le ponía la pluma en la mano para obligarle a escribir, y aun le dejaba encerrado en su gabinete de trabajo, sin más golosinas que un tintero y una copa de Oporto, en tanto llenara cierto número de cuartillas; como antes el director del periódico, al que debía dar una crónica hebdomadaria, con fingida cólera, lo sentaba a su mesa de redacción para imponerle el deber que con desgana cumplía.

Pero no anduvo del todo equivocado entonces si no fue la negligencia, sino su concepto de que la fama es igualmente perecedera, lo que poco le incitaba a perpetuarse en la memoria de los pósteros, pues apenas cayó la tierra sobre su sepultura, cuando comenzó a negársele no sólo ingenio y originalidad, sino hasta el arte de producir el melodioso consuelo de una frase perfecta. Su secretario, a quien no disimulaba intimidaciones, echó a los cuatro vientos del público sus secretos amoríos, sus distracciones callejeras, sus confidenciales apreciaciones. Epígono del renanismo, su pensamiento fluctuante dio pábulo a los peores antagonismos, y ya era, para unos, un conservador de funestas tradiciones, ya para otros, el destructor sistemático de la sociedad.

Su muerte fue lenta y serena. No sabemos de su postrer pensamiento, sino por las palabras que dirigió a su compañero: "Nunca más te veré", díjole, y calló para, en el supremo desvanecimiento, balbucear como un niño: ¡mamá, mamá!, la difunta buena mujer del librero Francisco Thibault, que le tendía los brazos para recibirlo, en el delirio de su agonía.

Sin duda no deseaba para su enterramiento las suntuosas ceremonias con que se efectuó, sino acaso ser llevado en hombros, por cuatro aldeanos a un cementerio campesino, como su amigo el encantador Lemaitre, a quien le unían tantas afinidades espirituales. Pero su catafalco, cubierto de ricos brocados, se mostraba en la vía pública, a la incitante curiosidad de la multitud, como un lindo juguete de París, y en torno a sus yertos despojos se enardecían los cantos y las banderas enemigas. Y gracias que, si persistía bajo sus ojos, para siempre cerrados, la visión de la terrenal existencia, pudo

sentirse rodeado de los árboles y de los viejos libros de los malecones, frente a la pobre casa donde nació, y de jóvenes amantes, dichosos de estar juntos en esa fiesta de la muerte, y de gorriones que picoteaban las rosas de su féretro.

En el inmenso misterio que envuelve con su velo impenetrable la existencia humana, no podemos juzgar el silencio final del maestro. Aceptamos que murió como había vivido, sincero hasta tenerse a sí propio como aburrido para los demás. Pues conservaba la costumbre, según solía explicar, de decir sólo lo que pensaba y como lo pensaba. Y agregaba ingenuamente: “Tengo la esperanza de que los que me escuchan tampoco piensan sino en sí mismos”

Aunque incrédulo, era Anatole France respetuoso de las creencias de corazón profesadas. Se alababa de rendir un respeto sincero a las cosas santas, y señalaba, como una carencia del sentido de la armonía, el tratar sin piedad lo que es piadoso. En el prefacio de *Bodas corintias*, una de sus primeras obras, escribe que es pensamiento poco científico el de creer que la ciencia puede un día reemplazar a la religión, en tanto el hombre se amamante con leche de mujer.

Su única certidumbre fue la que el destino del hombre es el de estar sumido en un sueño perpetuo, como condición misma de la vida, y que la más perfecta apariencia de la vida, en este mundo ilusorio, es la ilusión de la Belleza inmortal.

## Soledades

¿Qué hubiera dicho mi austero y viejo profesor de lógica elemental, y que hallaba artificio gongorismos hasta en la *Silva a la zona tórrida*, si hubiera sorprendido a su perezoso discípulo de antaño ahora leyendo precisamente las *Soledades* de don Luis de Góngora y aún deleitándome en ellas, con motivo del tercer centenario de la muerte del grande y discutido poeta cordobés del siglo XVI, por unos comparado a Homero y por otros tildado de Príncipe de las Tinieblas?

Góngora, a mi entender, tenía una sensibilidad tan aguda y fina, que percepciones que a nosotros escapan, por disimuladas o pequeñas en los objetos, las más sutiles relaciones entre las cosas, eran acogidas por su imaginación y transformadas en metáforas primorosas, que su ingenio complicaba. Ahora, al releer las *Soledades*, con cuidado que no deja de dañar a la emoción poética, la belleza que me retiene con resplandor inefable, si no alumbra todo el contorno, para mí en sombra, sin duda por incapacidad intelectual, me permite presentir los tesoros que la mirada no logra alcanzar.

Además, poseía Góngora una erudición extraordinaria que exigiría del lector parecido esfuerzo, ya que con ella ornamenta y no pocas veces recarga su poema. La mitología, el instrumental de

muchos oficios, especialmente de los rurales y náuticos, los emblemas de la astronomía, la vida delicada de las flores, la fulgurante de los minerales y de las piedras preciosas, los animales del mar y de la selva, la arena de las playas, la menuda hierba de los campos, en todo halla motivo para las consonancias estéticas y las trasposiciones ideológicas. Su tendencia a restaurar la sintaxis latina oprime el castellano, que ya había adquirido su plenitud. La elipsis gongorina ahoga a veces el concepto. Su rima es a veces dura a nuestro oído actual, pero en otras prolonga la emoción como una suave melodía o como la luz declinante del crepúsculo. No se detiene Góngora en las apariencias sensibles, sino que desentraña sus esencias por medio de la alegoría. Su metáfora es como una revelación de la intimidad del objeto, pero la poesía que nos encanta con su hálito musical, a veces en Góngora se hace demasiado densa por exceso de contenido. La naturaleza no se le presenta desnuda, sino envuelta entre enigmáticos simbolismos. A través de sus estrofas se adivina en Góngora su concepto de la vida, más de un epicúreo que de un católico y por añadidura capellán del Rey. El goce cazando al vuelo, canta en la endecha del pescador a su amada, como un eco de los antiguos ardores de Catulo y de Propercio, mezclados con el sentimiento de la muerte.

Mira que la edad miente,  
mira que del almendro más lozano  
Parca es interior breve gusano.

Circunstancias no sólo personales sino sociales, y desde luego la atmósfera literaria del momento europeo, debieron de contribuir a que Góngora se deleitase en una forma de expresión artística que no estuviera al alcance de la gran mayoría de sus antiguos lectores, cual si así protestara contra los que, como Lope de Vega, confesaban preocuparse más del aplauso del vulgo que pagaba, que de la poesía, como ejercicio desinteresado y noble. Es una reacción antidemocrática, por decirlo así, aunque la palabra resulte anacrónica, la que a Góngora impele a usar de un verbo menos comprensible a la generalidad. Y aquí se nos ofrece el tema de la relación del estilo del escritor con su concepto de la sociedad a que pertenece. Un estilo claro suele indicar un deseo efusivo de extendida comunicación, como

fue el de Góngora en su primera época, mientras que el autor que, adrede, se hace hermético, como Góngora en su segunda manera, señala una posición de altivo apartamiento de su colectividad. No siempre, a mi juicio, el fenómeno obedece a esas causas, porque la imitación de un autor famoso, que ha descollado por la originalidad de su forma, puede influir hasta en la redacción de una gacetilla periodística, sin que el cronista tenga la deliberada intención de apartarse de sus coetáneos. El caso es frecuente en nuestra América, y he tenido la oportunidad de oírlo criticar duramente por escritores europeos, que designan como “estilo tropical” el que más bien es, muchas veces, hijo, precisamente del estilo de autores europeos que, por admirados, fueron sin tino imitados por nosotros.

Mas cierto es que, desde los orígenes de nuestras literaturas americanas, una frondosidad retórica suele invadir demasiado el dominio de las ideas y que, con frecuencia, una fantasía desmesurada, que no imaginación creadora, disimula la aridez de nuestras zonas sentimentales. Nuestra psique, que se manifiesta en esa literatura, requiere quizás tanto método interior como el propio territorio que habitamos. Hemos de abrir comunicación entre extremos de la inteligencia y del corazón que mutuamente se desconoce; roturar las regiones salvajes de nuestro ánimo y poblarlas de altos y dinámicos pensamientos, y donde crece la ortiga, que es amargura en nuestros labios, cultivar nuestro jardinillo. La política y la economía de la razón han de ser las de la voluntad generosa. La más loable obra de arte es de la de nuestra propia perfección, y uno de sus síntomas es el estilo de nuestro lenguaje literario, porque el estilo, en todas sus manifestaciones, es la flor de una civilización.

A mi entender, imitar hoy a Góngora, según recomiendan algunos poetas que se dicen modernistas, sería asfixiarnos en la gorguera del jubón y vestir las trusas y el ferreruero de su siglo. Si existe hoy, como se asegura, un retorno al clasicismo, es decir, a un más armonioso acuerdo entre el ordenado pensamiento y la limpidez de la expresión, nuestro clasicismo moderno, cual fue el de los maestros que veneramos, es pensar, sentir y escribir al compás de la sensibilidad y de la inteligencia de nuestra época. Los clásicos de antaño fueron los que tuvieron mejor la sensibilidad y la intuición de lo que les era contemporáneo y acaso más familiar. Una literatura verdaderamente nacional será así, y por esos motivos, una literatura clásica,

esto es, esto es, construida con lo que más de cerca y sinceramente nos impresiona en nuestro ambiente, sin que ello signifique empeño sistemático de limitar nuestra visión del mundo, aunque esta misma visión es condicionada por el sitio que ocupamos en el espacio y en el tiempo. Pero las literaturas nacionales son la conciencia de la modalidad y el destino de cada pueblo y cuando esas condiciones faltan o se anulan, los propósitos de tener una literatura propia son tan de “importancia” como la de cualquier producto exótico.

Mas, ya me extravió en el tupido bosque de las *Soledades* y en las mías se apaga la lámpara nocturna. Es hora de dar término a esta notícula, sin más intención que la de iniciar a releer la obra de Góngora, no para imitarla, lo que a más de imposible sería fatal, sino como gimnasia estilista con que el espíritu se adiestra a penetrar en la belleza cotidiana. Si cuanto aquí me atrevo a discurrir, con interés por nuestras letras, son viejas majaderías, téngase por escrito, según Góngora dice en un verso tenue como un suspiro

“en los anales diáfanos del viento”.

USTÁRIZ, 1927

**EL PASO ERRANTE  
APUNTES Y SENSACIONES**



## Lenguaje y emoción

Escribía admirablemente Rivarol, que la mejor historia del entendimiento humano debe resultar del conocimiento profundo del lenguaje. La palabra —dice— es la física experimental del espíritu; cada palabra es un hecho; cada frase es un análisis o una síntesis; todo libro, una revelación, más o menos amplia, del sentimiento y del pensamiento.

Desde este punto de vista, el simple estudio del adjetivo, por ejemplo, puede ser para el psicólogo un método de investigación de los estados de conciencia de determinado autor, porque el adjetivo, cuando es expresión vital y no postizo aditamento, exterioriza la emoción personal producida por el objeto en un instante dado. El adjetivo es un breve paisaje del alma, una nota de nuestra música interior. Usando términos un poquillo presuntuosos, diría que el sustantivo, que designa la sensación pura, es objetivo, mientras que el epíteto, como percepción asimilada y transformada por nuestro temperamento, es subjetivo. El adjetivo es el mundo que, al pasar a través de nosotros, toma el color y sabor de nuestra sensibilidad, y es un aspecto del cosmos, ya individualizado en nosotros.

De allí que juzgue dominados por una ilusión a los críticos e historiadores que se precian de “imparciales” o “impersonales”, a

los escritores que se creen “imposibles” o que pretenden trasladar sus visiones con frialdad de espejos, sin contar ya como van descubriendo su sensibilidad peculiar, con la sola elección de vocablos que comunican calor de humanidad al vasto silencio de la naturaleza, sin tomar en cuenta cómo, calificando sus percepciones, proyectan su imagen en el inmovible universo. Es común hacer una distinción, en demasía tajante, entre el fondo y la forma literaria, pues el estilo se alimenta con los jugos del alma, como los colores y el aroma de la flor dependen de la calidad y riqueza del suelo donde crece.

Aun sin quererlo, el hombre se descubre en sus obras y, a pesar nuestro, somos sinceros. El Yo, por más que se esconda entre velos retóricos y se disimule tras infinitas máscaras, es irrefrenable, porque es la médula del ser. Hacerlo ostensible no es siempre signo de orgullo, pues, como decía el poeta, ese Yo, acusado justamente de imperitencia en muchos casos, implica sin embargo una gran modestia, porque encierra al escritor en los límites de la estricta sinceridad.

Desde luego, no todo Yo es como el de mi dilecto y predilecto Miguel de Montaigne que desborda sobre el contorno de la humanidad, bien que, en sus incomparables *Ensayos* advierte que no se ha propuesto más fin que el doméstico y privado y que se presenta tal como se ve y le permiten sus condiciones y humores, de manera simple, y natural y ordinaria, sin estudios ni artificio. Sus introspecciones no son como las del engréido en su propia contemplación, sino que adquiere dimensiones extraordinarias en las que podemos caber los que, al asomarnos a su libro inmortal, divisamos un vasto panorama del mundo, mientras que con tolerante insinuación nos anima a hacer nuestro examen de conciencia.

## Intermitencias espirituales

Sea porque existe un desacuerdo entre el hombre y el medio, sea porque la exuberancia nos aplaste en unas regiones y la aridez nos achique en otras, sea por cualquiera otra causa, lo que parece cierto es que no amamos la naturaleza, cuando su culto no es de imitación.

El que entre nosotros mira un árbol, con cierta delectación, o una nube sonrosada, o la seda de un plumaje, merece que desdeñosamente se le califique de “poeta”. Lo que para el hombre de otros climas es emoción sana y espontánea, es para nosotros sensiblería romántica. Extasiarse con los crepúsculos o las noches de luna, aspirar en público el aroma de una violeta o acariciar el terciopelo de un tulipán, es exponerse a sentar plaza de “idealista” y de persona nada seria y circunspecta. Yo mismo estuve a punto de soltarle la risa en la blanca barba, al primer *gentleman* que vi en Londres con una encendida rosa en el ojal. Y sin embargo, cuánta delicadeza de sensibilidad no se descubre en ese detalle; en esa primera mirada al cielo antes de descender a los negocios; en el *Beautiful wether* en el *Very nice morning*, con que el inglés, desde el obrero hasta el gran señor millonario, comienza toda conversación en primavera, al sentir la caricia de la estación.

Sin embargo, nos advierte el gran Ruskin, precisamente inglés y quien hizo de la Belleza una religión, que no conviene al hombre habituarse o vivir siempre entre lo que es más bello si no quiere ser una criatura incapaz de solazarse por cosa alguna que no complazca a su refinado sentido estético y así en camino de caer en un estado de lasitud o desaliento. Acostumbrado alguien, pone por caso, a la contemplación de un bello paisaje que lo rodea, va decayendo su facultad de admirar otros paisajes ofrecidos a su visión, pero que no halagan su sensibilidad. La música más exquisita disminuye su poder emocional sobre nosotros si la oímos continuamente o sin pausas que la hagan más deseable a nuestro espíritu. No todas las horas pues, ni para todos, son propicias a las fruiciones estéticas, ni para cada uno siempre iguales en el curso de nuestra vida. En las intermitencias del espíritu podemos placernos en lo que antes nos desplazía, y hasta descubrir bellezas que no habíamos hallado sino fealdades o deformidades. Cambian nuestros gustos y emociones con la edad y otras circunstancias y aun con las modas reinantes. Lo clásico y lo romántico pueden volver a deleitarnos; lo novedoso, por serlo, nos había desconcentrado, hasta ser percibido con más finos sentidos, tal, por ejemplo, el flamante “cubismo” que ya tuvo un panegirista en el siglo XVI, el célebre arquitecto Juan de Herrera, que cita Menéndez Pelayo en una de sus magistrales obras, y quien, con argumentos metafísicos y de filosofía matemática, intenta probar que, “en todas las cosas está la figura cúbica, en lo natural como natural, en lo moral como moral”. Que no todo lo que suponemos moderno lo es en absoluto.

## Fábrica de escritores

Como si no bastara con los literatos que hay en el mundo, Antonio Albalat se propone aumentar la especie por medio de un método que expone en sus dos libros: *El arte de escribir enseñado en veinte lecciones* y *La formación del estilo por la asimilación de autores*. Títulos que hacen recordar a las incubadoras artificiales y tienden a destruir, entre otras amables leyendas, la de que el poeta nace pero no se hace.

Por fortuna, Remy de Gourmont, que cree en el escritor nato como otros en el criminal nato, escribe contra las enseñanzas de Albalat y en apoyo de los que sostienen que el verdadero escritor es un ser cuya personal conformación psíquica y aun fisiológica lo hace apto para convertir sus sensaciones y emociones en elementos artísticos, y cuyas facultades pueden ser perfeccionados, pero no creadas por la educación. Sobre la metáfora hace Gourmont muy perspicaces observaciones. En la historia del estilo, dice, la metáfora es posterior a la comparación, es una forma elemental de la imaginación visual; los que, por la constitución de su cerebro, son inaptos para crear nuevas, emplean las que están en uso y no aquellas que a veces reclaman en el lector tanta agilidad mental como el que las ha empleado, en afán de originalidad o sutileza. Así, por ejemplo y a

mi entender, el estilo llamado “oscuro” denota en quien lo acostumbra no sólo su propia modalidad literaria sino demasiada confianza en la inteligencia comprensiva que presupone en el gran público.

A mi juicio y en síntesis, más importante que el arte de escribir de este señor Albalat sería un Tratado sobre el arte de leer, un *Manual del perfecto lector*; porque, en verdad, acaso no puede haber buenos autores donde no hay buenos lectores, es decir, que sepan ver el alma del escritor tras el esqueleto de sus palabras...

## Fábrica de belleza

En mi anterior apostilla me referí brevemente al método del señor Antonio Albalat para fabricar literatos, ahora leo, en una revista extranjera, el elogio de las “Fábricas de belleza”, entre las cuales una de las más célebres es la establecida en Londres por Mrs. Fitzgeorge.

Según entiendo, esta esposa de un coronel se propone embellecer el ya de por sí bello sexo, valiéndose de procedimientos mecánicos, tales como el “engordador de carrillos”, la tira elástica “contra la doble barba, la venda contra las huellas que la meditación o el dolor dejan en la frente”, amén de otros antiguos sistemas, como el “despellejamiento de la cara para crear piel nueva y tersa”, las lociones, el masaje, las corrientes eléctricas, etc, etc. Mas, supongamos que la ciencia llegara a poner al alcance de la señora Fitzgeorge, y de las que ejercen parecidos oficios estéticos, medios y aparatos que lograran modificar, a voluntad, las líneas del cuerpo femenino, que la carne se hiciera dócil cual la cera, que los músculos cedieran al antojo de estas damas reformadoras, lo probable es que entonces en dichas fábricas se modelaría el barro humano conforme a los tipos consagrados de belleza, y que tal vez un cenáculo de viejos académicos o alguna oligarquía de jóvenes escritores, que para el caso es lo

mismo, impondría de acuerdo con sus gustos preesculturas, que el común de los mortales tendríamos que admirar y adorar.

A mi entender, bajo esa tiranía artística, el mundo sería mucho menos variado, divertido y pintoresco, porque la verdad es que no todos los hombres aman las gracias que los museos exhiben y que dogmáticos libros proclaman. Cuán certera encuentro la opinión de que la griseta, demacrada por sus hábitos, puede ser tan interesante como la Diana cazadora. La Venus de Milo, a pesar de su perfecta hermosura, no es la preferida de todos, ni tampoco la divina Gioconda de Leonardo de Vinci. Para el autor de *Las flores del mal*, alguna ligera deformación o irregularidad en el rostro de la mujer produce en el hombre la impresión de novedad y sorpresa, que, para él, es esencial y característico de la belleza.

Por lo demás, el concepto de la belleza es, sobre todo, individual, según lo vemos a diario y especialmente en la elección de los seres para la obra del amor, acto espontáneo en que se revela, por sobre toda teoría o norma plástica, la noción personal de eso indefinible que llamamos belleza. Pero es singular que, a la vez, en cada tiempo y lugar, el tipo femenino que se impone como modelo de belleza no suele ser el de clásica hermosura sino el más común o generalizado, relegando o desechando los tipos femeninos que pertenezcan a otras épocas o lugares. Diríase que hay algo más “democrático” que “aristocrático” en esta suerte de elecciones. Así, la joven magra, tan frecuente hoy en las ciudades, es el arquetipo estético de nuestros días como antaño las Venus, de carnes doradas y opulentas.

Ello es que si los ideales de la señora Fitzgeorge llegaran a triunfar definitivamente, tal vez el aburrimiento se apoderaría de nosotros, y el Supremo Artífice, que en sus misteriosos talleres no se cansa de construir moldes nuevos, burlado en sus propósitos, decretaría el fin de nuestra mísera humanidad...

## Libros viejos

La “crisis económica” hace descubrir un Caracas inédito y erudito. Pululan los vendedores ambulantes de añejos volúmenes y apolillados infolios. La venerable biblioteca del abuelo es vendida, para que los nietos puedan tener el pan de cada día. Descúbrese así una generación de lectores que fueron y que sobre las páginas ya amarillas posaron sus manos en polvo convertidas, y su pensamiento sabe Dios en qué transformado.

No puedo tocar sin un movimiento piadoso uno de esos libros olientes a polilla y a humedad, expuestos a la violenta luz de nuestro siglo. Bajo el brazo de los vendedores ambulantes va, indolentemente llevado, un fragmento del alma de los antepasados, de esa alma que ha creado en nuestro cuerpo mil deseos y apetitos nuevos. Causa de mucho de lo que pensamos y sentimos hoy, está difuso allí, en medio de estilos arcaicos y aventajados pensamientos. Una suave tranquilidad, hecha de resignación y de filosofía, aquilata nuestras agitaciones del momento, meditando que no somos sino un instante de una raza, quién sabe a qué destino reservada...

Por cincuenta céntimos he comprado un infolio de 1806, el tomo tercero de una crónica de la época de Luis XIV. En la torcida

tapa de cartón leo, velado por los años, un nombre de mujer que no quiero revelar; acaso el pobre espíritu sufriría de verse comentado por la maledicencia pública.

Este tomo se intitula *Galería erótica, los placeres, las intrigas, la corte, las voluptuosidades*. Hay en él un precioso retrato de madame de Sevigné que es un modelo de tolerancia y de galantería un poco libertina, y de la señorita de la Valliere, un delicado pastel desteñido de la querida del Rey que “prefiriendo morir a permitir se sospechara su fragilidad, se levantó, se vistió y recibió a la Reina para ir a misa” el mismo día de su alumbramiento.

No sé si estos versos son originales y correctos, pero son melancólicos como una tarde de otoño de Versalles:

*Les vous et les tu*

*L'un et l'autre est indifférent.*

*Je n'en voudrois aucun prescrire ni dépendre;*

*Le Vous me paroît plus galant;*

*Mais je trouve le Toi plus tendre.*

---

*Assembler l'Hymen et l'Amour*

*C'est mêler la nuit et le jour.*

Y este libro estuvo en las manos finas de una dama caraqueña de a principios del siglo XIX, en el tiempo de las pecheras de encaje, de las sayas, de las basquiñas, de los bucles sobre las mejillas y de los talles altos, cuando Miranda era el favorito de Catalina de Rusia, cuando Caracas dormía la siesta, a puertas cerradas, hasta la hora del chocolate.

En poder de otro *bouquiniste*, he visto también un libraco impreso en Edimburgo el año de 1822, y en el cual el editor inglés Alejandro Walker, habla, entre otras muchas cosas, de la vida y costumbres de Caracas, en aquel delicioso antaño.

El sibiritismo de nuestros abuelos, los cuales imaginamos severos y adustos, se revela bastante en la descripción que hace de la casa

de gente acomodada, los sofás de maderas primorosas y acolchonados asientos, las camas con “respaldos en los que no se ve más que oro”, con soberbias colchas de damasco y muchas almohadas llenas de plumas finas y adornadas con encajes; opulentas alfombras cubrían el piso de las salas, donde las luces de los candelabros y arañas se reflejaban en la profusión de las molduras doradas. El lujo de Caracas sorprendería a los extranjeros que nos visitaban, hasta el punto de arrancarles críticas acerbas y aun injuriosas; así al hablar de lo costoso de un traje femenino, confeccionado con blondas riquísimas y telas que valían ochocientos pesos, observa nuestro autor: “Las que se avergüenzan de publicar su pobreza con vestidos menos ricos, sufren toda especie de privaciones para rivalizar con las otras”, y agrega que las más impacientes adquirirían sus atavíos por medios pocos modestos y condescendencias “no muy arregladas”. Tal vez injustamente tenían las caraqueñas fama de coquetas y melindrosas, hasta el punto de que las señoritas de Cumaná no usaban velos ni guantes, para no confundirse con las damas de la capital.

Antes de la Revolución eran muy frecuentes los matrimonios entre niñas de doce años y jóvenes de catorce; de donde deduce Walker lo ardiente de las pasiones de este clima cálido y voluptuoso.

La ambición de un joven distinguido era ser letrado, cura o fraile; citaban por elegancia el latín de los escritos teológicos, del Nebrija o de Aristóteles. Si usaban el vestido militar lo hacían por ostentación, y la curia era para ellos un refugio de su pereza. “Todos quieren ser señores, para vivir en la ociosidad, adictos a los horribles vicios del lujo, del juego, del artificio y de la calumnia”, exclama el doctor Miguel José Sanz desde Valencia, en un discurso sobre la educación pública.

La música, la poesía, el arte de la conversación, eran muy cultivados en Caracas, pero una etiqueta demasiado puntillosa hacía a los hombres mutuamente desconfiados y solitarios. Walker admira en las mujeres la blanca tez, los negros ojos y los purpúreos labios, pero, según su estética británica, las desearía más altas y proporcionadas; deplora no poder dar detalles sobre sus “bonitos pies” pues sólo enseñan el busto en el balcón, “donde pasan la mayor parte de la vida...”

¿No es de suponerse, por todas esas insinuaciones que en el fondo de aquella vida aparentemente patriarcal, de aquella austeridad, de aquella paz conventual y rigurosa cortesía, estaban en germen todas las inquietudes de nuestra alma moderada y desordenada? ¿Sería acaso la guerra de la independencia una expulsión de “bohemianismo” espiritual, por largo tiempo sofocado y el fin convertido en loco deseo de aventuras?...

## Liturgia profana

Cuando menos este día es una fiesta para los ojos. En casi todas las ventanas ondea una bandera; sonríen los colores en el rostro macilento de las casas. La santa alegría de la luz penetra en las almas y borra por un instante el gris que las nubla. Manifestación católica que, sin embargo, despierta en los sentidos deseos más mundanos que ultra-terrestres.

Los artistas —me dice alguno— amarán siempre la pompa religiosa del Catolicismo, porque en medio de la vulgaridad contemporánea, la Iglesia ha sabido conservar la belleza de sus símbolos; traspasado el pórtico del templo del espíritu puede vivir libremente y crearse emociones lejos de la época; a la fealdad del traje moderno, oponen los sacerdotes sus mitras, sus capas pluviales, las albas de góticos encajes, la trama confusa de las casullas, en nuestros más míseros pueblos, la voz del armonium, el lirio ofrendado a la Virgen, el paño del altar, el áureo Copón, el incensario, son las únicas obras que revelan a las inteligencias rudimentarias, la existencia de algo superior a las órdenes del jefe civil y a la ley del garrote. La misa es el único espectáculo estético de nuestros apartados villorrios.

Otro menos pagano y de más edad que yo, o apegado a las formas exteriores me habla sobre la influencia moral de este día: si

todos los que han pedido al Padre Santo la consagración de nuestra República, ofreciéndole en cambio el propósito de una vida mejor en lo venidero, lo hacen sinceramente podemos esperar el comienzo de la regeneración que necesita nuestra Patria. Poniendo a un lado la cuestión de creencias, tenemos derecho a suponer que tantos esfuerzos reunidos en la mayoría católica, deben producir efectos positivos y visibles: la pacificación de los caracteres, la bondad de los corazones, los brazos que dejarán caer las armas fratricidas, la armonía colectiva, la caridad y la solidaridad social, el trabajo purificador y fecundo, eso y mucho más ha de ser el resultado de esa comunión general. Y a no ser así, los escépticos seguirán dudando del arrepentimiento y pensando en la vanidad de las apariencias. Y, suponiéndome uno de ellos, agrego, además hasta en nuestros míseros villorrios el rústico Templo es la Casa del Pueblo, es decir, el único lugar donde allí los labriegos y señores, jóvenes y ancianos, sin diferencia de colores y condiciones se unen como formando una sola familia y realizando, siquiera sea en los momentos de una fiesta de la Iglesia, el soñado ideal de libertad, igualdad y fraternidad.

Yo, por mi parte, me he entretenido en averiguar la nacionalidad de las banderas, dándome de este modo una lección objetiva sobre el cosmopolitismo de Caracas. Si no me engañan los síntomas, la bandera nacional va a estar en minoría dentro de pocos años. Caracas se internacionaliza y se hace casi el extranjero de Venezuela. Está aquí en fermentación una nueva sociedad formada con energías de otras razas; mientras el criollo politiquea, el hombre venido de remotas playas trabaja y prospera bajo la garantía de su bandera; si no levanta el vuelo, llamado por el campanario de su pueblo, sus hijos serán las esposas y las madres de los venezolanos de mañana. El problema será al encontrarse Caracas europeizada ante Venezuela aún no salida del sopor tropical.

## Selenismo

En las primeras noches de septiembre tuvimos en Caracas, entre dos semanas de copiosas lluvias, una luna absolutamente desnuda, cual si fuese la propia Diana recién salida del baño.

Es lástima que el descrédito en que han caído las personas románticas y, más que todo, el temor de ser ridículo, estén haciendo desaparecer esa deliciosa facultad de encantamiento, la inefable ternura que se apoderaba de nosotros ante la maravillosa iluminación del cielo. Sin embargo, creo que mientras haya enamorados, esos ocasionales e inconscientes poetas, la luna conservará su secular prestigio.

Puede asegurarse, sin exageración, que el culto de la luna tiene la edad del mundo; como Artemisa se la amó, como Isis se la veneró, como Hécate se le temió; y hoy mismo la Iglesia Católica acoge la luna entre sus símbolos, cuando coloca el blanco pie de María sobre el áureo disco del cuarto creciente. Ella alumbra en todas las literaturas de todos los siglos. No hay escritor, por pedestre que sea, que no haya sacado del fondo de su tintero siquiera una gota de tinta para salpicar el oro de la claridad lunar.

En las noches de plenilunio abundan los besos y las canciones, las guitarras bordonean, y hasta tarde escúchase un rumor de fiesta

callejera. Los efectos de la luna no suelen ser muy “morales” en las ciudades, y en los campos y en los cementerios su luz es infinitamente triste. El mar se agita a su influjo; los árboles le obedecen; en los manicomios es fatal; los perros ladran al verla, y se asegura que las pupilas de los gatos siguen el desarrollo y decrecimiento de sus fases.

A nosotros, pobres hijos de la Tierra, sólo nos muestra su espalda; para más felices habitantes siderales es su dulce mirar; pero bien podemos deducir cuántas locuras hará cometer en los luceros que contemplan su rostro, si en el nuestro aquella parte de su cuerpo que con desdén nos enseña, inspira tanta adoración, tantas fantasías y aventuras, y tantos versos. Acaso el rojo resplandor de Marte esté hecho con la sangre que por ella vierten nuestros belicosos hermanos del purpúreo planeta.

Entre los modernos, pocos la han amado como el autor de la *Imitación de Nuestra Señora la Luna*. En ella se encuentran los más fervientes himnos a la reina del espacio infinito y los más inesperados calificativos; tumba de Salambó, madonna y miss, bello ojo de gato, dama fatigada de las terrazas. Cuántos, como él cantaron, en todos los siglos, a aquella deidad que la única vez que se dignó bajar de su cerúleo palacio a los jardines terrenales con un beso al joven Endimión dio a luz cincuenta niñas que desde entonces ornan con sus sonrisas al mitológico Olimpo.

Tal es el esplendor de esta noche luminosa, de ajenjos verlenianos, amores y bohemia, que yo que nunca pude hacer ni un simple villancico, compadecido del amigo castigado por rebelde a la autoridad, le dediqué este pareado sentimental:

oh tú buen camarada, en tu prisión, en pena,  
no sabes que en la calle hay luna llena.

## El Paraíso de Alonso Herrán

Mi amigo Alonso Herrán padecía de neurastenia, lo cual nada tiene de extraño en los tiempos que corren; es una enfermedad vulgar, que lo mismo puede venir de una meditación desordenada en los misteriosos fines del universo, del pensamiento fijo en la belleza de una mujer, que de un fracaso en el juego o en los negocios. La neurastenia ha dejado de ser una enfermedad de poetas y filósofos, y ha perdido la distinción aristocrática de otros días.

Alonso, que creía en la inmortalidad del alma, pensaba sin cesar en lo que le esperaba después de la muerte; y como era de morigeradas costumbres, simple de espíritu y tolerante con las miserias humanas, pensaba que tan luego como cerrase los ojos a las ilusorias visiones de este mundo, el Señor le concedería el Paraíso ofrecido a los bienaventurados.

Mas, he aquí que el Infierno, descrito por los Padres de la Iglesia con tanto lujo de llamas y torturas, satisfacía por completo la imaginación de Alonso Herrán, pero no le pasaba lo mismo con el Cielo.

Sospechaba que la vida divinamente apacible de la Casa de Dios, las seráficas arpas y los coros de las etéreas vírgenes, a la larga

podrían fastidiarlo y acaso despertar en él la nostalgia de la existencia terrenal, llena de amarguras, es verdad, pero donde es posible distraerse a veces con la variedad de las ocupaciones.

Aun a riesgo de introducir gérmes de incredulidad en su conciencia de cristiano, leyó el Corán; mas, el Paraíso de Mahoma le pareció lleno de peligros. En medio de tanta hermosa mujer, allí reunida, la dicha esperada antojábase imposible; y como a causa del eterno femenino había sufrido hondas penas, prescindió del harén extraterrestre, prometido por el Profeta a los que juran por Alá.

La interpretación espiritista tampoco era de su gusto; porque de nada valía morir para luego quedar flotando en el espacio, rondar por los cementerios y los lugares oscuros, hacer crujir los antiguos armarios y complacer la curiosidad de los médiums. Y Alonso Herrán sufría de no descubrir el Paraíso, donde le fuera posible encontrar la soñada felicidad de ultratumba. Pero un día le vi llegar lleno de júbilo.

—¡Lo encontré! —díjome.

—¿Qué?

—¡El Paraíso!

—Mi Paraíso —continuó mi pobre amigo—, es un lugar donde Dios me concederá volver de mi vida y realizar mis mejores sueños. Allí escucharé de nuevo el vals que una vecina de mi casa paterna ejecutaba todas las tardes al caer el crepúsculo, y que llenaba de alegres lágrimas mi corazón de niño; besaré otra vez los labios de una adorable chicuela, compañera de mis juegos infantiles; montaré mi caballo de madera y contemplaré un cromo que representaba un castillo junto a un lago; aspiraré el aroma de la cabellera que en una noche de baile rozó inadvertidamente mi mejilla; oiré el canto de mi madre cuando cosía cerca de las flores del jardín; veré la ventana en que me apoyé para mirar la luna sobre el mar, y el paraguas verde del abuelo y la lengua barba del mendigo que me inspiraba un profundo sentimiento religioso. Realizaré mis más bellos proyectos de viajes y aventuras; seré D' Artagnan, y el Conde de Montecristo, y estudiante en el Barrio Latino de París; iré con ambulantes cómicos al través de los más raros países, y la primera dama de la compañía me adorará, y me coronarán de rosas las más exquisitas manos. Seré rey de una magnífica nación, donde realizaré el ideal de la fraternidad humana. En mi Paraíso vestiré el traje de terciopelo que llevo en mi

primer retrato y, anciano, fumaré en mi vieja pipa, en cuyo humo azul exhalaba mi alma maravillosos ensueños.

Consumido por la neurastenia y la obsesión del Paraíso, murió, hace poco, mi pobre amigo Alonso Herrán. Que el Señor le haya concedido siquiera su vieja pipa de los maravillosos ensueños...



## Soliloquio I

(De la tragicomedia inédita *Homunculus*)

### Prólogo

*Telón de teatro, extrañamente decorado, a boca de proscenio. De una cuerda, enredada con serpentinas, cuelgan enormes linternas venecianas y racimos de máscaras de toda especie. De otros penden pierrots ahorcados, polichinelas, payasos, bailarinas, animales en posiciones bizarras o ridículas... El Sol, la Luna y las estrellas sostenidas por hilos. Una lluvia de confites y vistosos papelillos cae sobre un pequeño circo, donde en toscos caballos de madera cabalgan ángeles y algunos personajes de la tragicomedia. Mezcla de feria y de bazar de carnestolendas.*

### ARLEQUÍN

*(Adelantándose hacia el público con las máscaras de la tragedia y comedia bajo el brazo.)*

En la farsa que va a representarse, me corresponde un papel sin importancia entre los héroes legendarios. Si el autor me ha escogido para anunciar esta tragicomedia sin pies ni cabeza, como la vida, débese tal vez a que su pensamiento es tan abigarrado como

mi traje, hecho, según sabéis, con recortes y desperdicios de lujosos vestidos, con que, en su pobreza, pudo hacerse este funambulesco Arlequín un disfraz para la loca fiesta de Carnaval. Sí, a la postre, logré resultar interesante y atraer las encantadoras miradas de las damas, ello dependió, sin duda, de la exaltación de las imaginaciones reposadas un instante en mis coloridos disparates, y de la tolerancia infinita que, en esos tres días del año, tienen los hombres. Como Mimo, no he pasado de interpretar mi papel de rival afortunado, que ha tenido éxito entre los que se complacen en ver llorar al buen Pierrot. Ahora, para esta nueva locura, se me da a elegir una de las antiguas máscaras, ilustradas por los más insignes histriones de la Humanidad, sin que haya llegado a decir cuál de ellas me convendrá para engañar a un público que, de antemano, conoce el desenlace de todas las farsas, tanto de las que se representan ante una diadema de candilejas, como de las que a diario somos actores y espectadores en el gran teatro del mundo. Esta es la máscara de la tragedia que con su llanto petrificado y sus rictus de eterno dolor, recordó a los mortales que la Fatalidad adopta todas las formas y proporciones, pues se hace imperceptible como el átomo, cuando el caso lo requiere, o enorme como el globo azul que fingen los cielos, cuando el cataclismo reclama más complicadas tramoyas. Esta es la máscara de la Comedia, con su inagotable y muda carcajada de cartón. Miro la una y luego la otra, sin resolver, en mi ignorancia, con cuál ocultaré mi cara plebeya, para aparecer tan dignamente en medio de tan célebres y orgullosos personajes. Pues si me fijo con insistencia en el gesto trágico, acabo por descubrirle rasgos que me hacen reír; y si mis ojos no se apartan de la mueca cómica, termino por sentirlos llenos de lágrimas al hallar en sus líneas la misma enigmática expresión de las calaveras. Acaso me resuelva, a última hora, a no emplear sino la máscara que naturalmente llevo en mi propio rostro.

Nobles caballeros, lindas señoras, la función va a comenzar, y como es posible que os aburráis con la mescolanza de estas anacrónicas historias, espero que encontraréis relativa distracción en la variedad de los trajes y las decoraciones.

*(Desaparece tras el telón.)*

## Soliloquio II

*Antiguo gabinete de Fausto.*

MEFISTÓFELES

*(Sentado indolentemente y envuelto en las vestiduras de Fausto. Silencio.)*

¡Ah, cuán aburrido me encuentro después de la muerte del doctor Fausto!... Jamás conocí quien como él me hiciera tan variadas y entretenidas mis ocupaciones en esta maravillosa máquina del Universo, que sólo su Autor entiende. La infinita curiosidad del doctor, su deseo insaciable de saberlo y de poseerlo todo no han tenido igual entre las gentes. Los hombres, por lo regular, se satisfacen con bien poco; se hartan con mínimos placeres, y apenas muerden tímidamente la manzana prohibida, retroceden amedrentados a sus paraísos de mediocridad. No es cosa de que un espíritu superior como el mío, que ha tomado asiento en medio de las cohortes celestiales para hablar con el mismo Hacedor de los mundos, a quien hizo sonreír, acaso por vez primera, con sus historias y ocurrencias de viejo conocedor de las debilidades humanas, se ocupe hoy de seres anodinos cuya sed de goces se colma con una gota de agua azucarada y su hambre de sabiduría con una píldora de insípidas ideas. Que espíritus infernales de íntima categoría se encarguen de ellos. Mientras no haya un archicaprichoso Fausto, digno de un archiprofundo Mefistófeles, perdurará cerrado el antiguo laboratorio del doctor, aquí donde aún flota el aura de sus pensamientos. Nunca hubo imaginación más fecunda que la suya en empresas y obras extraordinarias. Qué mucho que en más de una ocasión, en presencia de su inextinguible inventiva, creyera yo agotado el tesoro de mi ingenio y trastocados los papeles, sintiéndome entonces frágil juguete del tentador. Su colosal aburrimiento, que abarcaba los cielos y la tierra, lo movía a una incesante actividad. Lo que a otros enerva y embrutece era para él el impulso de perenne acción. El hastío desarrollaba en su voluntad inagotables energías, como en otros la ambición y el entusiasmo. De su propia muerte extraía gérmenes de vida multiforme. Desde el pequeño círculo que hollaban sus pies, y de donde alcanzaba a vislumbrar las más amplias esferas

accesibles a los ojos mortales, se lanzó tras de mí a la aventura, en su ansiedad insuperable de tocar los más extremos límites del conocimiento. En su vuelo golpeaba a menudo mis alas, volcándome en el espacio con las pupilas hacia el abismo. Con el mismo claro mirar contemplaba a una bella virgen como a una bruja de aquelarre, igual firmeza revelaba su paso en un llano jardín como en una alta cima; y tan a plomo estaba en este su humilde sillón de estudio como en un soberbio trono de emperador. A duras penas pude seguirle a distancia cuando cabalgaba en las ancas vertiginosas del Centauro; y lleno de pavor lo vi descender sereno y solo al imperio de la noche eterna, al reino de las Madres, de las Ideas informes, de los puros y para mí incomprensibles elementos primordiales de los seres creados y por crear, de donde trajo en sus brazos a la divina Elena, por cuya belleza se tiñó de púrpura el azul de los antiguos mares. Su oído escuchó la armonía hermética de las cosas, desde la que susurra en el aroma de las flores hasta la que clama en el dorso de la tempestad. Resumen de multitud de almas, la suya se me escapó en momentos en que, extasiado por el pie color de rosa de los ángeles, me dejó distraer y seducir por la música de sus cantos, mientras me arrebatan al que debía poseer para la eternidad, por pacto sellado con sangre de sus venas. La secular experiencia del diablo fue vencida aquel día por la gracia de los niños, por la astucia de los querubines. Consuélame, sin embargo, pensar que el buen doctor acaso se arrepienta de haberse arrepentido a última hora, y me envidie al verme envuelto en sus trajes mundanales, junto a sus viejos libros, visitado y consultado como maestro en enfermedades del alma. Al envejecer no me hice monje, según el adagio; pero me he convertido en confesor y director espiritual de mis contemporáneos. ¡De cuánta linda boca femenina veo brotar la llama de los siete pecados capitales! ¡Cuánta blanca mano estrecho ardida por la fiebre de criminales anhelos! Bajo frentes que se inclinan con modestia, adivino la fiebre del orgullo. Con qué gusto acaricio profusas cabelleras que incendia el fuego de deseos que ni en mí mismo hubieran germinado. Billetes perfumados me confían raras depravaciones y en graves vitelas conservo la confesión de austeras conciencias de mi época... ¡Si cayesen esos manuales de perversidad en manos de mi pupila y ahijada Colombina! Pero trabajo le daría hallar la llave del armario secreto donde los oculto. Curiosa y pizpireta es la chicuela, a quien

vi danzando en público, entre gritos de concupiscencia y golpes de tamboril. Su madre la exhibía, a cambio de monedas, en espera de propicio postor de sus encantos. Su fina pantorrilla empezaba a sazonar como fruta de primavera; libidinosos ancianos animábanla con roncas voces a recoger sus faldas, y embriagados por el almizcle de sus pechos nacieses temblaban con seniles ardores ante la caricia del sol que la envolvía en dorados abrazos. Un suave resplandor de perlas brillaba entere el carmín de sus labios; y en un arrebató de furor la estreché entre mis brazos, ¡y la arranqué como una flor en medio de la espantada muchedumbre! Dio un grito, y la besé..., la besé paternalmente. Ahora vive conmigo, y es a un tiempo la cigarra y la hormiga de la casa solariega del doctor Fausto. Su risa de cascabel llena el lóbrego silencio de estos claustros, y el olor de su cuerpo apaga el acre aliento de la polilla. Me acompaña y me consuela en el hastío de mi vejez de célibe y sus guiños maliciosos me recuerdan mis muecas de antaño, cuando yo era burlón sistemático e intérprete ciego de aquella fuerza desconocida que por los caminos del mal se dirige siempre al bien. Colombina, pupila del doctor Mefistófeles, ¡será la mujer perfecta...!



## Gente de mi parroquia

Los caraqueños de mi parroquia, que mueren sin haber ido más allá del valle natal, viven tan imbuidos en la existencia cotidiana, que para casi todos ellos los días deslízanse calmosos, grises, sin rumor. Si miran el cielo es por ver si amenaza lluvia y al suelo solamente cuando han perdido un objeto. Ignoran que envejecen porque a fuerza de encontrarse en la calle no se dan cuenta de que el tiempo pasa.

Si muere alguno van otros, con el cuello más blanco y la ropa más negra, a apretar la mano de los deudos en la puerta de la iglesia, ponen una tarjeta en el platón de níquel y se van al café, porque siempre es agradable un vermouth o un coctel después de enterrar a un conocido. Si asisten al cementerio en coche, recuerdan las virtudes del difunto y aun llegan a conmoverse; mientras cae la tierra gredosa sobre el terciopelo del ataúd, filosofan acerca de la vanidad humana, y lo poco que somos; de retorno encienden cigarrillos, discuten de política y refieren anécdotas picarescas.

Entre veinte y veinticinco años, acaso antes, comienzan a enflaquecer, a usar más flamantes corbatas, a contemplar la luna y afeitarse tres veces por semana; suspiran cuando la vecina toca un valse y leen la *María* de Jorge Isaacs; Acuña los hace pensar en un

romántico suicidio. A veces escriben versos en que “calma” rima con “alma” y “amor” con “dolor”.

—¿Qué fue?

Han visto en la retreta o en la misa del domingo unos ojos rasgados, una fresca garganta, o un pie breve, según los gustos. ¡Cuán feliz el perrito que duerme en la falda de la amada! ¡Y el panadero que la ve todavía con el peinado de mañana!

Un amigo de la casa los presenta. Se habla de la guerra, del último temblor, luego del compromiso de Lucía con Arturito y de Carolina con Juan Pérez. Al salir de la visita el cielo es más profundo, más claras las estrellas, las rosas esparcen más aromas; la madre es muy simpática, la hermanita canta muy bien, y Ella es la mujer soñada, ¡el ideal!...

Se casan. ¡Qué linda está la novia! —dice una criada del vecindario, desde la ventana abierta que arroja una mancha de luz sobre el empedrado.

—¿Qué dirá el otro que dejó por este? —pregunta una fregona a quien seduce y pone tierna el efluvio de los nardos.

—Niña, si ha tenido cuatro —insinúa la más vieja. En tanto el novio se pasea del brazo de la desposada, con un blanco ramillete en la mano, bajo las bujías del patio que gotean su casaca. Las rosas no tienen tanto aroma y una lluvia imperceptible enturbia el cielo y vela las estrellas.

En el comedor se bebe champaña y coñac. Las señoritas están casi ruborizadas, y los jóvenes acarician con la mirada el raso del traje nupcial y los castaños cabellos empolvados cerca de la nuca. Cuando el coche de los novios arranca en la calle un trueno sordo y prolongado, llevándoles entre besos y juramentos de amor eterno hacia la lejana casita, hay una ambigua sonrisa en el rostro de los convidados, y más de una frase licenciosa es dicha al oído. Las flores de la boda, liras de diamela, corazones de gladiola, cisnes de magnolia, irán al día siguiente al altar de la Virgen y de la parienta pobre o la tía paralítica probará el “ponqué” de la boda.

Antes de un año, la mujer soñada, el ideal, duerme muy pálida bajo la trémula colgadura de encajes; sus cabellos castaños bañan dulcemente la almohada; a su lado reposa el recién-nacido, informe aún como una masa rosada. La madre levanta la sábana con el ritmo de la respiración, y el padre entra en puntillas y besa al niño. Óyese

el tic-tac de un reloj sobre el velador, semejante a un pequeño corazón. La madre despierta y en la punta de sus pechos cruzados de venas azules, asoma la perla de una gota de leche. Del sueño parece revivir con un alma nueva; no es ella misma que de soltera pintaba paisajes de acuarela en el fondo de los platos para adornar la sala de su casa, castillos a las orillas de un lago, cielos en que volaban mil pájaros; no es ella la misma que lloró en la celosía su primer desengaño, la que guardaba en su libro de oraciones una violeta disecada; recuerdos de amables locuras que se perdían en el pasado como una vaga esencia cuando su mano larga y débil tomó al niño para darle de mamar.

.....

El caraqueño de mi parroquia que regresa de Europa viene casi siempre de París. Su alma está casi siempre triste por la ausencia de una obrerita a quien conoció una tarde en el Boulevard.

Niní se llamaba y tenía los ojos y el pelo de color de avellana. Juntos se retrataron en Saint-Cloud, como dos recién-casados, después de un almuerzo en que había ostras, carcajadas y vinos de Provenza. Con Niní aprendió francés y a Niní enseñó a saborear la miel de jalea de guayaba y el rubio dulce de icacos que de Caracas le mandaban; y la obrerita, que de geografía no conoce más allá de las fortificaciones, sabe ya que Venezuela es un país de la América del Sur donde hay muchos generales y caimanes, bosques, pájaros y jóvenes que por un beso dan un luis de oro.

El caraqueño está muy triste. Caracas es silenciosa cual un cementerio, la torre de la Catedral es apenas tan alta como una casa del barrio; el calor lo sofoca, el Ávila lo asfixia con su mole impasible.

No se puede vivir aquí, repite melancólico.

Niní le escribe en el vapor francés. *Je t'aime toujours mon petit bébé*, le dice en letra menudita, y él besa la vitela sonrosada.

Un mes, dos meses y el vapor no trae carta, y el caraqueño está más triste aún porque sospechaba que Niní conoció a otro joven en otra tarde del Boulevard.

Pasan los días. La ropa que trajo de París se ha marchitado y tiene que hacerse un traje en casa de su viejo sastre; los pantalones carecen de elegancia y el chaleco se arruga; pero habrá que conformarse. Pasan los días. Hoteles blancos, teatros dorados, noches

multicolores se hundan lentamente en la bruma de la memoria. Caracas va venciendo al recuerdo de París; el Ávila es verde terciopelo al amanecer y el crepúsculo lo viste de sedas profundas en el desvanecimiento de la luz que embellece hasta los guijarros del arroyo; además hay nocturnos aromas en los jardines y lindas caras detrás de los barrotes de las ventanas.

Y el caraqueño, en la convalecencia de una fiebre palúdica, recuerda su aventura con Niní como si la hubiera leído en una novela de Marcel Prévost.

El que regresa de los Estados Unidos viene casi siempre de Nueva York. Trae sombrero de pajilla, según la moda y calza gruesos zapatos de anglosajón. Convencido de que *time is money* tira con frecuencia del reloj, y camina velozmente en medio de sus compatriotas de marcha perezosa y mirar distraído. Está suscrito al *Herald* que lee mientras fuma cigarrillos de Virginia, olorosos a yerba seca. Come a los traguijones ante su familia sorprendida, porque tiene entre manos un proyecto de ferrocarril al través del Llano y de una plantación de caucho en el Alto Apure.

El Ministro le ha dado una cita para las diez en punto, pero en la oficina sólo se escucha el correr de la pluma de un empelado que escribe a un amigo. El Ministro está en cama con el constipado.

—¡Qué contratiempo! —exclama y se va a su gabinete de trabajo, donde llena de números su libreta de apuntes, hasta la nota del almuerzo. Sobre la mesa el busto de Mac-Kinley, en níquel hace de pisapapel. Cuatro tachuelas en la pared sostienen un itinerario de vapores y más abajo lucen los vivos colores de una caricatura del *Punch*. La criada llama con mano tímida a la puerta y el caraqueño se pone ágilmente de pie, mientras dos moscas se abrazan en el busto del presidente de los Estados Unidos.

Vuelve una y otra vez al Ministerio, pero el Ministro no puede recibirlo con el pretexto de que no es día de audiencia o de que está muy ocupado.

El caraqueño refunfuña y se monta en sorda cólera que le enferma el hígado; el ingeniero de la empresa va a llegar y nada puede escribir para la formación del sindicato. Habrá que tumbar al gobierno para realizar el negocio.

Así es como el caraqueño de mi parroquia, que vino de Nueva York, se encuentra entre los edecanes del jefe de la revolución, quien en la tertulia del vivac, la víspera del combate, se burla del proyecto de ferrocarril al través del Llano, en tanto tras la gloria de oro y sangre del crepúsculo que se extiende sobre el hastío de la tierra, la noche se llena de luceros como si el propio Tío Sam se hubiera puesto a regar dólares en el cielo.



# Índice

## CUENTOS IMAGINARIOS

El sueño de una noche de lluvia. . . . .	9
Las Divinas Personas. . . . .	15
Estampas de fin de siglo. . . . .	31
Viejas epístolas. . . . .	35
OpoPONax. . . . .	45
El diente roto. . . . .	55
La Delpiniada y otros temas. . . . .	57
Sombra de mujeres. . . . .	73
Pláticas y siluetas. . . . .	77
El anti-Rousseau español. . . . .	91
Revolución y evolución literaria. . . . .	107
Anatolio el pirronista. . . . .	119
Soledades. . . . .	123

EL PASO ERRANTE  
APUNTES Y SENSACIONES

Lenguaje y emoción. . . . .	129
Intermitencias espirituales. . . . .	131
Fábrica de escritores. . . . .	133
Fábrica de belleza. . . . .	135
Libros viejos. . . . .	137
Liturgia profana. . . . .	141
Selenismo. . . . .	143
El Paraíso de Alonso Herrán. . . . .	145
Soliloquios. . . . .	149
Gente de mi parroquia. . . . .	155

















Se terminó de imprimir en noviembre de 2011  
en la Fundación Imprenta de la Cultura  
Guarenas, Venezuela.  
La edición consta de 1.000 ejemplares











### Pedro Emilio Coll (Caracas, 1872 - 1947)

Ensayista y periodista, fue uno de los precursores del movimiento modernista en Venezuela. Debido a que su padre fue propietario de la Imprenta Bolívar, esta circunstancia le permitió establecer contacto con escritores de la época, lo que resultó que en el año 1894 fundara junto a otro grupo de jóvenes escritores la revista *Cosmópolis*. En el ámbito de su desempeño literario colaboró con *El Cojo Ilustrado* entre 1895 y 1907 con una serie de relatos, entre ellos "El diente roto", una de sus narraciones más conocidas. A partir de 1897 hasta los últimos años de su vida ejerció diversos cargos en la administración pública. Estando residiendo en París, fundó la columna "La vida literaria", en *Mercure de France*. En 1911 es nombrado individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua y en 1934 de la Academia Nacional de la Historia. Entre sus publicaciones se cuentan: *Palabras* (1896), *El castillo de Elsinor* (1901), *La escondida senda* (1927) y *El paso errante* (1948), aparecido póstumamente. Este último es una compilación que incluye lo mejor de sus cuentos, ensayos históricos y piezas teatrales.

